

## Capítulo 2º

### COLONIZACIONES

#### SUMARIO

- I. **Los «veratenses» en la protohistoria.**— El milenio anterior a la era cristiana. Una cultura sin ciudad. Mastienos y Bastitanos. Arte y artesanía. Los campos de urnas almerienses.
- II. **Colonizadores históricos.**— La expansión fenicia en Occidente. Las colonias fenicias en el Sur y Sudeste hispanos. Villaricos. La Baria fenicia. ¿Molybdana en Villaricos? La segunda ocupación púnica. Baria cartaginesa.
- III. **Los romanos en Villaricos.**— Guerras de conquista y civiles. Villaricos entre la Bética y la Tarraconense. Romanización. La Baria romana. Inscripciones latinas.
- IV. **Vida y cultura.**— Los que recibieron a los colonizadores. El Cabezo de las Herrerías. El garum de Villaricos. Otras facetas de la economía. Topónimos antiguos. Religiones precristianas.
- V. **Iglesia y Estado.**— La Iglesia en Villaricos. Visigodos y bizantinos.



## I. LOS «VERATENSES» EN LA PROTOHISTORIA

**El milenio anterior a la era cristiana.**— En la segunda mitad del segundo milenio anterior a nuestra era la cultura argárica alcanza su cénit y se produce su eclosión, que promueve a sus legítimas heredeas, las culturas tartésica e ibérica, cuyos hombres van a ser los españoles del primer milenio anterior a Cristo y van a entenderse con los colonizadores históricos: fenicios, griegos, cartagineses y romanos. Durante este milenio la tierra de Vera conserva el privilegio, con que se alzó desde la llegada de los primeros colonizadores neolíticos por su posición en una de las encrucijadas más transitadas de la Península Ibérica y del Mediterráneo occidental, de ser antesala hispánica y crisol de culturas, sigue acogiendo a los nuevos colonizadores y enviándolos a las otras regiones peninsulares. Quedará relegada al anonimato, cuando los romanos se lleven la plata de Sierra Almagrera y los bizantinos rebañen el último garum de Villaricos, los dos productos que la hicieron famosa en el mundo antiguo. Inicia este período el último movimiento de pueblos provocado en el Mediterráneo oriental por los Pueblos del Mar. Los primeros colonizadores que lo protagonizan son los fenicios. Las rutas marítimas que abrieron los eneolíticos de Los Millares y Almizaraque y los metalúrgicos anatólios de El Argar en los milenios anteriores vuelven a animarse, surcadas ahora por navíos de más alto bordo, de cuyas navegaciones tenemos noticias escritas. Cuando menos lo pensemos comenzará la historia.

Durante este milenio aparecen escritas las primeras fuentes de la historia y algunos textos indígenas. Hasta hace poco no han estado bien valorados los efectos de los contactos entre los indígenas y los colonizadores. La parcelación cultural de la Península ofrece seis u ocho áreas, según la mayor o menor proximidad geográfica de las regiones del interior a las costas del Sudeste. Maluquer ve un área vasca, arcaizante, pastoril, agrícola, con caracteres lingüísticos propios; un área cántabra de influencia celtibérica; un área de Miraveche que ocupa Castilla la Vieja y León, con castro amurallados y una pujante industria de bronce; un área celtibérica en la Meseta, con industria de hierro; una cultura castreña en el Noroeste, una tartésica en el Sur y una ibérica en Levante (1). Caro Baroja contempla el panorama desde un punto de mira etnológico; ve un área agrícola y matriarcal en el borde cantábrico y en el Noroeste, una pastoril en los Pirineos, una celtibérica y otra carpetovetónica, ambas pastoriles, en la Meseta, una colectivista agraria en el Duero occidental, una agrícola lusitana, una cultura superior tartésica en el Sur y otra en el litoral oriental mediterráneo (2). En este panorama cultural Pericot pone las fechas en que actúan los distintos protagonistas. Los iberos entre los años 1000

y 130, los tartesios entre el 620 y el 540, los celtas entre el 900 y el 600, los fenicios entre el 1100 y el 800, los griegos llegan en el siglo VII, los cartagineses en el V y los romanos en el último tercio del III (3).

Roldán tacha las fuentes literarias grecorromanas de parciales, confusas, fragmentarias y desconocedoras de las más elementales nociones de la geografía peninsular (4). Pero son las únicas de que disponemos. Las fuentes púnicas permanecen cegadas; aunque fenicios y cartagineses hicieron navegaciones tan audaces como las de los griegos y su patrimonio científico debió ser tan rico, nada llegó a los griegos y latinos, nada sabemos de él y nos vemos obligados a rastrear sus pasos en nuestra tierra por los restos arqueológicos que dejaron. La lejanía mítica de las costas mediterráneas hispanas, el sigilo con que los fenicios llevaron a cabo sus negocios en nuestras costas durante los tres primeros siglos de este milenio y el silencio que impusieron los cartagineses durante su dominio en las mismas, empujaron a los griegos a no detenerse a distinguir entre noticias fiables y leyendas, por lo que en sus escritos no encontramos descripciones rigurosas ni datos históricos seguros, pero reflejan la imagen que tenían de la España de entonces (5). Asombrados con las exageradas noticias de climas y tesoros que les llevan sus navegantes y colonos, imaginan el escenario de sus fábulas en nuestra tierra. Con el tiempo las leyendas dejan paso a la realidad.

**La cultura ibérica.**— Hoy el problema fundamental es de existencia e identidad de lo ibérico como etnia y como cultura. Se duda o se niega la existencia de los iberos, es decir, de unos hombres que constituyeran raza aparte y llegaran a formar una cultura definida, se niega la veracidad de las fuentes clásicas que ofrecen referencias a ellos, se afirma que los llamados iberos son únicamente celta mediterraneizados por fenicios, griegos y romanos (6). El problema es muy complejo. Vamos a subrayar lo que más puede interesarnos de lo ibérico considerado como etnia y como cultura.

¿Quiénes son los iberos? Para Pericot, constituían, en sentido lato, el fondo de población mediterránea que ocupa España desde tiempos prehistóricos, reforzados con sucesivas aportaciones africanas; dominados durante unos siglos por los celtas, emergieron de nuevo con personalidad propia hacia el año 400 a. C. En sentido estricto, son los ocupantes de la zona levantina y los lusitanos (7). Obermaier considera iberos a los tartesios de Andalucía occidental y a los mastienos de la Andalucía oriental, todos son los mismos y poblaron las tierras del Sur y del Sudeste de la Península desde el Eneolítico, período desde el que no hubo mutaciones étnicas importantes en las zonas litorales; son gentes camíticas, hermanas de las que desde tiempo inmemorial habitaron el Norte de África desde el Mar Rojo al Atlántico, en distintos momentos vinieron a la Península y constituyeron la base principal de los iberos históricos (8).

Tanto Fletcher (9) como Ghirelli (10) citan a Montadon, que afirma la existencia de una raza mediterránea que llama ibero-insular, que se mantiene sin variar en la cuenca del Mediterráneo occidental —España, Sur de Francia, Italia, Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia y Norte de África— desde seis mil años antes de Cristo. Sus caracteres son: piel blanca morena, cabellos negros, ojos oscuros, estatura media en torno a 1,63 m, huesos delgados, cráneo dolicocefalo con índice 72-75, cara estrecha de forma oval, nariz larga, leotorínica. Hoyos Sainz considera que la ibérica es una raza plenamente personificada, no solo por las calaveras prehistóricas, protohistóricas y actuales, sino por los diversos tipos de hombres vivos que la representan. «Hemos de advertir —añade— que la palabra ibero en la raciología no es factor común a toda la península y por lo tanto sin valor de distinción y clasificación, como algún autor lo admite para la geología; pudiéramos decir que es el habitante de la España tarraconesa, quedando fuera de este dominio de un modo absoluto toda Cataluña, toda la España central, el valle del Guadaquivir, entrando también en el predominio racial de los iberos gran

parte de la Andalucía oriental» (11). Según esta tesis, habría que recortar el terreno, que algunos prehistoriadores consideran ocupado por los iberos en la Andalucía atlántica y en el país catalán. Son iberos los esdetes del país valenciano y los mastienos de Murcia, Almería y Málaga (12). Algunas de las cualidades físicas asignadas por Montadon a los iberos las mencionan dos escritores griegos: Cratino, en el 420 a. C., se fija en la barba y en los cabellos largos, y Filitas, en el 300 a. C., en el talle delgado y esbelto (13).

El problema principal es el del origen de los iberos y su cultura. Fletcher y Arribas lo estudian en los prehistoriadores y arqueólogos; el primero los agrupa por tendencias, el segundo se limita a exponer las dos tesis principales. Dan a los iberos origen atlántico e, incluso, americano, Leroy, D'Abartigne, Parmentier y Muck; oriental, Gobineau, Fernández Guerra y el P. Heras, que los traen de la Alta Asia, Autran, del Asia Menor, Doening, de Eúfrates, Martínez Santa-Olalla, de Anatolia sin contacto africano; celta, Lumiere y Phillipon; danubiano, Childe, Evans y Topp; africano, Bosch Gimpera, Castillo, Menéndez Pidal, Pericot, Antón, San Valero, Laviosa, Hawkes (14). Arribas sintetiza la tesis de Bosch Gimpera (15), muy interesante para nosotros, pues pone en la tierra de Vera la charnela que articula las culturas norteafricanas con las hispanas, convirtiéndola en matriz de las culturas peninsulares desde los comienzos del Neolítico. Vamos a exponerla brevemente.

Contempla Bosch Gimpera el panorama cultural que ofrece España durante el milenio anterior a nuestra era, en el que destacan con trazos firmes y brillantes la fase tartésica de Andalucía y la ibérica del Sudeste. «Tal cultura ibérica —dice en 1925— en un principio, aparece en forma bastante ruda y, sobre todo, arcaizante, conservando supervivencias de fenómenos que tienen sus raíces muy anteriores. En dicha cultura arcaizante de los territorios ibéricos alejados de las influencias forasteras de las colonizaciones, que dieron lugar a la formación de la civilización «ibérica» conocida (con esculturas, cerámica pintada, etc.), está precisamente el elemento que permite seguir a los iberos hasta tiempos muy antiguos. El hecho es que en ella existen cosas que claramente recuerdan la llamada civilización de Almería, del neolítico y eneolítico (formas sepulcrales, cerámica lisa sin decoración) y elementos de otras civilizaciones, que ya en el eneolítico habían influido sobre la de Almería. Por otra parte, la cultura de Almería del eneolítico ocupa por el E. de España y por el Ebro casi los mismos territorios que los iberos en la segunda edad del hierro. Por todo ello, no hay más remedio que concluir que la antigua civilización de Almería debió ser desarrollada por los antepasados de los iberos» (16). Advertimos que la «cultura de Almería» se desarrolla en la tierra de Vera, según Bosch Gimpera, como hemos expuesto en el capítulo anterior. Cuatro años después insiste en esta tesis (17) y advierte que incluso el parentesco entre iberos y celtíberos hay que buscarlo en la cultura de Almería (18). Durante los milenios III y II la cultura de Almería evoluciona —Los Millares, El Argar— y se extiende por el Sudeste y Levante (19). Siguen las relaciones con los fenicios, griegos y cartagineses en el I milenio, a cuyo contacto se desarrolla la cultura ibérica (20). El eslabón entre los saharianos que en el IV milenio llegan a la tierra de Vera y los iberos del I son los hombres de la cultura de Almería, emparentados con los camitas Norteafricanos (21). La cuna de la cultura ibérica hay que buscarla en el SE. y en Andalucía, sin descartar en su formación las influencias fenicias y griegas, principalmente éstas (22).

La tesis de Bosch Gimpera entusiasmó a Pericot. «La interpretación sugestiva —dice— presentada por Bosch Gimpera entre los iberos y las gentes de la cultura de Almería es rica en consecuencias. Admitiéndola, se deduce una iberización más o menos completa no solo de la costa levantina, sino también de una gran parte de la Meseta, donde penetró durante el Eneolítico la cultura de Almería. En la época argárica tal iberización se intensifica, pero marcándose de alguna manera el contraste entre iberos de Andalucía e iberos de la costa oriental. Esta diferenciación ha dado lugar a distintas hipótesis. La de Gómez-Moreno, para el que

los eneolíticos andaluces eran tartesios; la primitiva de Bosch Gimpera, haciendo llegar a éstos en la Edad del Bronce como nueva oleada de pueblos africanos; la reciente del mismo autor considerándolos una extensión de los argáricos...» (23).

García y Bellido admite la tesis de Bosch Gimpera, pero le hace algunas salvedades. «Es muy posible —advierte— que esta aportación cultural y racial traída por los almerienses no sea más que un refuerzo de otras anteriores del mismo origen y etnia. Es también posible que tal cambio fuese un fenómeno espiritual y material, es decir, cultural, pero no por necesidad sanguíneo o racial, es decir, étnico» (24). García y Bellido conocía las conclusiones a que había llegado Hoyos Sainz en el estudio de los cráneos del SE., una de las cuales pone de relieve la complejidad racial de los cráneos almerienses, con «pluralidad de razas mayor en las mujeres que en los hombres» (25). Hoyos Sainz no se adhiere ni a la tesis de los Siret propugnando el origen celta de los hombres de El Argar ni a la de Bosch Gimpera que los considera «continuidad de los capsioses y originarios de los iberos... por falta absoluta de pruebas antropológicas» (26). Este bache, según García y Bellido, afecta a la tesis de Bosch Gimpera en el aspecto antropológico, no en el de continuidad cultural. En el primero insiste Hoyos afirmando que la iberización es anterior a la cultura de Almería. «Lo que sí podemos afirmar —concluye en otro trabajo— es que la iberización es independiente y fue comenzada anteriormente a la aparición de la cultura almeriense en la Península» (27).

Caro Baroja se opone a la identidad de la cultura de Almería con los Iberos. «Lo cierto es que el análisis histórico-cultural está produciendo un desvanecimiento progresivo de esta etnia ibérica africana. No existe razón sólida para defender la «africanidad» de la población hispánica más antigua, desde los puntos de vista lingüísticos y antropológicos ni desde el punto de vista cultural se puede señalar una dependencia absoluta entre lo argárico y lo ibérico de que se nos ha hablado; la dependencia se observa más bien entre la cultura del Neolítico y la Edad del Bronce andaluza y la que llamamos turdetana o tartesia, claramente diferenciada de la ibera propiamente dicha» (28). Ultimamente ha diso Tarradell el que ha vuelto a plantear el problema; según él, hoy, que se conoce mejor lo africano, su papel influyente en lo hispano se ha ido borrando, desaparece la influencia capsiosa, desaparece la llamada «cultura de Almería» de origen sahariano y se concluye que lo ibérico no tiene raíces africanas sino orientales (29). Esta tesis es hoy la más corriente.

La tierra de Vera, con El Argar como capital, se constituye mediado el II milenio a. C. en cabeza de puente de una cultura de base asiático-anatólica, con la que se inaugura, según Martínez Santa-Olalla, «en la Península Ibérica lo que podríamos llamar hegemonía de la civilización mediterránea, y de la que, en último extremo, dependerá una Tartessos, ya mítica, ya histórica» (30). Son orientales, egeo-anatólicas, las raíces de lo que llamamos cultura ibérica. El trato con los pueblos colonizadores hace lo demás. La cerámica responde a prototipos orientales, los bronceos de los santuarios ibéricos son iguales a los de Grecia, los adornos de las esculturas —damas de Elche y de Baza— son semitas (31).

Los rasgos definidores de la cultura ibérica son, según Tarradell, los siguientes: la ciudad como centro de vida y núcleo político esencial, la existencia de pueblos cuyos nombres conocemos por los escritores clásicos grecolatinos, la implantación paulatina de la economía monetaria, la aparición de un sistema de escritura propio, el uso sistemático del hierro, la adopción del torno de alfarero, la apertura a los productos exteriores, especialmente a los importados por los griegos (32). Estas notas no aparecen de momento ni distinguen solamente a la cultura ibérica. La vida en los poblados y el comercio con los forasteros que arriban de un modo intermitente comienzan en el Eneolítico, pero es durante el primer milenio a. C. cuando los poblados adquieren aspecto de ciudades tal como nosotros las vemos y el simple trueque se transforma en intercambio comercial.

Observamos una población de nuestra tierra en aquellos tiempos. Rodeada de muros, sus casas, con zócalos de piedra, paredes de adobes y techos de vigas, se agrupan en manzanas formando calles irregulares. «¿Quién es el que ignora —pregunta Plinio que vivió algún tiempo en España al final de aquel milenio— que las paredes hechas de tronzado de ramaje se enlucen con barro y que se edifican con ladrillos crudos (adobes)? Por lo demás, ¿no hay en África e Hispania paredes de barro, a las que llaman "de moide" (tapial), porque se levantan, más que construyéndolas, vaciándolas entre dos tablas, las cuales parecen durar siglos por ser inmunes a la lluvia, al viento, al fuego, siendo más fuertes que cualquier cemento?» (33). El tapial, tal como informa Plinio que lo hacían los iberos, se ha seguido haciendo en nuestros pueblos hasta los primeros años del presente siglo. Su dureza, constatada si alguna vez tenemos necesidad de derribar o perforar un tapial bien hecho, saca veraz a Plinio que, como vemos, lo considera «más fuerte que cualquier cemento».

Los vecinos de aquellas ciudades vestían túnicas cortas, ceñidas y con mangas, hechas de tejidos de lana y lino, elaborados en una artesanía doméstica que empleaba el uso y el telar, y abrigos de pieles bien curtidas. Tenían unas mismas creencias y ofrecían ex-votos en santuarios levantados en lugares sagrados. Incineraban a sus muertos, ponían sus cenizas en urnas cerámicas que, rodeadas del ajuar del difunto, colocaban en fosas. Los pueblos del Sur y Sudeste hispanos hablaban lenguas parecidas y usaban alfabetos semejantes. Su economía se basaba en la agricultura, ganadería, pesca, minería, metalurgia, artesanía y comercio. Cultivaban trigo, cebada, centeno, escanda, habas, desde el Neolítico; vides y olivos, aprendidos de los griegos. Recogían nueces, bellotas y almendras. Utilizaban azadas, arados, podaderas y hoces. Criaban ovejas, cabras, bueyes, cerdos, asnos, mulos, caballos. Cazaban jabalíes, conejos, liebres. Pescaban atunes, morenas, pulpos, calamares y otros peces. Sus mineros extraían plata, plomo, oro, hierro, con los que sus metalúrgicos y siderúrgicos forjaban armas y útiles de trabajo, y sus orfebres, joyas y vajillas. Los artesanos se ocupaban en una industria textil y alfarera cuyos productos cubrían las necesidades locales y aún sobraban para que los mercaderes los cambiasen mediante pesos, medidas y monedas y los distribuyesen con caballerías, carros y embarcaciones.

Era una sociedad en la que se había impuesto una autoridad con una política determinada, diferenciadas en productores y servidores, artista y vividores, y azotada por bandas de bandidos formadas por los más revoltosos y los que poco o nada poseían, sobre todo de los pueblos del interior. Para defenderse de los enemigos de dentro y de fuera, se muraban las ciudades y se levantaban torres y atalayas en las encrucijadas de los caminos y en los lugares estratégicos de la costa. «En Hispania —sigue comentando Plinio— aún están a la vista las atalayas de Hannibal y las torres de barro alzadas en lo alto de las montañas». De tapial como las paredes de las casas.

¿Dónde localizan Iberia los escritores clásicos? Homero se limita a afirmar su existencia. Según Estrabón, Iberia se extendía del Ródano a los Pirineos. Las fuentes de Avieno la localizan entre el Júcar y el Segura (34). Los massaliotas inspiradores de la Ora Maritima conocen dos Iberias, una localizada en las orillas del río Tinto, que parece ser la primitiva, y otra que se extiende desde el cabo de La Nao hasta las orillas del Ebo, que es la Iberia de Hecateo (s. VI a. C.), Herodoto (s. V) y Escimno (s. IV). Alicante y Murcia, y por consiguiente la tierra de Vera que forma parte de la zona minera de Cartagena, no reciben el nombre de Iberia hasta que llegan los Barquidas en el año 239 a. C. Hecateo es el primero que habla de Iberia y para él son iberos los mastienos y tartesios. Eratóstenes, año 230 a. C. da el nombre de Iberia a toda la Península (35). Escimno de Chios, Esquilo y Herodoto de Heraclea ponen el límite Nordeste del territorio ibérico en el Ródano, otros lo retraen a los Pirineos. Herodoto y el Pseudo Apolodoro traen la linde meridional, no con claridad, a la cuenca del Segura (36).

La zona que nos interesa deslindar es la que comparte el Sudeste y Andalucía, precisamente en tierras de Vera-Mazarrón. Se trata más que de una linde, de una soldadura natural que va por entre las cuencas del Segura y del Almanzora, y que tanto juego ha dado siempre que se ha tratado de trazar divisorias administrativas —Bética y Tarraconense, Elvira y Aurariola, reinos de Granada y Murcia, provincias de Almería y Murcia—. «Por el Sur —dice Bosch Gimpera— así que se entra en la región que depende del sistema orográfico de Sierra Nevada, esto es, al dejar la cuenca del Segura y entrar en la del Almanzora, en la provincia de Almería, termina la cultura del SE. y empieza la de Andalucía» (37).

**Una cultura sin ciudad.**— ¿Qué es Tartessos? Un puro problema. Puede ser el nombre de una ciudad, de una factoría costera, de un estado y de una entelequia. Como ciudad la concibió Schulten, buscó sus cimientos y no los encontró. Como un estado que adoptó la forma de una confederación de pueblos, algo muy difuso, la imaginan los más de los prehistoriadores, pero esto es montar fichas en el aire. Como centro comercial del mundo mediterráneo, con múltiples bases o factorías costeras, una marina organizada y unos marineros audaces que llevaban el estaño desde las Islas Británicas al Mediterráneo oriental, la presenta Dechelette (38). «Y es que el Tartessos que nos ha legado la tradición —concluye Gómez-Tabanera—, más o menos asimilado al Tarshish fenicio, más que un verdadero estado es una entelequia ideal, creada sobre recuerdos de un tráfico o rescate remoto de potencias orientales mediterráneas, con comunidades indígenas de la España meridional mal o bien organizadas social y políticamente. Al amparo del tráfico se forjaría quizás una especie de estado vasallo que surge en la región de Gadir, amamantado por el capitalismo tirio, fautor de una especie de Compañía de Indias protohistórica...» (39).

La peripécia existencial de Tartessos arranca de una nebulosa y acaba desvaída en leyendas. Estrabón concede a los tartesios una antigüedad exagerada. Schulten pretende que los cretenses llegaron a Tartessos en el 1500 a. C. Isaías habla de la liberación de Tartessos del yugo fenicio a la caída de Tiro. La influencia fenicia debió llegar a su apogeo en el siglo IX a. C. y desaparece hacia el siglo VII. Durante los dos siglos que siguen de influencia focea, los escritores griegos localizan en él algunos de sus mitos. Entre las batallas greco-cartaginesas de Alalía (año 535) e Himera (480) se piensa que ocurrió la destrucción de Tartessos con el comienzo del dominio cartaginés (40).

¿Con quiénes se puede identificar a los promotores de la cultura tartésica? Esta cuestión es la más difícil de todas las que plantea el problema tartesio. Las respuestas de los prehistoriadores se distribuyen en dos grupos: las de los que los identifican con gentes nuevas y las de los que los consideran descendientes de los pobladores anteriores. «Si se buscan las raíces arqueológicas de los tartesios —dice Pericot—, hay que llegar al Eneolítico, época en que existe una cultura andaluza, interpretada por algunos autores como obra del pueblo tartesio. Aunque el parecer es discutible, no hay duda que resulta sugestivo, teniendo en cuenta la riqueza de aquella y los datos de los autores antiguos sobre una cultura tartesia antiquísima y elevada. Más tarde, en la Edad del Bronce, la cultura andaluza no es más que la cultura argárica nacida en Almería, y debe ser en esta edad, a lo largo de la misma cuando se van diferenciando un pueblo y una cultura tartesias, proceso que la falta de estaciones no permite seguir bien» (41).

Sobre el cañamazo de esta teoría otros autores matizan su opinión. Para Gómez-Moreno, la identidad de los antepasados de los tartesios con los megalíticos es válida. Blanco acepta que la cultura tartesia es de raíz indígena, «patrimonio de las viejas poblaciones decantadas en Andalucía desde el tercer milenio». Y Maluquer cree que «se trata de una estricta continuidad de un mundo indígena muy viejo en el país... Interpretamos, por consiguiente, el mundo

tartésico como el florecimiento de la población indígena ante la fuerte elevación del nivel de vida, al que no serían ajenos, desde luego, los estímulos coloniales mediterráneos» (42). Schulten los identifica primero con los colonos orientales que arriban a las costas andaluzas en el III milenio en busca de los minerales de Vera-Cartagena, Jaén y Río Tinto (43), después con los tirsenos, oriundos de Lidia, mineros y metalúrgicos (44), teoría que rechaza Maluquer (45). Almagro, después de afirmar que no cree que «pueda identificarse Tartessos y su imperio con la cultura argárica», dice cosas tan interesantes como que «el nombre de Tartessos no es una realidad que podamos fijar hoy ni étnica ni culturalmente en la Península», que las referencias de Tartessos que nos transmiten los textos griegos y latinos son una elucubración de los antiguos, que el legendario imperio tartésico podría ser un reflejo de la cultura argárica en época histórica, que si Tartessos fue una colonia tirseña, los tartesios o tirsenos fueron los primeros colonizadores históricos de España, seguidos de fenicios y griegos (46). Es una postura interesante que no aclara nada.

Tampoco Bosch Gimpera se define. Primero imagina una nueva oleada africana que expresamente les da origen, tesis a la que se oponen los demás prehistoriadores. Resume su conocida tesis de la evolución sobre el terreno de la cultura de Almería desde el Neolítico hasta el milenio a. C., encuentra dificultades para admitir que los tartesios sean indígenas y cree más acertado que son «un pueblo nuevo que hacia el año 1000 acababa de llegar a España arruinando la cultura anterior» (47). En otra ocasión piensa en la existencia de un Tartessos africano en las costas de Túnez, que sacaría cierta la relación de Herodoto sobre la navegación de Coleo y su arribada a dicho Tartessos, de donde se trasladó a Andalucía por emigración de su pueblo (48).

La Ora Marítima pone en Mastia (Cartagena) el confin oriental de Tartessos. Si fue una confederación de pueblos que se extendía desde el Guadiana hasta el Júcar, en la tierra de Vera que ocupa el centro de esta ancha zona, no solo geográfico sino cultural y económico, durante el II milenio a. C., periodo de gestación de Tartessos, habría que buscar su cuna en la cultura argárica, el vehículo más antiguo de la formación de su poder. «Es posible —advierte Maluquer al respecto— que no sea simplemente un hecho casual que el propio nombre de Argantonio puede relacionarse con la minería de la plata» (49). El Argar no sería una corrupción del árabe al-gar, la cueva, como quiere Martínez Santa-Olalla y parece evidente, sino un topónimo más antiguo, del II milenio a. C., relacionado con la explotación de la plata del Cabezo de las Herrerías. Arganto, según Caro Baroja, es el nombre celta de la plata (50). El binomio Argar-Argantonio relacionaría la riqueza fabulosa de Tartessos en objetos de plata —hasta los pesebres eran de plata según los escritores clásicos— con los yacimientos de plata del famoso cabezo, los primeros en ser explotados en Occidente.

Tartesso-Tarsis parece identificarse con Mastia-Cartagena en el texto del tratado concluido entre Roma y Cartago en el año 348 a. C., que nos ha conservado Polibio: «Habrá amistad entre los romanos y los aliados de los romanos con los cartagineses, tirios, uticenses y sus aliados; más allá del Kalon Akroterion y de **Mastia de Tarsis** los romanos no podrán hacer presas ni comerciar ni fundar ciudades» (51). Así lo interpreta Cintas, según cita de Sureda. «El profesor Cintas acaba de publicar un libro —alrededor del 1970— en el que pone los más antiguos tartesios en Almería, asegurando que la expresión de Polybio (en el texto transcrito) confirma no solo que Mastia es una ciudad de los tartesios, sino además que, hasta el momento de la redacción de las fuentes donde él tomó su información, se llamaban todavía las costas del país de Villaricos, Tarsis, demostrando que este país había sido llamado así anteriormente. Los hallazgos arqueológicos le permiten sacar la conclusión de que «es en esta costa donde se encuentran numerosos testimonios de las navegaciones fenicias del segundo milenario y la que ha sido primeramente, para los fenicios, la del «país de Tarsis», donde las

naves de Hiran venían a buscar la plata, y que los griegos han llamado a este mismo lugar, que es el territorio de los mastienos, Tartessos». Nosotros, que, por distintos caminos, hace tiempo que llegamos a la misma conclusión que el profesor Cintas, discrepamos de él en algunos detalles. Supone que es evidente que hubo primero: «Tarsis-sólo, y que fue originariamente Tarsis-Villaricos, después, más tarde: Gades-Tartessos». En su opinión, éste es el verdadero contenido de las tradiciones: que la ciudad de Gades convertida en el polo principal del país de Tarsis entero, desde el punto en que centraliza todo el comercio se convierte en Tarsis. Pero no tiene en cuenta que Estrabón al hablar de la exportación en la Turdetania, no cita especialmente ninguna ciudad y, sin embargo, dice que Carthago Nova era **el emporio más grande de las mercancías**. Además, está la cuestión de la antigüedad del nombre de Tartessos: para los topónimos en -ssós, George Huxley propuso una fecha anterior al 1900 a. de Jescucristo. Quedando constancia de la antigüedad del nombre de Tartessos en el hecho de que los mismos griegos le designaran no con un nombre griego sino anterior. A lo que debemos añadir que cuando llegaron los fenicios, algún lugar de la costa española había recibido el nombre de **Columnas de Hércules**, lo que no es extraño si consideramos las relaciones mediterráneas en la antigüedad. También Estrabón (I, 1) afirma que la riqueza ibérica «impulsó primero a Heracles a llevar a cabo su expedición, luego a los fenicios que se crearon un gran imperio, y, por último, a los romanos». Hoy está demostrado arqueológicamente y las fuentes escritas lo indican también que antes que los foceos otros navegantes griegos visitaron la Península». (52).

Las apostillas de Sureda a la tesis de Cintas tienden a centrar en Cartagena (Mastia de Tarsis) la Tartessos originaria. O en la costa de Villaricos Cartagena, que es la que en realidad juega en la etapa argárica. «¿Qué pasaría —se pregunta— si aceptásemos a los que Schuitem llama pretartesios, que explotaron las minas más antiguas de la provincia de Almería, como tartesios? ¿quién puede afirmar rotundamente, con razones científicas, que no lo eran? ¿Qué repercusiones tenía sobre las vías de transmisión del vaso Campaniforme?». Sostiene que la desconcertante rapidez con que se propaga esta cerámica se explicaría mejor, si Tartessos se identificara con Mastia y los tartesios, comerciantes en busca de estaño, la hubiesen llevado por el Norte de España a Bretaña, Irlanda e Inglaterra. Aduce el testimonio de Estrabón, que dice, a favor de esto, que los habitantes de las Kassiterides, «por poseer minas de estaño y plomo, cambiaban metales y pieles por **vasos**, sal y objetos de bronce, que traen los comerciantes». Y concluye: «Si se acepta a los pretartesios de Almería como los representantes de tal cultura, ¿por qué no aceptarlos también como tartesios? Esto explicaría ese elemento exótico de origen anatolio que la mayor parte de los prehistoriadores ven en la cultura de El Argar» (53).

Jordá distingue en la cultura tartésica dos etapas: una clásica que identifica con El Argar y otra histórica que se desenvuelve en Andalucía. La segunda es una etapa de decadencia que se inicia con la colonización fenicia, durante la cual Tartessos se convierte en una ciudad itinerante, sin historia, o en una historia sin ciudad (54). Habría que considerar como extremo oriental de la Tartessos histórica la tierra comprendida entre el Almanzora y el Segura, por tener un clima análogo, intensa deforestación desde el siglo II a. C., reducidas áreas de bosque, predominando los pastizales y las tierras de labor, poblaciones asentadas en cerros y escasa vegetación en las zonas mineras (55). Jordá contempla El Argar como una ciudad principal rodeada de poblados satélites. Sus vecinos usan armas de bronce, joyas de oro, plata y bronce, vasijas cerámicas muy perfeccionadas, y se entierran en pithos, moda que viene de la Grecia continental. No hay en el Sudeste otra ciudad que se pueda considerar pretartésica o estar en la etapa clásica de lo tartésico. Es la única que domina la metalurgia, el comercio y la navegación, tienen la agricultura y la ganadería como subsidiarias, y en ella se pueden

unir los rastros arqueológicos de origen egeo-anatólico con las leyendas y mitos clásicos (56).

Esto último es muy interesante. Jordá advierte que Maluquer (57) suponía la existencia de tres dinastías tartésicas: la geriónica, la gargórida y la argantonía, relacionadas con las leyendas y mitos clásicos, que se desenvuelven entre los años 1400 y 550 a. C. Da nombre a la primera Gerión, hijo de Crisaor, el de la espada de oro, nacido en una caverna de las fuentes del río Tartessos (Guadalquivir). Es vencido por Hércules que le roba los bueyes y se los lleva a Tiro. La leyenda griega sitúa estos hechos en la mitad del II milenio que es la etapa del apogeo de El Argar; parece reflejar unas relaciones tartésico-micénicas, que se apoyarían en la realidad de las relaciones entre El Argar y Anatolia. Pero Gerión, de haber existido, debió ser anterior, pues su nieto Norax parece vivir en la etapa preargárica. La leyenda no tiene una cronología cierta como la historia, depende en gran parte de la imaginación que la produce. Norax emigra a Cerdeña en la primera mitad del II milenio y allí funda la ciudad de Norax introduciendo el tipo de construcción de edificios torreados cuyos precedentes están en Los Millares. ¿Qué pudo obligar a Norax a emigrar? ¿La llegada de nuevas gentes que se apoderaron del territorio tartésico? Es probable. La segunda etapa de la cultura argárica parece determinada por la presencia de nuevos elementos culturales.

Gágoris da nombre a la segunda dinastía tartésica. Rey de los cunetes o curetes, vivía en el bosque, su pueblo cazaba con arco, utilizaba espada y casco y poseía ganados. Su nieto Habis, abandonado por orden suya, fue amamantado por una cierva. Esta leyenda está en relación con el mundo cretense. La arqueología y la tradición literaria muestran un probable escenario de esta leyenda en la tierra de Vera y en su hinterland la comarca de los Vélez, donde los escritores clásicos dicen que se extendía un bosque y la abundancia de ciervos está bien documentada. Bosques naturales existen aún en diversos parajes de la comarca de los Vélez —El Coto, Los Quemados, Los Barrancos, La Alfaguara— y la caza del ciervo está documentada en pinturas rupestres —Covachas del Estrecho de Santonge—. El ciervo decora vasijas cerámicas de Los Millares y cascarnes de huevos de avestruz de la necrópolis ibérico-fenicia de la Baria de Villaricos. Mirian Astruc los considera totem de las tierras almerienses. Entre las vasijas de Los Millares, decorados con ciervos, las pinturas rupestres de Vélez Blanco y los huevos de avestruz de Villaricos median dos milenios, que son los de la gestación de la cultura tartésica y de las leyendas.

Ya hemos indicado la identidad de Argantonio, **El hombre de la plata**, con El Argar, la **ciudad de la plata**. En conclusión, la cultura tartésica tiene una etapa clásica en la cultura argárica, que se puede considerar su antecedente inmediato, y una etapa histórica en la primera mitad del I milenio, durante la cual las poblaciones de la costa del Sur y Sudeste, apoyadas en su interior el valle del Guadalquivir, se relacionan intensamente con fenicios y griegos.

¿Se identifican Tartessos-Tarshih-Mastia-Villaricos-Cartagena? De Mastia hablamos a continuación. La identificación del Tarshih bíblico con Tartessos es muy problemática (58). Gómez-Tabanera, con el inglés Albright, sugiere que Tarshih puede aludir a una refinería de metales allende el mar, significación que a nada compromete, que vendría a ser «las Indias» de los fenicios, por lo que **naves de Tarshih** significarían lo mismo que **naves de indias** para los españoles del siglo XVI (59).

Caro Baroja reduce la cultura argárica a los siguientes esquemas: en lo económico, vida sedentaria, formas perfeccionadas de urbanismo, ganadería y agricultura en gran escala, cultivo con arado, trabajo intensivo de los metales, desarrollo de industrias especiales y acumulación de capital. Esto queda demostrado por las enormes riquezas en plata y oro en objetos, lingotes y monedas que los romanos expoliaron en la Bétida y el Sudeste durante los treinta primeros años de su ocupación. Caracterizaban la vida social las clases sociales que se originaban en la desigualdad de las funciones y cargos y se manifestaban en cinco grupos: esclava-

vos, hombres libres agricultores, mineros y metalúrgicos, nobles y terratenientes, sacerdotes, familia real. Desarrollo considerable de las artes plásticas y comienzo del uso de la escritura. Grandes panteones politeístas con un dios supremo, jerarquías sacerdotales, templos suntuosos (60). Hay que subrayar el desarrollo extraordinario de la esclavitud, desconocida en El Argar. El trabajo diferenciaba las categorías de los ciudadanos: agricultores y ganaderos, mineros y metalúrgicos, artesanos y mercaderes (61), la agricultura se considerará como una categoría superior a juzgar por los emblemas que figuran en las monedas del Obulco: arados de cama curva, yugos, espigas (62). A estos esquemas habría que poner ciertas salvedades. La suntuosidad de los templos es una apreciación muy subjetiva, pues los restos conocidos de templos ibéricos, la tartésica es una parte de la cultura ibérica, son muy rústicos.

Los tartesios no eran belicosos, pues tomaban para su defensa mercenarios celtíberos y ofrecieron poca resistencia a los romanos. Eran hospitalarios, respetuosos con los ancianos, exagerados, artistas y navegantes audaces (63). Esta aptitud para las cosas de la mar les dio la supremacía sobre los otros pueblos andaluces. Las navegaciones tartesias por el Atlántico son anteriores al I milenio, como lo testimonian las cuentas de vidrio encontradas en las Islas Británicas, idénticas a las halladas en Fuente Alamo (64), que son de la segunda mitad del II milenio, época a la que se refiere las navegaciones tartesias a que alude la Ora Marítima (65).

**Mastienos y bastitanos.**— En el Sudeste se asientan mastienos y bastitanos. Unos autores extienden su territorio desde el Guadiaro al Segura, otros lo recogen en torno a Mastia, emplazada en el solar que ocupó después Cartagena; Escobar lo reduce a la tierra de Vera (66). Mateu lo ve como una región con vertiente propia, independiente de las cuencas del Júcar y del Guadalquivir, con dos ríos, el Tader o Segura y el Urci o Andarax, con la capital interior en Ilorci (Lorca) y, cuando dominan los bastitanos, en Basti (Baza), con una costa muy activa y un hinterland que conduce a las minas de Castulo (67). Siret observa que las puntas de flecha de sílex de pedicelo central son frecuentes en el Levante Español y las puntas triangulares con base más o menos cóncava se encuentran en Andalucía y Portugal, que ambas se dan en la zona comprendida entre los ríos Aguas, Antas y Almanzora, es decir, entre Mojácar, Antas y Villaricos, zona de tránsito, y de estas observaciones deduce que ya en el Eneolítico, (III milenio) existían dos zonas diferenciadas, una en el Sur, Turdetania, y otra en Sudeste-Levante, que se llama Tarraconense por coincidir con esta provincia romana, y entre ambas esa zona de tránsito que es después la Mastia protohistórica, cuyas lindes occidentales fija en el Andarax (68). Otra distinción remota es la que establece Cuadrado Díaz a base de la cerámica de barniz rojo, distinguiendo la de imitación fenicia, tartesio-occidental, y la indígena del Sudeste y Alta Andalucía, ibero-tartesio, en territorio mastieno (69). La frontera Nordeste estaría ocupada por la Deitania, con delimitación imprecisa como la de todas las citas clásicas (70). Bosch Gimpera da a la tierra de los mastienos la extensión más generalmente admitida. «... en el SE. y en la parte oriental de Andalucía (desde más arriba de Mastia-Cartagena hasta el río Criso-Guadiaro) los Mastienos (entre los cuales había elementos extraños, seguramente colonizadores africanos, que el Periplo llama liviofénices)» (71).

Respecto a la identificación de Mastia con Cartagena dice Maluquer: «En la zona de la costa, entre el Estrecho y Alicante, citaban las antiguas fuentes a los mastienos, cuya ciudad, Mastia, suele identificarse casi siempre con Cartagena, aunque de hecho no existen pruebas concluyentes, ni siquiera circunstanciales, para tal identificación, pues si en Avieno y Hecateo aparecía al Este del Estrecho, Herodoto la sitúa al Oeste. El dato más interesante procede de Teopompo, que se refería a ella como ciudad sometida a los tartesios, y, en efecto, la arqueología confirma que todo el Sudeste peninsular gravitó durante mucho tiempo hacia Tar-tesso» (72). La zona triangular Villaricos-Cartagena-Los Vélez, pudo ser la matriz de los mas-

tienos; en ella distinguimos tres solares en los que se sucedieron varias poblaciones durante el I milenio: el de Cartagena una población ibérica (¿Mastia?) y una ciudad cartaginesa, Cartago Nova; en la comarca de los Vélez la población ibérica que originó el Vélez-Blanco actual, y en Villaricos, una población ibérica (¿Tanusia?), una factoría fenicia, la Molybdana griega y la Baria cartaginesa. En alguno de los tres lugares una población indígena, dominante durante algún tiempo, pudo ser la Mastia que citan los escritores clásicos, o cualquier otra población del entorno, pero, como parece que dio nombre a una franja de terreno costera, se puede suponer su asiento en la costa, entre los cabos de Gata y Palos.

De los escritores clásicos citan a Mastia y los mastienos la Ora Maritima, Hecateo, Herodoto y Teopompo (73). La primera nos proporciona un testimonio geográfico: «Massia, ciudad de los massienos, en el fondo del golfo en el que está el puerto Namnatius». Massia, massiena, massieni son formas de aspecto helénico, que denuncian el origen griego del navegante masaliota que redactó el texto más antiguo utilizado por Avieno. En él se distingue Mastia como población y se la sitúa en el golfo Namnacijs que, al ser identificado con el de Cartagena, trae Mastia a este solar (74). Hecateo de Mileto distingue **Mastia y su nación** de los iberos y la sitúa en Andalucía oriental (75). Teopompo dice que Massia es una región distinta o separada de los Tartesios, cuyo gentilicio es Massianos» (76). Tan vaga o más es la referencia de Herodoto. ¿Qué fue Massia en Avieno y Teopompo o Mastia en Hecateo y Herodoto? ¿Una etnia, una ciudad, un territorio? Probablemente, una ciudad habitada por un pueblo que da nombre a un territorio.

Si Mastia fue la ciudad antigua en cuyo solar los cartagineses fundaron Kart-Hadasat (Cartagena), Alvarez le ha encontrado un interesante paralelo en las costas de Túnez. Cuando los fenicios llegaron a ellas al final del II milenio a. C., se llamaban Masta, Mastia, Mastanax, y Mastinax la siguieron llamando los cristianos de aquella región hasta época muy tardía. Masta o Mastia significa **ciudad**; por esto, cuando los fenicios se decidieron a fundar su propia ciudad en aquella costa, la llamaron Kart-Hadasat (Cartago), que significa la **ciudad nueva**. La réplica en nuestra costa es exacta (77).

Los prehistoriadores observan que entre los siglos IV y III a. C. se pierde el nombre de Mastia, mastienos en los escritores clásicos, que desde entonces usan el de bastitanos para designar a los pueblos del Sudeste, como si esto fuese —advierte Pericot— consecuencia de la ocupación de Mastia por los cartagineses (78).

Estrabón sitúa geográficamente a los bastitanos con bastante precisión. «El tramo de costa que va de Kalpe (el Estrecho), cuyo monte está sobre las Stelai, hasta Karchedón Nea (Cartagena) mide una longitud de dos mil doscientos estadios y en él viven la mayoría de los bastetanoi —a los que se les suele llamar también bástouloi— y una parte de los oretanoi» (79). En seguida específica: «Partiendo de la región de Kalpe, cruza la Bastetania y el país de los oretanoi una cordillera cubierta de densos bosques y corpulentos árboles que separa la zona costera del interior. En ella hay muchos lugares con oro y otros metales» (80). Es la Penibética y sus derrámenes hacia Levante, cubiertos de bosques y ricos en minerales. Ocupaban, pues, la parte montañosa de la Alta Andalucía comprendida entre Málaga, Jaén y Cartagena, en la que se distinguen dos zonas: la que bordea la costa y «vierte hacia el mar» en frase de Plinio (81) y la del interior; en la primera vivían los bastuli que se mezclaron con los fenicios de las factorías costeras, en el hinterland (Guadix-Baza-los Vélez) los bastetanos y en la parte oriental de la Mariánica, los oretanos.

Schulten cree que no se puede identificar a los mastienos con los bastetanos, porque sus respectivas capitales —Mastia y Basti— «son diferentes y distantes» (82). Berthelot cree solucionado este extremo, si bastetani es el nombre latino de los massieni, cambio que explica por la mutación de la M en la B y la adición final latina -tani; la razón de este cambio sería

que los vecinos de la Mastia destruida por los cartagineses fundaron en el interior otra población de igual nombre, que por la fonética dominante en la región o por asimilación latina se pronunció Basti en vez de Mastia, lo que explica que ambas denominaciones aparezcan una tras otra como teniendo principio cada una en una de dichas ciudades (83). La hipótesis es ingeniosa, pero explica tanto que no convence. Siret da una explicación más lógica. «El gran número de acrópolis, que cubren España durante esta época, hace pensar en el nombre del país en el que las hemos encontrado principalmente: los pueblos del Sudeste se llamaban bastulos, bastetanos; este último nombre parece querer significar **habitantes de fortalezas (bastidas)**; una de sus acrópolis conserva el nombre de Bastida (La Bastida de Totana, Murcia); la capital de este país era Basti» (Baza) (84).

Arribas ve a los habitantes del Sudeste durante el milenio anterior a nuestra era esbeltos, duros, de rasgos finos, cabellos rizados y revueltos, voz bronca, ingenuos, inquietos y ávidos de aventuras, valerosos y de mucho aguante (85). La actividad comenzaba en los poblados con el alba y terminaba al volver los hombres del campo en el crepúsculo. Se ocupaban en el cultivo del campo, la cría del ganado, el laboreo de las minas, la pesca, las salazones y en los talleres artesanos. El comercio lo monopolizaban los colonizadores. Los ocios se entretenían en la caza y la guerra.

Balil resume en un sencillo esquema la estructura y las ocupaciones de aquellas primeras sociedades. Gerontocráticas. Pequeñas ciudades regidas por reyezuelos. Aristocracia constituida por grandes propietarios rurales y mercaderes. Agricultores y artesanos unidos a los anteriores por los vínculos de la clientela. Esclavos que producían grandes ganancias, lo que dio lugar a la tesaurización de objetos labrados en metales preciosos lo que hizo la delicia de los depredadores romanos. Los consejos de ancianos elegían a los reyezuelos, los aristócratas imponían sus gustos a los artistas y artesanos, los agricultores —terratenientes y campesinos libres— y los mercaderes sostenían este entramado, enriquecido por el trabajo gratuito de los esclavos. El caballo como montura era símbolo de posición social. Unidad familiar y actividad casera —cada vivienda tenía su telar— que atendía a las necesidades más parentorias. Predominaba el cultivo de secano, cereales y legumbres; difusión lenta del olivo y la vid. Las galenas argentíferas de nuestra tierra constituían la riqueza fundamental (86).

**Arte y artesanía.**— Habiendo sido cuna de la cultura ibérica, nuestra tierra ofrece, en contraste, pocos hallazgos de ella. Sin embargo, en su entorno murciano, jiennense y granadino se han producido los más famosos: los santuarios ibéricos y las esculturas. Los santuarios soñan ser pequeños templos situados en la parte más alta de los poblados o cerca de ellos o santuarios rupestres consistentes en cuevas con algún pequeño templo adosado. En ellos se ofrecían ex-votos, figuritas de cerámica, piedra o metal, de personas y de animales, de los que se han encontrado en cantidad (87).

Pudieron ser ex-votos ofrecidos a Hipona los bajo relieves labrados en piedra, del «domador de caballos», hallados en Villaricos. Son tres. En el primero, una figura masculina, bifronte, sentada de perfil en una silla de tijera, ocupa el centro, teniendo a un lado y otro sendas figuras de caballos que aparecen alzados sobre las patas traseras y enfrentados. El relieve, totalmente plano y de poca altura, se delinea nítido sobre el fondo liso de una especie de caja rectangular; algunos detalles dan mayor realidad a las figuras. Este es el bajo relieve mejor labrado y conservado. Lo adquirió en Villaricos E. Gandía en el 1912 y está en el Museo Arqueológico de Barcelona. Otro de los relieves, que se conservaba en Cuevas de Almanzora en el 1942, es de arte inferior al anterior; los caballos son de torpe dibujo y la figura humana, bifronte, tiene rasgos ornitomorfos que recuerdan figuras de la cerámica pintada ibérica. El tercero es de mayor tamaño y se guarda en Villaricos. Los tres son de factura ibérica y de

época romana (88). Esta afición a las representaciones de animales —caballos, toros, leones y esfinges— se puede atribuir, según Bosch Gimpera, a la influencia griega recibida del Asia Menor durante la época orientalizante (89).

Los tejidos de esparto parecen ser de origen local. Plinio dice de los habitantes del Sudeste: «Los campesinos preparan con él sus lechos, hacen fuego, fabrican sus antorchas y calzados, los pastores hacen capas». Describe la recogida del esparto: «Para emplearlo lo arrancan cuidadosamente, envolviendo las piernas en fundas y las manos en guantes, enrollándolo en un vástago de hueso o de roble» (90). Estrabón y Plinio relacionan sus aplicaciones industriales: sogas, cuerdas y cordeles para los aparejos de los navíos, espuertas y capazos para los trabajos en la casa, en el campo y en las minas, y esteras (91). Estrabón llama a la región en que se producía el esparto Campo Espartario, «un gran campo sin agua, donde crece abundantemente la especie de esparto que sirve para tejer cuerdas y se exporta a todos los países, principalmente a Italia» (92). Plinio lo sitúa en la Cartaginense, paralelo a la costa, le da 148 kilómetros de longitud y 44,5 de anchura, lo que hacen 6.500 kilómetros cuadrados (93). Se localiza en el traspais de Cartagena, que por eso la llamaron Cartago Espartaria, desde el Bajo Almanzora hasta Santa Pola, poco más o menos.

Se tejían telas de lino y de lana. Para teñirlas usaban la púrpura. «Se suele atribuir —advierte Siret— al azar el descubrimiento de las propiedades de las púrpuras; pero en las playas de Villaricos he recogido varias veces ejemplares de *Janthinas*; este molusco flota sobre el agua y segrega una tinta de hermoso color purpúreo-violáceo; aplicada a un tejido blanco, resulta una tintura de buen efecto y resistente; tal hubo de ser el principio de este arte y, como las *Janthias* escasean, se buscaron mariscos más comunes, y estas investigaciones, no el acaso, llevaron a los antiguos a descubrir las propiedades de los mures, que no producen el color purpúreo inmediatamente sino después de un poco tiempo». Añade que las conchas de mures no son abundantes en Villaricos, pero que en el vecino poblado de Parazuelos las encontró fracturadas y amontonadas, lo que le hace creer que allí hubo un establecimiento de tintorería» (94).

Una artesanía derivada de la metalurgia producía armas: jabalinas, falaricas, trágulas, soliferrum, puñales de antena, espadas curvadas de hoja corta, falcatas, cascos y escudos. En Villaricos han aparecido algunos cascos de metal de tipo greco-etrusco y bastantes falcatas, espadas imitadas de la machaira griega, que se llevaba en una vaina de cuero pendiente del tahalí (95).

El torno de alfarero, que aparece en Mesopotamia al final del V milenio, llega a nuestra tierra en las naves fenicias y griegas. Hasta cinco clases de cerámica salieron de los alfares ibéricos, de las que la menos conocida es la de Andalucía, de decoración pobre. Bosch Gimpera ve en ella influencias griegas arcaicas y sostiene que la «cuna y los grupos más antiguos de la cerámica pintada ibérica resulta, pues, hallarse en el S. y SE. de España, siendo los restantes grupos derivados del anterior» (96). En la Baria de Villaricos la cerámica ibérica aparece al lado de la púnica y de la griega y de grandes crateras italiotas de técnica muy perfecta.

Procedentes de Villaricos, se conservan en el fondo del Museo Arqueológico «Luis Siret» dos ánforas, que han sido estudiadas por Almagro y Olaria. «Ambas son de perfil idéntico —dice Almagro—. Muy ovoides, con un estrangulamiento en el tercio superior, sobre el cual se nos ofrecen dos asas poco salientes. Su cuello es una simple boca con un saliente exterior y su barro, bien cocido, es claro. Ambas ofrecen una acusada muestra del torno hacia el exterior... La superficie se cubrió antes de la cocción con un engobe blanco, especie de engaliba, que hoy queda muy perdido. Sobre este engobe blanco se pintó la decoración en color rojo vinoso, que ha desaparecido en gran parte, aunque se puede seguir con seguridad y se ha reconstruido así: decoración organizada en franjas, divididas a veces con motivos verticales

formando metopas; los motivos empleados son geométricos: bandas de espirales o simples roelos, rombos, ángulos o zigzag; las bandas están separadas por zonas de cuatro líneas paralelas». Una está mejor conservada que la otra y ofrece una decoración más sobria (97). Oaría las fecha entre los siglos VI y V a. C. y les encuentra paralelos en Cartago, Malta, Tútugi y Baza. «Otro paralelo tipológico muy cercano a estas ánforas de Villaricos, dentro de nuestra península, es el que presenta el material cerámico que acompaña al hallazgo de la Dama de Baza, Granada, que indudablemente pertenece a este mismo momento cronológico en el que confluyen idénticos contactos, debidos a un mismo impacto orientalizante» (98).

Una artesanía de lujo fue la del vidrio, descubierta en Egipto en el siglos XVI a. C. (99). En las centurias XV-XIV fecha Almagro las perlas de vidrio encontradas por Siret en Fuente Alamo (100). De la misma fecha deben ser las encontrads por Catalina Martínez en el Peñón de la Reina (Alboloduy). Dos ánforas, de fabricación defectuosa, se han encontrado en tierras almerienses, pero no se indica donde (101).

**Los campos de urnas almerienses.**— Siret fue el primero que rastreó la presencia de los celtas en tierras de Vera. «De la primera Edad del Hierro —dice— solamente he podido estudiar sepulturas, que, al principio, atribuí al Neolítico por estar situadas en la vecindad o encima de las casas de estas época; con frecuencia, estas sepulturas están en los dólmenes cuyo mobiliario han respetado» (102). Los campos de urnas más antiguos son los de la Suiza oriental y septentrional, íntimamente relacionados con los de Baviera y la Italia septentrional. Su cronología se fija entre los años 1200 y 1000 a. C. En la misma fecha se generaliza en Grecia el uso del hierro, que no comienza en Italia y en España hasta el principio del milenio anterior a nuestra era. La etapa de Hallstat se desarrolla en el periodo del 800-400 y la de La Tene, del 400 en adelante.

Los celtas de los cementerios de urnas, rastro por el que se les conoce, partieron de Alemania meridional, por el valle del Ródano llegaron a Cataluña en el año 900 a. C. y sostuvieron su dominio militar hasta el 650. Hacia el año 700 los grupos celto-germánicos de Wesfalia, cultura hallstática, pasaron por los Pirineos y se extendieron por el valle del Ebro, valle inferior del Tajo, Extremadura, Portugal y Huelva. Desde el Rhin un grupo pasó a León, Asturias y Galicia, y otro se estableció en Castilla. Su dominio en la Península se consolida entre los siglos VI y II a. C. (103). Es muy difícil definir —según Maluquer— la divisoria entre los mundos céltico e Ibérico en España. Célticas propiamente son la Meseta, la costa atlántica hasta el Algarve, la cantábrica y las cuencas alta y media del Ebro. Levante y Andalucía son ibéricas con algunas penetraciones célticas (104). Una de estas se detecta en Villaricos.

Se trata de un grupo de sepulturas de incineración en las que aparecen objetos de hierro muy sencillos. Las urnas son de tipo Almanzora. Se localizan en Caldero Mojácar, Qurénima, Barranco Hondo, Almizaraque, Cabezo Colorado, Los Carpochanes, Cañada Flores y Las Alparatas (Turre). Estas sepulturas están relacionadas con otras en las que aparecen vasos de tipo cartaginés y objetos de plata de importación fenicio-cartaginesa, como las de Villaricos, Boliche (Herrerías) y Pozos de Marchandillo (105). Las de Almizaraque, Los Carpochanes (Palomares), Cañada Flores, Pozos del Marchandillo y Cuartillas son, según Mirian Astruc, sepulturas indígenas de la Primera Edad del Hierro con algunas influencias orientales, en ellas se encontraron urnas con cuentas de vidrio y hueso y algunos brazaletes. En las de Boliche, tumbas de incineración pobres, formadas por simples hoyos, de la misma época que las anteriores, aparecieron algunos huevos de avestruz, en otras del mismo paraje se encontró un ajuar más rico, formado por elementos orientales: lámparas púnicas, cuentas de oro, pendientes de plata y cascarnes de huevos de avestruz cortados en forma de vaso y decorados (106). En total son unas 30 sepulturas, todas descubiertas y excavadas por Siret.

En Qurénima descubrió una tumba rectangular formada por piedras, con huesos y vasi-

jas hallstáticas. En Caldero Mojácar, una pequeña sepultura poligonal formada con losas verticales, con huesos quemados y vasijas hallstáticas. En Barranco Hondo, tres cistas con urnas cinerarias y huesos quemados. En Cabezo Colorado, dos grandes urnas cinerarias. En los demás lugares relacionados antes, sepulturas de incineración con urnas (107). En algunas de estas sepulturas aparecen simultáneamente los ritos de incineración e inhumación, por lo que Siret opina que se incineraban los hombres y se inhumaban las mujeres y los niños (108).

Bosch Gimpera atribuye estas sepulturas a la penetración céltica de comienzos del milenio (109). Las espadas de antenas encontradas en Villaricos las asigna a una etapa post-hallstática que se produce mediado el milenio (110). Almagro admite esta segunda fecha (111). Pericot cree que las sepulturas célticas de Vera derivan de los campos de urnas catalanes mediado el milenio, en una etapa incluida aún en la primera Edad del Hierro (112). Bosch Gimpera ha rechazado antes esta opinión e incluso ha sostenido que estos sepulcros pueden atribuirse a tribus ibéricas (113). Esta penetración céltica parece indicar la presencia de mercenarios aislados, a juicio de Blázquez (114). Dada la pobreza de los ajuarez y la dispersión de las sepulturas, treinta en ocho lugares, pueden delatar la presencia de grupos de mineros venidos a la Meseta, que no tenían que ser necesariamente celtas, sino haber recibido su influencia.



## II. COLONIZADORES HISTORICOS

**La expansión fenicia en Occidente.**— Considera Moscati que la expansión púnica en el Mediterráneo occidental en competencia con la griega fue el fenómeno más grandioso y determinante de la Edad Antigua en el continente europeo o, mejor, en el mundo mediterráneo. La causa que la impulsó fue el comercio de la plata de nuestra tierra, del estaño de Bretaña y Cornouaille y de los metales de Africa. La debilidad de los establecimientos comerciales, transformados con el tiempo en bases o factorías, expuesto a los ataques de las poblaciones indígenas del contorno, y la competencia de los griegos, fueron los agentes que amenazaron esta expansión y acabaron con ella, viéndose los fenicios obligados a ceder la antorcha del relevo a los cartagineses (115).

¿Cuándo llegan los fenicios a nuestra costa? Bosch Gimpera, apoyándose en las escasas referencias literarias, bíblicas y clásicas, sostiene que la llegada de los fenicios se produce en el siglo VIII a. C., centuria a la que se asignan las luchas con Geronte y el vasallaje de Tartessos a Tiro (116). Hace el siguiente ajuste de cronologías: en el siglo XI se producen la colonización fenicia de Chipre, los viajes a Occidente, la fundación de Utica (año 1101) en la costa de Túnez, la exploración del Sur y Sudeste de España y la denominación de Tarschisch para Occidente; en el siglo X las relaciones de Hiram de Tiro con Salomón; en el siglo IX, la fundación de Cartago (año 813) y la de Cádiz; en el VIII, las luchas con los tartesios y el vasallaje de éstos; en el VII y VI, el desarrollo de las colonias fenicias de Ibiza, Baria, Abdera, Sexi y Málaga en monopolio comercial, las relaciones de Tartessos con los foceos, el periplo massaliota, la talasocracia focea, el primer tratado con Roma, los vasos protocorintios de Villaricos (117). García y Bellido sostiene el siglo XI como centuria de la fundación de Utica y Cádiz. En lo demás apenas difiere de Bosch Gimpera (118). Blázquez (119) y Millás Vallicrosa (120) están de acuerdo con la referida fecha de la fundación de Cádiz. Ghirelli afirma que la talasocracia fenicia aparece en el 1180 a. C., lo que supone que años antes los fenicios han comenzado a colonizar las dos orillas de nuestro mar de Alborán (121). Blázquez cita a Lorimer y Nilsson que ponen el comienzo de las empresas fenicias en el siglo XI y a Mazzarino, Charles Picard, Tarradell, Almagro, Bernabó Brea y Cook que lo elevan al siglo XII (122).

Ante tal variedad de opiniones, todas en el aire a la espera de los resultados de las excavaciones que se van realizando en nuestras costas del Sur y Sudeste, interesa volver a exponer la tesis de Siret. Muchos años antes que Moscati, Siret sostuvo que las riquezas mineras

de Occidente, concretamente la plata de la tierra de Vera, fueron la fuente de la prosperidad de los fenicios y el motor de sus actividades en nuestra tierra, que desarrollaron en dos tiempos, el primero del siglo XV al XII a. C. y el segundo desde esta fecha hasta los años 587-564 en que Tiro es destruida por Nabucodonosor (123). A partir del 1580 a. C., bajo la XVIII dinastía, Egipto inaugura la era de las grandes conquistas y extiende su imperio hasta Mesopotamia. Las ciudades fenicias le sirven con sus naves y se benefician de su protección; partiendo de los puertos del Delta, exploran la costa africana hasta el Estrecho y la del Sur y Sudeste de la Península Ibérica, el país de los metales, que llevan a Egipto sustituyendo en este cometido a los pueblos del Egeo que antes los habían transportado. Antes de esta fecha, promedio del II milenio, el bronce escaseaba en Egipto y el oro y la plata eran raros en Chipre, y a partir de entonces comenzaron a abundar. Mientras los faraones conquistaban los países asiáticos, los fenicios financiaban sus empresas llevándoles los metales de nuestra tierra (124).

No se puede rechazar sin más la tesis de Siret, que pone en juego el binomio fenicios-orientales cuando la ve contestada por Dechelette, que le hecha en cara que había adelantado gratuitamente la entrada de los fenicios en la escena histórica, sin tener en cuenta que los fenicios llevaban ya mil años navegando por el Mediterráneo oriental y poseían los medios y técnicas para acercarse a Occidente. ¿No pudieron ser ellos los que trajeron los elementos de la cultura argárica? ¿No se podrían identificar los anatólios-argáricos de Martínez Santa-Olalla, que ahora casi todos los prehistoriadores aceptan, con los fenicios-orientales de Siret? ¿No encontraron los fenicios en nuestra tierra pueblos de su misma raza cuando volvieron en el primer milenio, como afirman Almagro (125) y Maluquer? «La colonización fenicia como la griega —dice el último— sólo puede arraigar sobre territorio ocupado por poblaciones “iberas” del Estrecho a los Pirineos; pueblos que hablaban todos una misma lengua como puede comprobarse más tarde cuando aparecen los primeros textos escritos indígenas. En realidad puede asegurarse que las colonizaciones históricas sólo prosperan sobre unas costas, que habían recibido constantemente influencias mediterráneas desde hacía varios milenios y que, por lo mismo, hemos de admitir que habían asimilado en buena parte la sensibilidad mediterránea» (126).

No se puede negar que los fenicios, que demostraron ser los mejores y más audaces navegantes de la antigüedad, estaban en el II milenio a. C. en condiciones de navegar a Occidente por las rutas que frecuentaban los marinos del Egeo, con los que estaban en relación. Los contactos que se produjeron durante el III milenio entre el Mediterráneo oriental y nuestra tierra, testimoniados arqueológicamente —tholos de Los Millares y de Almizaraque—, se debieron a los navegantes del Egeo y del Asia Menor. Los que se producen durante el II milenio se deben a los navegantes anatólios y a las primeras actividades comerciales fenicias. Al derribarse el poder cretíco-micénico por la invasión doria y la irrupción de los Pueblos del Mar, el camino al «país de los metales» quedó libre y los fenicios se aventuraron por él. ¿Cuál pudo ser su primer punto de atraque en España sino nuestra costa, que les salía al paso en su navegación hacia el Estrecho? Los mismos fenicios con su interesado silencio son los culpables de que hoy no sepamos esto.

**Las colonias fenicias en el Sur y Sudeste hispanos.**— Pierre Cintas define las condiciones de los lugares en que los fenicios solían emplazar sus factorías. Una isla cerca de la costa, un promontorio que tuviera doble acceso según la dirección de los vientos, un lugar con el agua baja, una laguna (127). Schule completa estos requisitos: emplazamiento fácilmente defendible, puerto natural apto para amarrar las naves sin necesidad de sacarlas a tierra, tierra cultivable en los alrededores para asegurarse el suministro de cereales, legumbres, frutas y carne (128). Son las mínimas exigencias de seguridad que obligaban a los anatólios-argáricos,

antecesores inmediatos de los fenicios, a fortificarse en picachos, a orillas de ríos y ramblas, cerca de la orilla de la mar, y con terrenos fértiles a mano.

Las colonias fenicias como las griegas —advierte García y Bellido— fueron establecimientos litorales de pescadores y conserveros y posada de los mercaderes que venían en busca de sus productos y de los metales. «No fue por un simple capricho por lo que el atún figuraba en las monedas de Gádir, Abdera, Sexi, Salacia» (129). En estas colonias, al menos en algunas a juzgar por los trabajos de Siret, Astruc y Blanco, los fenicios convivían con los indígenas e incluso tenían juntos los enterramientos aunque cada cual seguía sus ritos funerarios (130).

Estas colonias se mantuvieron durante varios siglos desconocidas por el secreto en que las tuvieron los fenicios, para evitar la competencia griega. Consiguieron así sacarles tres siglos de ventaja. Para algunos historiadores, la influencia de los colonos fenicios sobre los indígenas ibéricos fue tan profunda en todos los aspectos que dejó preparado el terreno para la rápida expansión musulmana, oriental y norteafricana como la fenicia, que se produciría casi dos milenios después (131).

Siret, apoyándose en un texto de Diodoro sobre el incendio de los Pirineos y la fundición de su plata, leyenda que ponderaba la riqueza minera del subsuelo hispano, divide la historia del comercio fenicio en Occidente en dos períodos, uno pregaditano, caracterizado por la existencia de muchas colonias de gran prosperidad comercial, y otro gaditano, determinado por la fundación de Cádiz, puerto guardián del Estrecho y base de avituallamiento para los que navegaban por el Atlántico en busca del estaño. Más adelante, apoyado en Estrabón, los rebautiza como pre y posthomérico. Fija en el siglo XII a. C. la separación entre ambos (132). Defiende que la primera población fenicia con el nombre de Gádir fue Gádor, sucesora histórica de la población eneolítica de Los Millares (133). «Esta denominación —apostilla Sureda— pudiera indicar el sitio de una Gadiz oriental» (134). Y completa su hipótesis trayendo el Estrecho de las Columnas a la boca oriental del Mar Ibérico o de Aiborán, a la línea Tres Forcas-Adra, aduciendo un texto de Eratóstenes que lo sitúa en Metagonion, topónimo ubicado en el referido cabo melillense (135).

**Villaricos.**— «El espacio comprendido entre esta costa y las sierras Almagrera, de Almagro, de la Balladona, de Bédar y Cabrera forma una región privilegiada en todos los aspectos» (136). Presidiendo esta ensenada de mar y tierra, en el centro mismo del litoral que separa la tierra de la mar, junto a la desembocadura del Almanzora, sobre el espigón izquierdo que forma la mar con el río, zona escalonada desde la misma playa hasta las primeras lomas de Sierra Almagrera, está el paraje que los nativos, al menos desde el siglo XVI, llaman Villaricos. «La configuración del terreno —añade Siret en otra ocasión— debe haber cambiado desde la antigüedad, porque los arrastres del río van acreciendo la playa y han rellenado con aluviones el estuario que formaba el mar al lado de la población antigua. En las excavaciones que se practican desde la playa hasta tres o cuatro kilómetros hacia el interior, se observa que los vestigios de industrias antiguas cerca del río están cubiertos con un espesor de tierra que alcanza hasta cinco metros. Anteriormente a los tiempos históricos sufrió la costa una transformación de mayor importancia: en toda esta parte del Sudeste se observa, a cierta altura, un cordón de playas con fauna marina cuaternaria; esto demuestra un levantamiento general del suelo; en la región de Sierra Almagrera su amplitud es de ocho a diez metros» (137). Con Siret concuerda Schule en estas observaciones.

A esta posición sobre la desembocadura del río, camino natural que se adentra en la cuenca minera de Sierra Almagrera, el cabezo de las Herrerías dista solamente tres kilómetros de la costa, por el que en poco tiempo los minerales y metales podían ponerse en puerto de embarque, debe Villaricos y su entorno inmediato haber sido solar de sucesivas oleadas fenicias,

griegas, cartaginesas, romanas e hispanomusulmanas. Los productos agrícolas de las hoyas del Bajo Almanzora alcanzaban a que la población de sus márgenes subsistiera. Solamente las entrañas de la tierra y de la mar almacenaban riquezas explotables, capaces de enriquecer rápidamente a los expoliadores. Por esto los poblados que se suceden en Villaricos en torno al embarcadero de mineral y a las fábricas de salazones, ocupan una mano de obra abundante y albergan una minoría activa de capataces y mercaderes.

De dichas ocupaciones han quedado rastros arqueológicos en la sierra y hoya de Montroy, que es otro nombre de Sierra Aimagrera que vendría a significar **monte del ave ro**, que, en opinión de los nativos, es un pájaro que ponía los huevos de avestruz cuyos cascarrones aparecen en las tumbas fenicias y cartaginesas del lugar, en los alfibes para las salazones y el garum, en las ruinas e inscripciones romanas. Dice Siret que muchos de los sillares que se encontraron en las ruinas de Villaricos eran de Andesita, roca que procede del Cabezo del Pajarraco, afloramiento entre Vera y Garrucha, lugar en el que unas excavaciones realizadas por él pusieron al descubierto unas casas neolíticas y otras contemporáneas de las de Villaricos, en una de las cuales apareció un curioso objeto de barro en forma de swática. Supone que en el segundo grupo de casas vivieron los canteros que cortaron la piedra para las construcciones de Villaricos (138).

En Villaricos, Siret encontró una población fenicia y otra romana con sus respectivas necrópolis, y a un kilómetro de distancia, sobre una elevada colina, una fortaleza árabe. La acrópolis fenicia estaba sobre una colina de unos 30 m de altura, separada y defendida de las colinas vecinas por un foso o zanja artificial; en ella había un aljibe. En las casas halló fragmentos de vasos griegos con barniz negro y vasos púnicos con paimitas estampadas, monedas y otros objetos. En la población romana, cerámica, sigillata e inscripciones latinas. También restos visigodos y bizantinos (139). Según estos hallazgos, Siret ordena la secuencia histórica de Villaricos: descubrimiento y exportación de los productos argentíferos por los sidonios (los primeros fenicios u orientales de su tesis), de los que no quedan rastros arqueológicos; invasión céltica de la que quedan enterramientos de urnas en los alrededores; ocupación cartaginesa de la que quedan vestigios; ocupación romana con abundantes restos arqueológicos; ocupación visigoda y bizantina; ocupación musulmana.

La población indígena que convivió con las factorías coloniales pudo ser Tamusia o Samusia, esta última forma es la que da Delgado, que la localiza en la desembocadura del Almanzora, en Villaricos o en Palomares, estudiando una moneda ibérica... la leyenda inscrita en el anverso es ibérica, cuya escritura no se usó en el resto de los pueblos de la Bética ni de la Lusitania... Esto unido al tipo de la nave que indica inmediación de la costa, así como el nombre de Samus dado por el Ravenate a un río situado después del Betis, nos induce a creer que hubo ciudad marítima de este nombre, añadiendo por nuestra cuenta que ésta pudo estar próxima a la desembocadura del Almanzora... No vemos gran dificultad en que este pueblo se llamara por unos Tamusia y por otros Samusia, dada la frecuencia con que los antiguos permutaban ambas letras» (140). Entre las desembocaduras del Betis y del Almanzora desaguan en la mar otros ríos, junto a los que pudo estar Tamusia. Quizá tuviera más peso la localización de la mina Samariense citada por Plinio (141), que, si tomó el nombre del río Samus por estar cerca de él, identifica a éste, con más probabilidad, con el Bajo Almanzora, zona minera por excelencia, y trae a ella a la enigmática Tamusia o Samusia.

Gómez-Moreno no se atreve a ubicarla. «Se ignora su localización —dice—, sin duda meridional aunque exprese iberismo» (142). Gil Farrés la lleva primero al valle del Ebro, la baja después al litoral mediterráneo y acaba situándola en el entorno de Villaricos. Según el tipo representado, esta localidad incierta debería hallarse en el litoral mediterráneo. De aceptarse la equivalencia Tamusiens-Tamusia, nombre éste que aparece con caracteres ibéricos en tres

ases semiunciales de la Citerior, ya podríamos suponer que esta plaza era levantina. Se conoce otro as equivalente que contiene de tónico, según se dice, Samusiens, también en alfabeto latino. Dicho nombre podría identificarse, acaso, con el río Samus que cita el Ravenate, y, aunque no se sabe con certeza su lugar exacto, se sospecha que estaría en los confines de la Citerior con la Ulterior». Como la moneda parece acuñada en el año 45 a. C. y el referido confín estaba entonces en el valle inferior del Almanzora, parece acertado reducir la Tamusia o Samusia ibérica a Villaricos o su entorno (143).

Almizaraque-Herrerías podría ser el lugar ideal de su ubicación, junto a las minas y separada de la factoría costera. Almizaraque siguió habitado hasta después de la ocupación romana y en Herrerías encontró Siret un grupo de fosas de incineración, que nos descubre la existencia de una población indígena en buena armonía y frecuente trato con los colonos fenicios de la Baria de Villaricos, a los que compran vasijas cerámicas, cascarnes de huevos de avestruz decorados, lámparas cerámicas y joyas de pacotilla. También esta población pudo coexistir con la púnica de Villaricos en este solar. Pudo ser la población ibérica, mastiena, cuyos vecinos trataron con los fenicios de la Baria primitiva, con los griegos de Molybdana, con los cartagineses de la Baria nueva y con los romanos.

**La Baria fenicia.**— La grafía de este topónimo cambia en los escritores clásicos. Valerio Máximo da Badia o Badiam (144). Plutarco, Bareia (145). Cicerón, oppidum Baream, Barea (146). Ptolomeo, Bareia (147). Plinio, Baria (148). El Ravenate, Barria y Guido, Varia (149). La inscripción latina de Villaricos, respublica Bariensium (150). Hübner dice que es Baria, no Barea, como los romanos la aceptaron (151). Saavedra sigue a Ptolomeo, Bareia (152). Humboldt cree que debe escribirse Baccia (153). Seguimos a Hübner.

En cuanto a su localización, historiadores y eruditos lo han llevado por distintos lugares de la provincia, tratando de acopiarlo según el dicho de Plinio: «En la costa se hallan los «oppida» (poblaciones) de Urci y Baria, adscrito este último a la Bética» (154), hasta que en el mismo Villaricos apareció la inscripción votiva de los barienses, que la localizaba aquí sin lugar a dudas. El P. Fita dio todo el valor que tenía a este hallazgo e interpretó el controvertido texto de Plinio en el sentido de que, situada Baria en la Tarraconense, jurídicamente seguía perteneciendo a la Bética (155). Le siguen los historiadores, pues la inscripción es el argumento definitivo de su localización, confirmado por la conservación del topónimo arabizado —Baria, Baira— en el Edrisí (156). Baria dio nombre a la ensenada que se abre entre los cabos de Gata y Palos. Acierta Schulten al corregir a Ptolomeo que pone en ella la ensenada de Lucentum o Alicante. En este seno la ciudad más importante fue la Cartagena cartaginesa que sucedió a la Mastia indígena, pues las poblaciones que se suceden en Villaricos y su entorno no fueron más que factorías costeras y pequeños poblados de trabajadores nativos (157). Pero lo que dio fama a toda la zona desde Villaricos a Cartagena fueron los minerales de Sierra Almagrera.

La Baria primitiva es, sin duda alguna, fenicia, pero ¿cuándo fue fundada? Siret, que propugnaba —como hemos visto— una colonización fenicia pregaditana, prehomérica, realizada por los sidonios, y la existencia de una factoría suya en Gádor, que presupone la existencia de otra en la costa, buscaba ésta en Villaricos. Sus primeras excavaciones en este lugar solamente arrojaron datos para fechar el establecimiento en los siglos IV o V a. C. (158). Conforme las excavaciones le descubren materiales más antiguos, van cambiando de opinión hasta llegar a decir que «la fecha más baja que se puede atribuir a esta colonia, Baria, es el siglo VI» (159). Mirian Astruc, que estudió con Siret las sepulturas descubiertas por éste en Villaricos, unas dos mil, dice que buen número de ellas se fechan en el siglo VII (160) y que cincuenta tumbas en cuevas, que aparecieron saqueadas y medio destruidas, testimonian la pre-

sencia de los fenicios en Villaricos antes de que éstos fundaran Cádiz (161). Hay, pues, en este grupo de cuevas funerarias la confirmación arqueológica de la existencia en Villaricos de un establecimiento fenicio pregaditano, que bien pudo ser el primero en España. Si aquella primer factoría se cerró por la anulación de Sidón, que era, según Siret, la metrópoli fenicia que la sostenía, el nombre que le dieron los sidonios se perdió con ellos, o no le dieron ninguno y adoptaron el del poblado indígena, Tanusia o Samusia, o le dieron el de Baria que recordaron y trajeron sus sucesores los fenicios de Tiro, ya en la etapa pregaditana. Cuatro son las etapas de la factoría púnica de Villaricos. Una pregaditana, sidonia, que se podría fechar en los siglos XII-XI a. C. Otra postgaditana, tiria, fechable hacia el siglo VIII. Una cartaginesa, fechable en los siglos V-IV. Y otra bárquida, que va del año 237 al 206 a. C. Durante las cuatro etapas la factoría pudo conservar el nombre de Baria. Entre la segunda etapa fenicia y la primera cartaginesa hay un intervalo de presencia griega, durante el cual la factoría costera o una población minera de la zona es conocida por Molybdana, «la ciudad del plomo».

Atendemos ahora a la Baria fenicia tal cual la reflejan las excavaciones de Siret, sin distinguir entre la pregaditana o sidonia y la postgaditana o tiria. Advierte Astruc que es imposible saber con certeza si existió el establecimiento pregaditano. Tampoco es fácil separar las distintas poblaciones —fenicia, griega, cartaginesa y romana— que se han sucedido en el solar de Villaricos. Siret las distingue así: «... los Villares de Villaricos se dividen en dos zonas: la primera, al Norte y Este (la fenicia), ocupa la parte más accidentada y forma una pequeña acrópolis en un cerro que levanta 36 metros sobre el nivel del mar; para hacer más fácil su defensa, los antiguos practicaron una trinchera en el collado que unía el cabezo de la sierra; en otro sitio, más hacia el mar, abrieron otra trinchera con fin idéntico. Los fragmentos de cerámica griega de esta zona son de los siglos IV y III. La otra se extiende a orillas del Almanzora y del mar, sobre unas lomas bajas, que no son otra cosa sino trozos del cordón litoral que forman las playas cuaternarias; no se conocen construcciones defensivas; lo que se encuentran es en su mayoría de época romana y posterior a ésta. Entre estas dos ciudades hay una separación marcada pero no absoluta; en el lado Este parecen sobreponerse las casas de una y otra, y al Sur, pudieran esconderse algunas más antiguas debajo de las romanas... Las casas de las acrópolis cartaginesa conservan señales de su destrucción violenta por los romanos; éstos abandonaron el emplazamiento para establecerse más cerca de la desembocadura del río» (162).

Describe los objetos encontrados en la acrópolis fenicia. Los más antiguos superan, a veces, en arte a los romanos. Abundan los fragmentos de cerámica de color claro, decorada en rojo con motivos geométricos y florales, y de cerámica griega decorada en rojo sobre fondo negro. Recogió una placa de pórfido verde. El piso de las casas está formado en unas con losas de piedra, en otras es de tierra y en otras está hecho con un hormigón de cal en el que se han incrustado trozos irregulares de mármol resultando una masa muy dura y de superficie lisa. Las paredes están hechas de piedra y barro, algunas se cubren con un enlucido de cal, blanco y muy fino. En lo más alto de la acrópolis hay un aljibe abierto en la pizarra y revestido de mampostería de piedra y barro, enlucida con un mortero muy duro de cal, ceniza y alguna arena; tiene 6,25 m de largo por 1,45 de ancho y 3.75 de profundidad. Contenía gran cantidad de objetos y ánforas rotas decoradas con pinturas geométricas; destacan unas vasijas de barro, un ánfora, un aro de bronce como los que servían para colgar estrigilas, tres anzuelos de bronce, uno de ellos con hilo conservado por la impregnación cobriza, un cucharón de bronce con el fondo remendado y el mango terminado en una cabeza de ganso, y tres fibulas. En una casa se recogió una vasija de barro con cubierta negra brillante, un anillo, un anzuelo y dos flechas de bronce, un casco de bronce de forma cónica, cartaginés, con unos grabados alrededor de la base. En la acrópolis, fragmentos de cerámica fuerte, amarilla, con decoración

de flores en rojo pálido, y un ánfora grande, de barro rojo claro, decorada en rojo oscuro con un tema de arcos concéntricos y líneas onduladas paralelas (163). Hay bastantes aljibes y balsas con los fondos y paredes cubiertos con un mortero de cal mezclada con pedacitos de cerámica. Aparecieron algunas conchas de murex y de púrpura, sin señales de haber sido fracturadas para extraerles la sustancia colorante (164). En las sepulturas y en las ruinas de una casa incendiada aparecieron ánforas con tapones de barro, que debieron contener un líquido, quizá vino, no tienen cuello y la parte superior es un disco plano con la boca en el centro (165).

Los enterramientos, aunque muy destruidos en algunas zonas, se han conservado mejor y en mayor cantidad y han dado por lo tanto mayor número de objetos. Durante las distintas etapas colonizadoras se efectuaron enterramientos en toda la extensión de las ruinas de Villaricos, «pero la principal agrupación de sepulturas está situada al Poniente de la población púnica, en las faldas de las lomas y en un cerrito bajo, a proximidad de los aluviones del río» (166). Siret los excavó y publicó los resultados en varios trabajos que aparecieron en los años 1907-1909 (167), cuando solamente había descubierto 250 sepulturas. En el 1930 llegaban a dos mil las sepulturas excavadas, de las que la mayor parte estaban sin publicar. De 1931 a 1934, año de la muerte de Siret, Miriam Astruc las estudió bajo la dirección de éste con los materiales recogidos y los cuadernos de excavaciones. A su estudio nos atenemos para hacer el siguiente resumen.

Divide las dos mil sepulturas en diez grupos, teniendo en cuenta sus afinidades estructurales y ritos funerarios. Comenzamos por las que, según la cronología relativa que les asigna, son las más antiguas y deben corresponder al establecimiento fenicio pregaditano y al posterior que va del siglo VIII al VI. Corresponden a siete de los diez grupos en que las ha separado para su estudio. El más antiguo comprende 50 cuevas, abiertas a poca profundidad en una colina, orientadas a Mediodía. Este y Oeste, y en la pendiente de una pequeña eminencia inmediata. Cada tumba está precedida por un largo corredor a cielo abierto que se hunde en la pared de la colina formando la sepultura; de estas sepulturas, unas son cuevas excavadas en el terreno y otras están construidas de cantería, éstas se caracterizan por su grandeza y armonía, tienen 6 m de largo por 3,50 de ancho y 3,50 de alto, están construidas con bloques de piedra tallados y unidos con arcilla, las paredes tienen de 0,35 a 0,50 m de grosor, están revestidas de yeso y debieron estar pintadas, el techo es abovedado, la puerta se abría en uno de los costados más pequeños y se cerraba con una losa. Se llegaba a ella por el corredor abierto en el suelo, que tenía una longitud de 6 o 7 m y una anchura de 1 a 1,50, formaba un plano inclinado hacia la cueva, cuyo suelo se encuentra a 4,50 ó 6 m de profundidad; a la entrada del corredor o delante de la cueva suele haber peldaños que, a veces, forman mesetas. En una de estas cuevas hay dos nichos colocados simétricamente en el centro de cada lado, uno frente al otro. La cueva más pequeña consta de dos estancias superpuestas. Las cuevas excavadas en el terreno son rectangulares y, algunas, asimétricas, tienen el interior reforzado con muros de mampostería, los techos son planos, ligeramente abovedados, unas tienen nichos y otras, no; sus dimensiones vienen a ser de 2 a 5 m de longitud por 2 a 3 de anchura; una de ellas tiene un agujero en el centro de medio metro de diámetro por uno de profundidad; otra tiene el suelo cubierto de yeso. La mayor parte contenían muchos enterramientos dispuestos en varias capas. Las tumbas construidas con cantería habían sido destruidas y saqueadas, y en sus escombros se habían hecho después, en aquel mismo milenio, otros enterramientos. Aparecieron varias estelas piramidales cambiadas de sitio.

En estas tumbas los objetos se amontonaban en torno a los restos, pero, cuando eran muchos los cadáveres, no era posible distinguir los ajuares de cada uno. Este grupo de sepulturas dio 50 cascarones de huevos de avestruz cortados en forma de vaso y decorados, y 300 enteros y sin decorar, uno de ellos contenía un puñado de granos; en algunas sepulturas es-

tos cascarrones constituían el único ajuar; en una aparecieron dos cascarrones de huevos de gallina. Se hallaron algunas ánforas que se han clasificado en cuatro tipos: unas pequeñas, en forma de odre estrangulado por el centro, base redonda, boca estrecha, asas verticales en forma de anillos, fijadas en los hombros, tapadas con un tapón cónico de barro; otras son de cuerpo oval, fondo puntiagudo, cuello alto y recto, asas verticales largas y muy destacadas, embocadura redonda de borde recto; otras son pequeñas y alargadas, con asas próximas al cuello y boca muy abierta; un cuarto tipo es de cuello cilíndrico, tiene el fondo con salientes y la boca reducida a un agujero circular abierto en una plaza horizontal. Se recogieron muchas asas y fragmentos con marcas. Se hallaron seis lámparas cerámicas de forma púnica, sin soporte, con el borde muy marcado y sin decorar, conservan señales de haber estado encendidas. Tres incensarios, uno de ellos parecido a una palmatoria. Muchas copas pequeñas, algunas grandes, varios tazones, un plato hondo, una copa de ancho borde liso cubierto interiormente de círculos concéntricos de pintura roja, pucheros, cántaros, ampollitas, ungüentarios de diversas formas, desde vasijas parecidas a un limón hasta vasos de 30 cm de altura, algunos decorados con grupos de líneas horizontales rojas, vasos pequeños sin asas o con asas horizontales y verticales, fusañolas lisas y con incisiones.

Se recogieron joyas y objetos de adorno en cantidad. Pendientes de oro, grandes, muy bien trabajados, redondos, formando dos círculos, con los extremos ligados o libres. Pendientes de plata, más sencillos, formando medias lunas abiertas o con los extremos cruzados. Muchas cuentas de oro, plomo, cornalina, ámbar, coral, vidrio, hueso; las de oro son esféricas, de tamaño mediano o pequeño, lisas, grabadas con líneas entrecruzadas, cordoncillos, cilíndricas o en forma de dijes; las de cornalina son redondas o cilíndricas; las de ámbar, redondas; las de vidrio, redondas o aquilladas. Sortijas de oro, plata, bronce o hierro; unas son simples anillos, otras tienen placas ovaladas o redondas en las que aparecen grabadas un águila leontocefa con las alas desplegadas, una palmera o una flor. Tres fíbulas de bronce. Dos espirales de plata. Un dije de plata y una cinta de oro. Amuletos de cerámica barnizada, hueso, vidrio y metal, de diversas formas. Los de tierra barnizada son Bes, naja, racimos, uxdas, informes, con ligaduras de plata y oro; los de hueso imitan los Bes de cerámica barnizada o adoptan la forma de un pilar de Osiris o de un falo; los de vidrio presentan la forma de una fruta sobre un tallo de bronce. Hay un estuche cilíndrico de plata con argollas y unas campanillas de bronce.

En unas quince de estas tumbas se encontraron armas: espadas, cuchillos, lanzas, soliferos y falcatas de hierro, puntas de flecha y dos cascos de bronce, éstos tienen los bordes repujados y rematan en un botón esférico. Estrigilas de hierro unidas por parejas con anillos tubulares de hierro o de bronce. Espejos redondos de bronce. Jofainas de bronce. En una tumba había un equipo de baño compuesto por una estrigila, una espátula, un espejo redondo con su caja, todo ensaltado en una cadenilla de eslabones circulares de bronce. Asas, ganchos, placas, varillas terminadas en cabezas esféricas, clavos, anzuelos, agujas. Muchas monedas de bronce. En dos tumbas había montones de escorias metálicas.

Un delfín de bronce, pequeño, con la cola sujeta por un anillo, que parece ser el asa de un vaso o de un mueble. Varios vasos de alabastro de fondo plano y cuello ligeramente estrechado, ampollas y anforitas de vidrio. Un trozo de cuchara de marfil grabado con una cruz egipcia. Una placa en la que aparece grabado un capitel jónico y sobre él una hilera de owas. Otra placa con un tema griego grabado. Estas placas iban pegadas a otros objetos. Un ojo de marfil con la pupila de oro, para colocarlo en una estatua, el iris y el globo están separados por un tenue tabique de bronce. De hueso hay cabecitas de clavo redondas y abombadas, espiguillas circulares, punzones, tubitos, una cápsula, un mango de cuchillo, piezas tubulares con molduras. Conchas de pectúnculos y cyprea moneta. Una nuez y huesos de ave.

Esculpida en piedra caliza del país con huellas de cal hay una esfinge a la que le faltan la cabeza y las piernas, las alas tienen una sola hilera de plumas y están plegadas a uno y otro lado del cuerpo; debía estar tendida y tener la cabeza vuelta a la izquierda. Otra estatuilla representa una diosa sentada en un trono con los brazos apollados en los de éste. Un fragmento de otra estatua. Un gran cipo piriforme con muescas en la base y en la parte superior. Estas figuras debieron estar colocadas sobre las tumbas (168).

Si este grupo de tumbas, saqueadas, dio una colección de objetos tan extraordinaria, qué hubiera sido de estar íntegras. Quizá la clave para fijar la cronología del primer establecimiento fenicio sin lugar a dudas.

Pasamos a las sepulturas que se pueden datar en los siglos VIII-VI y que corresponden a la etapa fenicia postgaditana. Mirian Astruc hace de ellas seis grupos. Uno está formado por 80 sepulturas y otro por 150, todas de incineración, repartidas por la colina en que se abren las sepulturas en cuevas, orientadas en todas direcciones. Tienen forma de pozo rectangular, de 2 m de largo por 0,90 de ancho y 1,50 de profundidad; en el fondo y en el centro se abre otra excavación más reducida, rectangular, de 1,50 m de largo por 0,30 de ancho y 0,30 de profundidad. La incineración debía practicarse en el mismo lugar y las cenizas se depositaban en el hoyo del fondo con una parte del ajuar, se cubría de lajas sobre las que se colocaban otros objetos y la tumba se acababa de llenar con tierra. En una tumba la incineración se había realizado en el hoyo y los restos se habían extendido por toda la fosa. En algunas la superficie interior aparecía recubierta de arcilla. Cuatro de estas tumbas están construidas con adobes y tienen la superficie interior cubierta de arcilla. Todas aparecían muy maltratadas y algunas había sido violadas.

En el ajuar las piezas más frecuentes eran los cascarrones de huevos de avestruz cortados en forma de vaso, con decoración pintada, y las lámparas de cerámica. Mezclados con la tierra que llenaba las tumbas aparecían muchos fragmentos de cerámica, que delatan el rito funerario de romper vasos sobre las sepulturas o arrojar en ellas los fragmentos de los vasos rotos. Los cascarrones están cortados a tres cuartos de su altura. Las lámparas son de tipo púnico, tienen dos picos, la pasta es rojiza, la superficie lisa y está recubierta por dentro y por fuera de pintura roja; conservan huellas de humo o porque fueron usadas antes de enterrarlas o porque se encendieron al consagrarlas a los muertos, lo que parece más probable dado que hay una lámpara por tumba. Aparecieron urnas de barro grosero, perfil fuertemente carenado, sin engobe, pintura morada, violácea o roja, sin barniz, decoración pintada de color pardo, con motivos de líneas horizontales y enrejado oblicuo. Se recogieron tres cuentas de oro y seis de plata, redondas y cilíndricas, algunas de coral, una de cornalina, varias de vidrio, azules con manchas blancas, varios amuletos de cerámica —uxdas y Bes— y de hueso, un escarabeo de jaspe verde cuyo grabado, de estilo egipcio, representa un dios con cabeza de halcón, rodilla en tierra. Dos sortijas de plata y dos de bronce. Las cuentas de vidrio, los amuletos y los escarabeos estaban en sepulturas violadas y, como en las no violadas no aparecen, se puede pensar que las tumbas violadas volvieron a ser usadas o que los objetos cayeron en ellas por casualidad. De metal, se encontraron cuatro cuchillos de hierro, una punta de flecha, asitas, clavos y ganchos de bronce, y restos de plomo (169).

Las 150 tumbas de incineración diseminadas por las laderas Sur y Sudeste de la misma colina son agujeros pequeños, circulares, de 0,30 a 1 m de diámetro y de 0,15 a 0,50 de profundidad, cubiertos de tierra o cerrados con piedras. Otras son agujeros redondos o cuadrados tapizados con piedras, y fosas rectangulares de 1 m de longitud por 0,60 de anchura y 0,40 de profundidad. Todas contenían cenizas depositadas en urnas o directamente en el suelo. Algunas contenían varias incineraciones. Sobre una de estas sepulturas había una estela o altarico cúbico con molduras. El ajuar era pobre. Las urnas cinerarias son de barro corriente,

panzudas, sin decorar. De cerámica aparecieron algunas copitas, un incensario, ungüentarios, una ampoiyta, algunas fusayolas. Dos cascarones de huevos de avestruz enteros y sin decorar. Perlas de vidrio lisas, una de piedra y dos de hueso. Cuatro toscos amuletos de hueso, uno grande plata, uno de cerámica barnizadas, una campanilla de bronce, una sortija de hierro y una fíbula del mismo metal. En cuatro sepulturas aparecieron dos espadas, una falcata, un soliférreo, dos lanzas, un asa de escudo. Varios objetos de hueso y de perfil estropeados por el fuego.

Entre las sepulturas de hoyos Siret recogió tres cascarones de huevos de avestruz enteros y sin decorar. En una sepultura había varias piezas de cerámica. Cuentas de vidrio y de cornalina, un dije de pasta, dos sortijas y dos fíbulas de bronce. Tres espadas, una falcata, un soliférreo, varias asas de escudo, estrigilas de hierro con anillos, tres monedas. Un vaso esférico de alabastro, una ampolla de vidrio y tres cabezas de clavo de marfil.

Las fosas rectangulares pequeñas casi no tenían ajuar. Sólo se encontró en ellas un alfiler de marfil, una copita de cerámica y algunas cuentas de vidrio. En las fosas grandes apareció un ajuar más abundante. Un cascarón de huevo de avestruz cortado en forma de vaso, con decoración pintada, y varios enteros y sin decorar. De cerámica, urnas cinerarias panzudas y sin decorar, copitas, un frasquito, un jarrillo con pico trilobulado, un ungüentario y ampollas. Pendientes de plata dorada, de doble espiral, y de plata sin dorar, en forma de media luna, una cuenta de oro esférica, una de cornalina y varias de pasta de vidrio. Tres escarabeos; uno con geroglíficos egipcios, otro de jaspe verde grabado con una escena religiosa de estilo egipcio y otro con un grabado borroso. Una lanza, un puñal, un soliférreo y varias piezas de hierro (170).

En la referida colina hay otros cuatro grupos de sepulturas de inhumación de distintas características. Uno está formado por 12 sepulturas cavadas en lo alto de la colina, sin ninguna preocupación de orientación. Cada sepultura es un pozo rectangular, de 3 x 2 x 2,20 m, en cuyo fondo se abre otra cavidad de 1 x 1 x 1 m. Están abiertas en el terreno pizarroso. Tienen las paredes recubiertas de arcilla o de yeso. La cavidad inferior aparece cubierta con unas lajas o con troncos de madera o con una bóveda de adobes. Cada tumba contenía un cadáver depositado en un ataúd, colocado sobre las lajas que cubrían la cavidad inferior, en la que aparece el ajuar, compuesto generalmente por un cascarón de huevo de avestruz cortado en forma de vaso y con decoración pintada, una o dos ánforas, y una lámpara de cerámica de tipo púnico. Con estos objetos se recogieron además dos sortijas de plata, algunos anillos, clavos y una espiguilla de plomo (171).

Otro grupo de 150 sepulturas de inhumación se descubrieron en la misma colina y en la pequeña de al lado. Son fosas rectangulares, largas y cortas, algunas de las cuales contenían varios cadáveres. Otras son hoyos redondos o cuadrados, en los que se depositaron los cadáveres sin ataúd, tendidos en el suelo, encogidos. Tres de las fosas alargadas tenían forma antropoide. Un agujero grande, de 1,60 m de diámetro, rodeado de piedras, recubiertas de yeso, y cerrado con lajas, contenía tres cadáveres. En otro agujero parecido, más grande, había 35 cadáveres y cinco cráneos de bóvidos. Sobre las tres fosas más largas se alzaban sendas estelas de piedra recubiertas de yeso, de forma piramidal con base rectangular. El ajuar era escaso y pobre. Se recogieron en total un cascarón de huevo de avestruz entero y sin decorar. Copitas, ungüentarios, incensarios, algunos pucheros, un tazón y varias tacitas de cerámica. Varios pendientes en forma de media luna, uno de oro y otro de plata. Perlas de cornalina, vidrio y hueso. Dos amuletos de cerámica barnizada, un Bes y un uxda. Un nilómetro y una mano cerrada, de hueso. De bronce, una campanita, anillos y fíbulas. En dos tumbas había armas: una espada, una falcata y varios trozos de otras armas. Clavos y agujas de hierro. De marfil, algunos trozos informes y tres cabezas de clavo. Tres ampollas de vidrio. Tres

conchas de pectúnculo y algunas espinas de pescado (172).

Otro grupo de 11 sepulturas estaba en las laderas Sur y Norte de la colina principal. Eran fosas pequeñas, enterramientos de niños, con ajuar escaso que apareció solamente en dos de ellas. Se componía de un huevo de avestruz entero y sin decorar. De cerámica, un biberón de tierra negra, un unguentario, una copita, un tazón, un pucherito, un vaso de cuello recto. De bronce, dos sortijas, una fibula grande, una aguja y dos clavos. De hierro, dos estrigilas con anillo y un clavo. Dos ampollitas de vidrio (173).

En las laderas Sur y Norte de la misma colina había 20 fosas, rectangulares, de 1,20 x 0,50 x 2 m. Contenían cadáveres de niños despositados en ánforas en forma de odre, una de ellas pintada con temas ibéricos, de casi un metro de largo. La mitad de estas sepulturas no contenían ajuar y en las demás se recogieron una copita, una jarrita y un tazón de cerámica, tres cuentas de vidrio, cuatro sortijas de bronce y una concha de pectúnculo, tres amuletos de vidrio en forma de vaso, dos uxdas de cerámica barnizada, perforadas, un gran estuche de bronce para talismán, dos sortijas de bronce, dos cuentas de vidrio, dos amuletos de cerámica barnizada que figuran sendos gatos sentados con una argolla en la espalda para colgarlos, y una campanilla (174).

De los objetos encontrados en las sepulturas fenicias y en las indígenas mezcladas con ellas, los más numerosos son los cascarrones de huevos de avestruz, que, como hemos visto, aparecen enteros y sin decorar o cortados a los dos tercios en forma de copa y decorados. En éstos la pintura es roja y, en algunos, quedan rastros de pintura azul. La decoración cubre la superficie y termina a un centímetro o dos del borde; sólo en dos ejemplares da vuelta totalmente al huevo en sentido horizontal; generalmente la superficie decorada aparece dividida por líneas verticales en ocho, seis o cuatro sectores y en el interior de cada sector aparecen otras divisiones; los motivos de estas decoraciones son lineales, florales y zoomorfos; el estilo es naturalista y esquemático. Ofrecen hasta siete tipos de decoración. Una de las figuras más representadas es la de un ciervo mirando a la izquierda, bajo un arbolillo plantado detrás, firme, con el cuello vuelto hacia atrás, la cabeza alta, de perfil con la cuerna vista de frente lo mismo que las patas. Otra de las figuras es un avestruz de estilo naturalista. Otros motivos son líneas aliformes, triángulos opuestos por el vértice, líneas onduladas, palmetas superpuestas, báculos, ángulos, florones, trenzado en forma de madeja que únicamente se da en Villaricos (175). El ciervo y los triángulos son una pervivencia de las pinturas rupestres de la vecina comarca de los Vélez. La figura del ciervo podría considerarse el tótem de los siderúrgicos veratenses.

Respecto a la relación de los huevos de avestruz con el culto a los muertos, debemos tener presente que el avestruz es el ave familiar de los desiertos asiáticos y africanos, fue conocida y cazada antes del Neolítico, se la representa en las pinturas rupestres y aparece en todas las parcelas del arte asiático y africano, en el que puede tener carácter de un rito mágico. Los yacimientos paleolíticos y neolíticos del Sahara contienen una gran cantidad de huevos de avestruz. Aparecen en las tumbas egipcias predinásticas de Nagada. En Asia se hallan en las tumbas reales de Ur. Del siglo VII al III fueron adoptados por los cartagineses como ofrendas funerarias. No se ofrecían como alimento funerario sino como símbolo: el principio de la vida necesario para la resurrección, emblema de la vida futura, anuncio de la resurrección (176).

Las urnas cinerarias son de fábrica indígena, que ha copiado un vaso oriental del siglo VI, pues tiene un detalle de decoración que sólo se encuentra en la cerámica de Chipre. La lámpara en forma de escudilla con uno o dos picos, es de origen cananeo, se difundió por todas las colonias fenicias, se siguió usando durante mucho tiempo y acabó por tener tres picos y no parecerse nada al modelo primitivo (177).

Muy interesante es la inscripción púnica hallada por Siret y publicada por Berga, Fita y el mismo Siret. Según Sola Sole, es una de las seis halladas en la Península Ibérica (178). Entre las sepulturas del grupo tercero —cuenta Siret— que son urnas de incineración, «encontré... una estela con inscripción, la primera inscripción púnica aparecida en España; el P. Delattre tomó la obligación de leerla y, por su parte, M. Berger, dio cuenta del descubrimiento a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en la sesión del cinco de enero de 1904... Este hallazgo disipa las dudas que pudieran quedar del carácter púnico de la necrópolis» (179). Berger la publicó en el 1904 (180). El P. Fita la dio a conocer en España al año siguiente (181). Siret la publicó dos años después. García y Bellido volvió sobre ella en el 1952 (182). Sola Sole la ha vuelto a estudiar en el 1955.

La inscripción está grabada en una estela piramidal de piedra calcárea que mide 0,95 m de altura. Siret la regaló a la Real Academia de la Historia donde se guarda. La inscripción se distribuye en cuatro líneas de escritura. Se conserva bien y la lectura es fácil. **Queber Gar-Astaroth ben Baal Pales**. Aunque todos parecen seguir la interpretación que dio Berger y confirmó Lidzbarski, hay notables diferencias entre las del P Fita y Sola Sole. El primero traduce: **Sepulcro de Venereo hijo de Justo** y explica que Gar-Astaroth significa **liberto de Astar-te o Venereo** y Baal Pales, **señor de la rectitud, Justo**. La versión de Sola Sole es la siguiente: **Sepulcro de Ger'as toret hijo de Ba'alpilles**. El P. Fita fija la fecha de esta inscripción en el siglo III a. C. y Sola Sole la sube al IV o V.

Baria, dice Siret, «era, como es hoy, el puerto de embarque de minerales y metales y desembarco de efectos de usar en las minas» (183). «Una colonia púnica, habiéndosele asociado el elemento ibérico» (184). En la vecina estación de Almizaraque y en ella se siguieron tratando los minerales extraídos del Cabezo de las Herrerías. «En varios puntos, tanto en la población púnica como en la romana, hay acumulaciones de escorias y productos de tratamiento de minerales de plomo y plata procedentes de Sierra Almagrera y Herrerías (185).

**¿Moiybdana en Villaricos?**— Nos acercamos a los establecimientos griegos de las costas españolas con una pregunta: ¿Se establecieron los griegos en nuestra costa o sólo llegaron a nuestra tierra sus cerámicas por manos de los mercaderes fenicios y de los mercenarios ibéricos? Cuestión difícil de resolver, circunscribiéndola al litoral almeriense e interviniendo el padre Homero, que transformaba en fábulas las escasas noticias que le llegaban de Occidente. En nuestra tierra el tirón de la leyenda queda contrarrestado por la realidad insoslayable de la riqueza minera, que abona la venida de los griegos en su busca, como la de los demás colonizadores. Odisea puede ser una quimera acampada en Sierra Nevada, Moiybdana, la ciudad del plomo, es una realidad acampada en Sierra Almagrera. Es cierto que a los héroes troyanos —Hércules, Ulises, Menesteo, etc.— se les hizo viajar por Occidente. Para Maluquer «estas leyendas reconocen hoy el eco de antiguas navegaciones mediterráneas que tenían en el Egeo su centro de dispersión en la época aquea, reabierto tras la gran crisis de las invasiones dorias» (186).

Maluquer considera a los focenses como los comerciantes griegos más audaces y agresivos. «Su presencia en las costas ibéricas influye de modo decisivo en las poblaciones indígenas durante el siglo VI y provoca una rápida elevación del nivel de vida, que posibilita el nacimiento de la cultura ibérica» (187). Se hicieron amigos de Argantonio que les dio tierras para establecerse. ¿También en Villaricos? Cuando los focenses llegan al Sudeste español, los fenicios habían perdido el monopolio del comercio con el Occidente que se acuna entre el Estrecho y el cabo de Palos y los cartagineses trataban de sustituirlos. La presencia focense en nuestra tierra queda emparedada entre las dos etapas de la colonización púnica, fenicia y cartaginesa, y necesariamente fue breve. La presencia focense en Massalia (Marsella) co-

mienza en el año 600 a. C. y la batalla de Alalie (Córcega) se libra en el 535, y aunque la ganaron los focenses, como perdieron muchas naves, el dominio de la mar pasó a los cartagineses. El poderío de Tartessos, que creció al comenzar el siglo VI, al sacudirse el dominio fenicio y comenzar a tratar libremente con los griegos, comienza a declinar al final de esta centuria.

García y Bellido indica las vías por las llegaron a nuestra tierra los factores de helenización. Los colonos de los establecimientos griegos estimularon la asimilación por parte de los habitantes de la costa de un cierto número de elementos culturales clásicos, el alfabeto y la moneda entre ellos. Los mercaderes trajeron los productos que necesitaban los colonos para su uso y para comerciar con los indígenas, despertando entre éstos la necesidad de perfeccionar sus procedimientos, de adoptar, por ejemplo, el torno de alfarero y la fundición por el método de la cera perdida. Expulsados los griegos por los cartagineses, éstos siguieron trayendo productos griegos, de los que quedaron como testigos los vasos que aparecen en las necrópolis de Galera y Villaricos. Otra vía de helenización fue la de los mercenarios ibéricos al servicio de los griegos y de Cartago, que recorrieron las costas del Mediterráneo hasta Libia y Grecia y trajeron elementos culturales helénicos (188).

Almagro indica la existencia en Villaricos de restos griegos anteriores a la etapa cartaginesa (189). Mirian Astruc, de los materiales encontrados por Siret entre las sepulturas más antiguas de la necrópolis de Villaricos, separa cuatro lámparas áticas y tres rodias (190), y del material encontrado en las sepulturas indígenas de incineración de la misma época, un escarabeo de pasta con moldura de plata, cuyo grabado representa una cabeza barbada, de estilo griego (191). A partir de la ocupación cartaginesa, la cerámica griega que aparece en los poblados ibéricos y cartagineses de nuestro Sudeste procede del Sur de Italia, la Magna Grecia, y se data en los siglos IV y III a. C. (192). Bosch Gimpera dice que tenemos en la necrópolis cartaginesa de Villaricos crateras griegas del siglo I (193). Mirian Astruc encontró en el mismo lugar fragmentos de cerámica griega decorada en rojo sobre fondo negro, cuyos motivos eran florones impresos en el fondo, y los fecha en los siglos IV y III (194).

De la ocupación griega en el entorno de Villaricos, o de su recuerdo, nos han quedado dos inscripciones y dos citas literarias. Las inscripciones pueden ser posteriores. En el 1860 apareció en Villaricos «una losa de mármol de 52 milímetros de espesor y que tiene en su cara un hoyo con el yeso que sobre ella fijaría una estatua u otro monumento pequeño». En el canto de esta losa hay una breve inscripción griega: CLIO HISTORIA. La losa fue donada por su dueño a la Real Academia de la Historia (195). Hübner supone que la estatua de Clio, con las de las otras musas, adornaría el jardín de alguna villa campestre (196). El P. Fita la estudió a base de un calco que le facilitó Cala y López y la traduce: Clio canta a la Historia (197).

La otra inscripción aparece en el asa de un ánfora rodiense, de 10 mm de alto por 48 de ancho, encontrada en Herrerías. Se reduce a dos palabras: MARSUA PANAMON, que el P. Fita traduce **Marsias del mes Panamo**. Este mes corresponde al primero de otoño o a nuestro mes de octubre. El alfarero ha tomado el nombre del dios frigio Marsias, competidor de Febo. «El influjo de la civilización y de la lengua helénica —concluye el P. Fita— se dejó sentir en España más de lo que ordinariamente se cree, y las inscripciones confirman a cada paso lo que acerca a este punto escribieron Cicerón, Plinio y San Agustín» (198).

Una de las citas literarias se toma del poema latino compuesto en el siglo IV d. C. por Rufo Festo Avieno con el título de **Ora Marítima**, en el que se remansan dos textos, uno griego y otro fenicio, de la primera mitad del milenio anterior a nuestra era, es decir, del siglo VI a. C. El texto griego es la relación de un viaje en torno a la Península Ibérica hecho por un navegante massaliota. El texto fenicio puede ser un periplo cartaginés de la misma época. Doblado el cabo de Gata, contempla la costa hasta Cartagena y dice escuetamente: «Aquí

se extiende de nuevo un litoral (ahora vacío y sin población, en otro tiempo) con numerosas ciudades que llenaban muchos pueblos. El *Namnatius Portus* luego se curva cerca de la ciudad de los *massieni* (*Massia* o *Mastia* donde ahora está *Cartagena*)» (199).

Al final del siglo V a.C., *Hecateo*, el más antiguo de los historiadores griegos, que en el año 495 ya era viejo y había realizado sus viajes, menciona como de los *mastienos* las ciudades de *Mastia*, *Molybdana*, *Syalis*, *Maenoba* y *Sixos*. Esta noticia nos la ha conservado *Esteban de Bizancio* (200). Como *Molybdana* significa «la ciudad del plomo», su localización se reduce al entorno de *Villaricos-Herrerías*, la zona productora de plomo más famosa en la antigüedad, ya desde el III milenio. Es el argumento de *García y Bellido* para esta localización: el plomo y los vasos griegos encontrados en *Villaricos* (201). Ya la defendía *Fernández Guerra* (202) y en nuestros días, *Sureda* (203).

**La segunda ocupación púnica.**— Cuenta *Herodoto* que en el año 545 los *focenses*, presionados por la amenaza de *Ciro*, se trasladaron en masa a Occidente y se establecieron con su flota en *Alalíe*, fundada por ellos en el 560 en las costas orientales de *Córcega*. Su presencia en esta zona acentuó su rivalidad con los *cartagineses* y los *etruscos*, que se unieron contra ellos. El enfrentamiento tuvo lugar ante la misma *Alalíe* en el 535, la victoria fue de los *focenses*, pero gran parte de sus naves fueron hundidas y con ellas perdieron el dominio de la mar, que quedó por sus rivales. *Alalíe* quedó destruida y *Marsella*, otra colonia *focea*, se alzó como cabeza de las demás colonias griegas del *Mediterráneo occidental*. Dice *Polibio* que en el año 509 los *cartagineses* y los *romanos* firmaron el primer tratado, figurando como cláusula principal la condición de que los *romanos* y sus aliados no navegarían hacia Occidente más acá del *Kalón Akroterion*, cabo que se supone que estaba en la región de *Cartago*. A partir de la destrucción de *Alalíe* los *cartagineses* rehacen en dominio púnico en las costas meridionales de España, de *Cádiz* a *Mastia*. Cree *García y Bellido* que entonces destruyen las poblaciones griegas de *Mainake* y *Molybdana* (204).

La segunda colonización púnica se desarrolla entre los siglos VI y III a. C. La primera guerra greco-púnica termina en el 480 con la victoria de *Himera*, durante la segunda los griegos pierden varias ciudades en *Sicilia* y la tercera termina en el 395 con la ocupación de *Siracusa* por *Cartago*. *Roma* y *Cartago* se disputan el dominio del *Mediterráneo occidental*. En el 348 se firma el segundo tratado romano-cartaginés por el que la zona de dominio púnica en España se contrae y limita a *Andalucía*, el Oeste de *Mastia* (*Cartagena*), zona en la que los *romanos* no podían fundar, comerciar ni hacer presas. Es por lo tanto un convenio comercial que deslinda las áreas de influencia de *Roma* y *Cartago* (205). Los *cartagineses* se han reservado la zona minera más rica, la de *Vera-Cartagena*.

La hegemonía cartaginesa entre *Sicilia*, las *Baleares* y el *Estrecho* se mantiene hasta la primera guerra con *Roma*. Durante tres siglos —535 al 264— *Cartago* domina como dueño absoluto y exclusivo las costas del Sur y Sudeste de España, en las que funda las colonias de *Málaka* (*Málaga*) y *Sexi* (*Almuñécar*), si es que no eran anteriores fundaciones fenicias, la de *Abdera* si no la habían fundado ya los griegos, y reactiva la *Baria* de *Villaricos*, anulada durante un siglo por la *Molybdana* griega. *Plinio* dice que la zona estaba ocupada por los púnicos, *Appiano* los llama *blastofoinikes* y la *Ora Marítima*, *libiofenicios* (206). Hay cierta confusión de términos —fenicios, púnicos—, que *Balil* simplifica distinguiendo una zona semita occidental, en torno al *Estrecho*, que llama *fenicio-chipriota*, y otra semita oriental, en el Sudeste, que llama *cartaginesa* o *púnica* (207).

Durante la primera guerra púnica, 264-241, *Cartago* pierde *Sicilia*. Del 241 al 238 tiene que hacer frente a la rebelión de los mercenarios y pierde *Córcega* y *Cerdeña*. En España se le rebelan las tribus ibéricas. Los *focenses* de *Marsella*, aliados con los *iberos*, dan al traste

con el dominio cartaginés en nuestra tierra. Bosch Gimpera cree que los cartagineses se marchan de España entre los años 264 y 237 y que la revuelta de los mercenarios en África se debió a la falta de paga, ocasionada quizá por la pérdida de las minas hispanas del Sudeste, de nuestra tierra. Estas derrotas originan una conmoción en Cartago, cuya población está dividida en dos partidos: conservadores y militaristas. En el primero, dirigido por Hannón, forma la aristocracia agraria que domina en el Senado y es enemiga de la guerra. Con el segundo, cuyo jefe es Amilcar, está el pueblo; su objetivo es rehacer el imperio colonial con la nueva ocupación de las costas españolas, tratando con ello de buscar una compensación a la pérdida de Sicilia, Córcega y Cerdeña (208).

La familia de los Barca, palabra que significa **relámpago**, va a dirigir el segundo imperio cartaginés, más brillante pero mucho más efímero que el primero. Durante treinta años lo gobiernan Amilcar A-n-melkart, **el que protege Melkart**; Asdrubal, A-s-drou-baal, **Aquel a quien ayuda Baal**; y Aníbal, A-nn-i-baal, **Gracia de Baal** (209). Uno de los motivos, quizá el más importante, que tuvieron los Barca para volver a ocupar España fue la riqueza minera de la zona de Villaricos-Cartagena, con la que los cartagineses habían financiado sus guerras, pretendían pagar las deudas contraídas y financiar la guerra definitiva que les daría el dominio sobre los romanos. Esta fue la causa, a juicio de Blázquez, de la fundación de Cartagena, desde la que controlaron la zona minera hasta Villaricos, que explotaron intensamente (210).

En el año 237 Amilcar, con su yerno Asdrubal y su hijo Aníbal, éste de nueve años de edad, desembarca con un ejército en Cádiz, ocupa la Turdetania y avanza hasta Alicante. En los años 229-228 emprende la conquista de Heliké —Elche de Alicante o Elche de la Sierra en el Sur de Albacete—, es derrotado por Orissón, rey de los oretanos, y muere, salvándose Asdrubal y Aníbal. Después Asdrubal derrota a Orissón y le quita doce poblaciones. Está en poder de los cartagineses el litoral meridional y el del Sudeste hasta el cabo de Palos con una penetración en Sierra Nevada y otra hacia Alicante (211).

Los tres bárquidas se atrajeron a los indígenas con un trato diplomático. Asdrubal y Aníbal casaron con mujeres iberas. Del primero dice Tito Libio que «hizo progresar la situación cartaginesa más con la política que con la fuerza, estableciendo lazos de amistad con los reyezuelos y atrayendo hacia sí nuevos pueblos por medio de la amistad de sus caudillos antes que con las guerras y con las armas» (212). Los iberos del Sudeste lo proclamaron su jefe y parece que casó con la hija del rey de Mastia. En el solar de esta ciudad fundó Cartagena, Qart Hadashat, la Ciudad Nueva, de la que los cartagineses hicieron su base de operaciones económicas y militares, por tierra y por mar.

En el 221 Asdrubal es asesinado por un indígena. Los cartagineses proclamaban a Aníbal, que aquel mismo año emprende la campaña contra los olcades, que ocupaban la región que se extiende entre el Guadiana y el Tajo, y les arrebató la ciudad que les servía de capital. El año siguiente, durante la campaña contra los vacceos, conquista Helmantiké (Salamanca) y Arbukala (Toro) y, de vuelta a Cartagena, derrota a los carpetanos junto al Tajo. En la primavera del 219, contra las advertencias de Roma, pone sitio a la ciudad ibera de Sagunto, que toma por asalto en el otoño de dicho año. Aníbal se decide entonces a atacar a los romanos en su tierra. En la primavera del 218 pasa los Pirineos, el Ródano y los Alpes camino de Roma, que responde enviando en agosto de este mismo año un ejército al mando de Cneo Escipión, que se establece en Ampurias. Ha comenzado la segunda guerra púnica, 218-201, que acaba con la expulsión de los cartagineses de España.

**Baria cartaginesa.**— En la amplia ensenada que se abre entre los cabos de Gata y Palos, que Schulten llama ensenada de Baria porque dice que desconoce su nombre antiguo, Baria y Cartagena juegan el papel más importante del imperio bárquida. Cartagena es la capital y

la base de operaciones. Baria es el tesoro. En ella los cartagineses, siguiendo la tradición púnica, viven mezclados con los indígenas, dedicados todos a la explotación de los yacimientos de plata y plomo del vecino Cabezo de las Herrerías, a la pesca y preparación de las salazones, productos que sacaban por este puerto. Se sospecha que en esta Baria cartaginesa se acuñó moneda (213).

Bosch Gimpera dice que los objetos encontrados en la Baria cartaginesa son amuletos y escarabeos y cráteras itálicas del siglo IV (214). En la zona cartaginesa de la necrópolis Mirian Astruc distingue un grupo de tumbas de inhumación, otro de inhumación e incineración y un tercero de incineración. Las tumbas de inhumación son 425, rodean la cima de la colina principal y la parte superior de las laderas que dan al Sur, Oeste y Norte. La orientación E.-O. es frecuente pero no general. En algunos sitios están sobre otras sepulturas más antiguas, de la primera ocupación fenicia. Son fosas rectangulares con cavidad inferior, parecidas a las sepulturas fenicias anteriores pero más reducidas. En unas la cavidad inferior es rectangular y en otras adopta la forma antropoide o presenta un puente. En unas las paredes aparecen reforzadas con piedras o cubiertas de yeso, en otras hay nichos en los que se depositó el ajuar. Estas sepulturas servían generalmente para un enterramiento, sólo en algunas hay dos cadáveres superpuestos. En la cavidad inferior ponían el ataúd de madera con el cadáver y la cubrían con lajas de piedra caliza o de pizarra, bovedilla de ladrillos, piedras sin argamasa o ligadas con arcilla o con yeso, piezas de madera que antes habían tenido otro uso, en una colocaron una puerta que conservaba los goznes. En la cavidad superior, adosadas a la pared a la altura de la cabeza del cadáver, aparecen estelas de piedra caliza recubiertas de yeso, unas de forma piramidal y base cuadrada o rectangular, otras en forma de altarcitos, otras son pilastras de capiteles.

Como ajuar se encontraron en ellas un cascarón de huevo de avestruz cortado en forma de vaso y decorado, diez huevos de gallina; ánforas de tierra rosada, superficie amarilla, de 1,25 m de altura, fondo cónico, cerradas con un tapón de arcilla o un plato; diez lámparas de tipo rodio, de dos picos, colocadas a los pies del ataúd; tres vasos campanienses, dos copas con pie, un lecito, un incensario, copitas, jarritos y fusaiolas; sortijas de oro, plata, bronce, hierro; pendientes de oro y de plata; cuentas de collar de oro, plata, plomo, cornalina, ámbar, pasta de vidrio; dos torques de plata; amuletos de metal, fayenza o vidrio, entre ellos un escarabeo, tres uxdas de oro y de plata, armas pequeñísimas de bronce, harcones sobre un zócalo, Bes con una serpiente en cada mano; botones de hueso; asas de bronce y clavos de hierro; tres monedas de bronce, ilegibles. En una tumba, un armamento completo formado por una falcata, un soliférreo, dos lanzas y un escudo del que solamente quedaba el asa (215).

Las tumbas de inhumación e incineración son 30, en forma y tamaño iguales a las interiores, situadas en las laderas Sur y Suroeste de la misma colina. En cada una hay dos enterramientos: una inhumación y una incineración. Los cadáveres aparecen en ataúdes de madera o puestos directamente en el suelo de la fosa inferior. Las cenizas de la incineración aparecen sobre los cadáveres o debajo de ellos, amontonadas sobre las lajas que cubren la cavidad inferior o en urnas. El ajuar, compuesto por objetos iguales a los de las sepulturas del grupo anterior, es más pobre (216).

El grupo de incineración se compone de 300 sepulturas, situadas en las laderas Sur, Oeste y Este de la referida colina y en otra más pequeña. Las urnas cinerarias son de cerámica y están colocadas o cada una en el fondo de un pequeño agujero abierto en el terreno o agrupadas en recintos rectangulares o redondeados excavados en el suelo, algunos reforzados con muros de piedra y lajas cubiertas de yeso. Sobre algunos de los hoyos que contenían una sola urna había estelas piramidales de piedra, con un hueco en el que alojaba una placa de mármol con la inscripción en caracteres púnicos, de una de las cuales, la única que se

encontró, hemos dado la versión. El ajuar de estas tumbas es rico. No contienen cascarone de huevos de avestruz. Los objetos de cerámica son urnas en forma de tonelete o globulares, algunas con asas, otras decoradas con bandas de pintura roja, tres con decoración ibérica formada por fajas horizontales y grupos verticales de líneas onduladas; copitas, ampollitas, cantarillos, incensarios, un biberón, una lámpara rodia y otra romana. Pendientes de oro y de plata; sortijas de bronce; cuentas de collar de oro; plata, plomo, cornalina y vidrio. Entre los amuletos los hay de cerámica barnizada y figuras de dioses con cabezas de animales, Bex, uxdas, gatos sentados; de hueso una anforita, bellotas, manos cerradas, pies con sandalias y cuadrúpedos recortados en chapitas; de bronce, estuches cilíndricos y campanillas. Cuatro escarabeos de pasta con geroglíficos egipcios y uno de jaspe verde con un grabado griego. Otros objetos de marfil, hueso y alabastro. Unas 30 sepulturas, las de ajuar más pobre, contenían monedas. Estrigilas de hierro con anillos de bronce, un espejo, unas pinzas de depilar, una orejera de bronce, dos punzones, dos agujas y algunos clavos de hierro. Otras 30 sepulturas contenían armas, mal conservadas; en cada una un armamento formado por una falcata, varias lanzas, un soliférreo, un escudo del que queda la abrazadera y un puñal (217).

Schulten visitó Villaricos en el 1933, le acompañaron Siret, al que trata con la veneración que merecía el fundador en España de la arqueología científica, y Cuadrado. Al año siguiente publicó un estudio en una revista alemana, del que Castro Guisasaola tradujo y publicó lo referente a su visita a tierras almerienses. De su visita a Villaricos nos interesa la noticia que le dio Siret, que no ha sido publicada por otro conducto pues Siret murió el año siguiente, de haber encontrado recientemente, al abrir un camino, algunos centenares de vasijas con el busto de la diosa cartaginesa Tanit (218).

Astruc fija la cronología de los distintos grupos de enterramientos y concluye que en la Baria de Villaricos vivieron mezclados colonizadores púnicos e indígenas (219). Tarradell estudia el número de enterramientos pertenecientes al periodo cartaginés —1500 cadáveres de colonizadores y otros tantos de indígenas— y teniendo en cuenta que probablemente se perdieron otros tantos, deduce que la población debió estar formada por 250-300 colonizadores y otros tantos indígenas, es decir, una población de 500-300 colonizadores y otros tantos indígenas, es decir, una población de 500-600 habitantes (220). Dada la complejidad de la necrópolis, cualquier conclusión al respecto tiene que ser forzosamente problemática. Aventuramos la nuestra. Siret excavó en Villaricos unas dos mil tumbas, de las que Astruc estudió 1.228, de las que 473 son anteriores al siglo V, pertenecen a la primera ocupación fenicia y dieron 700 cadáveres, que, duplicados por las pérdidas, serían 1.400 y correspondería a una población de 100 habitantes en dos siglos, estando en la proporción de dos colonos fenicios por un indígena. Las 700 tumbas de la etapa cartaginesa dieron 1.000 cadáveres, que podrían ser dos mil contando las pérdidas, los que corresponderían a una población de 200 habitantes durante tres siglos, en la proporción de tres colonos por dos indígenas. Astruc dejó 700 tumbas violadas y saqueadas por las poblaciones que se sucedieron desde el final del siglo III a. C. fin violento de la ocupación cartaginesa, hasta los comienzos de la Baja Edad Media, 15 siglos en total, y por los buscadores de tesoros desde esta fecha hasta que llega Siret, otros siete siglos. Por eso todos los cálculos son aventurados, pero pueden servir para formarnos una idea. No cabe duda de que la mayor parte de la población indígena vivió en el entorno del Bajo Almanzora. La situada en la misma Baria pudo ser sólo la dedicada a la manufactura de las saizones y los propietarios y jefes que se entendían con los colonos y vivían a su estilo.

La Baria de Villaricos, como las otras colonias cartaginesas, era una ciudad libre gobernada por un consejo de ancianos, que elegía sus magistrados. Su base era una organización familiar —cuatro o cinco miembros por familia— en la que se practicaba el rito semita de sacrificar al primogénito, costumbre que perduró hasta que los romanos la prohibieron. Se paga-

ban impuestos y los púnicos monopolizaban el comercio. Esta sociedad dio a los cartagineses salazones y minerales y, sobre todo, mercenarios para sus guerras. Dice Tito Livio que los cartagineses habían las levas por medio de emisarios, que con dinero abundante recorrían las tribus pagando a los voluntarios una prima inicial por la que quedaban como mercenarios estipendiarios. Al principio eran reclutados en los pueblos de la costa y en tiempo de Asdrubal se comenzaron a hacer las levas en los del interior (221). Estos mercenarios tomaron parte en las guerras de los cartagineses con los griegos de la Magna Grecia y con los romanos, estuvieron en Sicilia, en Italia y en el frente africano. Fueron los vehículos principales de la llegada a nuestra tierra de objetos de artesanía oriental —cerámica y joyas— con que se enriqueció la artesanía ibérica. Su presencia en tierras africanas está constatada por la arqueología y la literatura clásica. En el 1934 fue descubierta y excavada en Orán una necrópolis ibérica, en la que se encontraron 70 urnas cinerarias del siglo III a. C. Se trata del cementerio de un presidio militar de mercenarios iberos ricos (222). El historiador Polibio dice que vio en el templo de Hera La Kinia de Kroton, en el Sur de Italia, una plancha de bronce en la que había grabado un texto de Aníbal que decía: «Los que pasaron a Libia eran thersitai, mastianoi, oreles, iberos y olkades. El total de estas gentes ascendía a 1.200 jinetes y 13.850 infantes. Pasaron también 870 naliarei» (223). Unos 16.000 hombres, parte de ellos mastienos, habitantes de la tierra de Vera y comarcas vecinas, que estaban acantonados en Metagonia de Libia, población que se localiza en la región de Orán.

### III. LOS ROMANOS EN VILLARICOS

**Guerras de conquista y civiles.**— Desde Ampurias Cneo Escipión avanza hasta Cissa, que después se llamaría Tarraco (Tarragona), donde pasa el invierno del 218-217. Se le une su hermano Publio y desde este año al 214 ocupan desde Tarragona hasta Sagunto. Durante los años 214-213 llegan al valle alto del Guadalquivir, la región minera de Castulo (Andújar), en la que se localiza el Salto Castulonense, desfiladero en el que se cruzaban los caminos que comunicaban las regiones del Sudeste y Levante con Andalucía. Dos sucesos favorecieron tan rápido avance: la ida de Asdrubal a Africa a luchar contra Sifax y el alistamiento de mercenarios celtíberos en el ejército romano. A esto se añade que las ciudades de Castulo e Illiturgi se pronunciaron contra los cartagineses.

Los Escipiones pasan el invierno del 213-212 en la región de Castulo. Los cartagineses tenían su campamento más al Sur, en Amtorgis, lugar no localizado. Los mandaba Asdrubal Barca, que tenía a sus órdenes dos generales: Magón y Asdrubal Giscón. Le ayudaban con sus fuerzas el ilergeta Indibil y el númida Masinisa. En la primavera del 212 se produce el choque frontal cerca de Castulo, los romanos son derrotados. Publio muere en la batalla y Cneo, abandonado por los mercenarios celtíberos, retrocede a la tierra de Los Vélez-Lorca, donde, alcanzado por los cartagineses, se refugia en una torre, es derrotado y muere. Tito Forteyo, con lo que pudo recoger del ejército, se retira más allá del Ebro (224). Tito Livio se limita a decir: «Publio y Cneo Escipión, después de llevar a cabo felizmente tantas empresas en España, fueron destruidos casi con todo el ejército a los ocho años de llegar a España» (225).

Difícil resulta la localización de la torre en que murió Cneo. Según Tito Livio, sería la torre de Illiturgi (226), y según Plinio, la de Ilorci (227). En ambos casos se discute la localización. Bosch Gimpera y Aguado Bleye no tienen inconveniente en identificar Ilorci con Lorca y localizar la muerte de Cneo en los alrededores de esta ciudad (228). Del mismo parecer es Roldán (229). Palanques y García Asensio ponen Ilorci en el Cabezo de la Jara, altura de la parte oriental de la sierra de las Estancias, que sirve de mojón entre los términos de Lorca, Vélez-Rubio y Huércal-Overa (230).

En septiembre del 211 llega a España C. Claudio Nerón con 12.000 hombres de a pie y 1.100 jinetes. Un año después arriba Publio Cornelio Escipión el Africano, hijo de Publio, nombrado procónsul por plebiscito, y el propretor Marco Julio Silano. Escipión se atrae a los caudillos indígenas Indibil y Mandonio. En la primavera del 209, en una vertiginosa y audaz marcha por la costa llega ante Cartagena y, asistido por la flota de Cayo Lelio, toma por asalto la ciu-

dad. Fue un golpe fatal para los cartagineses y el principio del firme asentamiento de los romanos en nuestra tierra.

Escipión pone en Cartagena su cuartel general. Dispone de un ejército de 25.000 infantes y 2.500 jinetes. Su objetivo primero es ocupar la zona minera del Sudeste. Ordena a su hermano Lucio que conquiste Baria, lo que éste realiza aquel mismo año no sin encontrar seria resistencia. Tovar y Blázquez creen que las referencias de Plutarco y Valerio Máximo a la población conquistada por Lucio, que llaman Batheia y Badia respectivamente, son plausiblemente interpretadas por Schulten como identificables con Baria (231). Es la opinión general de los historiadores actuales. «Antes de volver a Tarraco —dice Roldán— tras la toma de Cartagena, asedió y tomó una ciudad, que las fuentes llaman Badia y Batheia y que se supone corresponda a Baria (Villaricos en Almería), lo que indica que no sólo se contentó con el golpe de mano a la capital púnica, sino que trató de imponer su presencia a toda la zona minera del Sudeste. No es inverosímil la noticia, puesto que Cartago Nova había sido tomada al comienzo de la primavera y restaba toda la buena estación para continuar las operaciones» (232). Los testigos arqueológicos de esta acción los descubrió Siret en las excavaciones de Villaricos. «Las casas conservan señales de su destrucción violenta por los romanos... Quizás sea testigo de las luchas de aquella guerra una sepultura que contenía unos 35 esqueletos, uno de cuyos cráneos llevaba cuatro cortaduras profundas producidas por un sable» (233). Del 209 al 206, Escipión conquista Baecula (Bailén), Acci (Guadix) se pasa a su servicio, derrota a los cartagineses en Ilipa (Alcaíá del Río), batalla que acaba con el dominio cartaginés en España, y se entrega Cádiz.

La secuencia de las operaciones demuestra el interés de los romanos por ocupar el triángulo minero del Sudeste —Castulo y la zona de Villaricos-Cartagena—. Pudo haber en un principio un motivo estratégico: apoderarse de la base de aprovisionamiento del ejército cartaginés que operaba en Italia a las órdenes de Aníbal, al que el Sudeste proporcionaba mercenarios, plata para pagarlos y elementos para la construcción naval en Cartagena. A los españoles trataron de ponerlos de su parte presentándoles su aventura no como una guerra de conquista, sino como una «guerra de expulsión de los púnicos», lo que explica la rápida ocupación de la Bastetania y del valle del Guadalquivir. Después de la batalla de Ilipa los romanos se quitan la careta, estimulados quizá por el botín que iban recogiendo en las poblaciones conquistadas. El Senado encarga a Escipión que ordene los asuntos de España, lo que significaba definir las relaciones de Roma con las tribus indígenas, que debían aceptar la hegemonía romana y una serie de obligaciones (234). Le había deslumbrado el botín cogido por Escipión en Cartagena. 276 platos de oro de casi una libra cada uno, 18.300 libras de plata en lingotes y acuñada, 40 mil modios de trigo, 270 mil de cebada y 63 naves de transporte con su cargamento de hierro, cobre, esparto, maderas de construcción naval, lienzo y 300 rehenes indígenas (235).

En los treinta primeros años de ocupación, 209-179, según los datos que proporcionan sus historiadores, los romanos se llevaron de España 6.318 libras de oro (o 10.713 según otras cuentas), 314.694 libras de plata sin acuñar (318.352 según otra relación), 800.723 sestercios y 402.479 sestercios oscenses (236). Por esto, aún teniendo que hacer frente durante muchos años a las guerras que le movieron los españoles, terror de la juventud romana, Roma puso todo su interés en afianzar su dominio en España. «El poder de los romanos —dice Tovar— queda instalado sólidamente en las bases mismas sobre las que los cartagineses habían montado su imperio colonial: **las minas de plata y plomo de la región de Cartagena, de un rendimiento fabuloso entonces**, las minas de Sierra Morena, de Huelva a Linares, y la navegación a través del estrecho de Gibraltar, que significaba el dominio del comercio con remotos países del Atlántico» (237).

La fama que gozaba nuestra tierra por la plata nativa y el plomo argentífero del Cabezo de las Herrerías mitificó la conquista romana, cuya noticia llegó magnificada hasta los más alejados rincones del Mediterráneo. Los Macabeos, que luchaban entonces por su independencia contra los Seléucidas, deslumbrados por estas noticias, se apresuraron a solicitar la protección de Roma (238). En el libro de los Macabeos se dice literalmente: «La fama de los romanos llegó a oídos de Judas. Le decían que eran poderosos, se mostraban benévolos con todos los que se les unían, establecían amistad con cuantos acudían a ellos y tenía gran poder. Le contaron sus guerras y las proezas que habían realizado entre los galos, cómo les habían dominado y sometido a tributo; todo cuanto habían hecho en la región de España para hacerse con las minas de plata y oro de allí, cómo se habían hecho dueños del país gracias a su prudencia y perseverancia, a pesar de hallarse aquel país a gran distancia del suyo» (239).

España no iba a sonreír a Roma como ella esperaba. A la rapacidad de los gobernadores hay que cargar las luchas intermitentes que los españoles le movieron por su independencia. Antes de volver a Roma, Escipión el Africano ha de someter a los jefes indígenas Indibil y Mandonio. En el año 197 a. C., a los doce de su ocupación, Culcas y Luxinio se rebelan en el Sudeste apoyados por los fenicios de Malaka, Sexi y Abdera. Luxinio era rey de Carmona y Culcas, que había sido uno de los primeros y más importantes aliados de los romanos contra los cartagineses, dominaba un territorio de la Bastetania en el que había 28 ciudades y podía levantar un ejército de tres mil infantes y 500 jinetes (240). Caro Baroja supone que debía tener su residencia cerca de Cartagena (241). La rebelión nunca quedó dominada del todo a pesar de que el ejército romano contaba ya con 70 mil hombres. En el 194 los romanos dominaban solamente la franja costera desde Ampurias al Almanzora. El malestar afectaba especialmente a los habitantes de la franja costera que va de Villaricos al Guadiaro. Destruídos Culcas y Luxinio, la paz en el Sudeste sólo se ve alterada por las incursiones de las bandas de salteadores del interior y por las guerras civiles.

En el año 83, Sertorio, en lucha con Sila, se retira a España y levanta aquí un gran ejército, que prolonga la guerra durante once años. En el 81, derrotado su ejército en el paso pirenaico del Perthus, se refugia en Cartagena con tres mil hombres y de aquí huye a Africa, de cuya costa es rechazado por los indígenas (242). Con ayuda de los piratas cilicios se instala en Ibiza, de donde vuelve a España. En el 76, el Senado envía contra él a Pompeyo, que manda a su cuestor C. Mummio por la mar a Cartagena para que opere desde el Sur; éste se apodera de la ciudad pero queda cercado en ella por un ejército sertoriano (243). Tras varias vicisitudes, la guerra termina con la muerte de Sertorio a manos de su lugarteniente Perpenna (244).

Veinte años después, en el 53, vuelve la guerra a nuestra tierra, ahora entre César y Pompeyo. Desde el año 76 que la conquistó C. Mummio, lugarteniente de Pompeyo, durante la guerra contra Sertorio, Cartagena fue adicta al partido pompeyano. A la muerte de Pompeyo, sus partidarios envían a España a su hijo Cneo que pone sitio a Cartagena. «Aquí acudieron los amotinados (contra el gobernador de la Ulterior puesto por César) proclamándole imperator y Cneo pudo comprobar con satisfacción que la provincia respondía a las esperanzas que la facción senatorial había puesto en ella, puesto que sus fuerzas continuaron aumentando y las ciudades le abrían sus puertas» (245). Viene su hermano Sexto y entre ambos logran levantar once legiones. Cicerón, que solía estar bien informado, daba España perdida para los cesarianos (246). Pero viene César, se sitúa en Córdoba y el 17 de marzo del 45 derrota a los pompeyanos en Munda (Montilla). Cneo huye a Carteia, consigue embarcarse y poco después muere a manos de sus enemigos. Sexto se refugia en Cartagena y de aquí pasa a la Celtiberia. César vuelve a Roma donde celebra su quinto y último triunfo sobre los hijos de Pompeyo. Sexto vuelve a levantar el Sudeste, se apodera de Cartagena, pone sitio a Baria y estando en él le llega la noticia del asesinato de Julio César. La noticia la debemos a Cice-

rón en una de sus cartas a Atico. «Se dice que Sexto, con una sola legión, fue a Cartagena; el mismo día que asediaba Baria, se le anunció la muerte de César; ocupada la ciudad, a todos invadió una gran alegría y exaltación de ánimo; él volvió a unirse a las seis legiones que dejó en la Ulterior» (247). Cicerón, que desde los tiempos de Pompeyo tenía obsesión por refugiarse en España, pregunta a sus amigos Pomponio Atico y Asinio Polión por la situación aquí, pues, si estalla la guerra otra vez, sólo «nos resta refugiarnos en el campamento de Sexto» (248). Sexto derrota a Asinio Polión y Lepido le ofrece en nombre del Senado el mando de la escuadra y la restitución de los bienes paternos. Sexto acepta y vuelve a Italia.

Terminada la última guerra de ocupación con el dominio del Norte peninsular, año 19 a. C., la paz octaviana, alterada alguna que otra vez, se asienta en España durante cuatro siglos. Durante la segunda mitad del siglo II d. C., reinando Marco Aurelio, se producen unas invasiones de la Bética por los «moros». Desembarcaron en Algeciras, se internaron por Osuna hasta Córdoba y desde allí se dirigieron a Sevilla o al Sudeste (249). Las noticias son muy confusas. Durante el siglo III se produce una crisis que en nuestra tierra tiene graves consecuencias. Comienza, según Rostovtzaeff, con la política socio-económica de los Severos, apoyados por los soldados y la plebe, contra la burguesía ciudadana, y se agudiza después de las invasiones franco-germanas que se producen en los años 260 y 275 (250). La crisis alcanza su momento máximo bajo el gobierno del emperador Galieno, 253-268, buen político y general, uno de los hombres más cultos de su época (251). Según Sayas, la crisis fue muy compleja, afectó a amplios sectores de la sociedad y de la economía, se manifestó con más fuerza en la agricultura, la industria y el comercio sufrieron un desacelerón, la moneda se devaluó, las ciudades y las antiguas creencias decayeron. El factor principal fue el raid destructivo y depredador de los francos y alemanes (252). Saquearon las ciudades de Levante y la Bética, algunas quedaron tan arrasadas que no volvieron a levantar cabeza, algunas fábricas de salazones quedaron destruidas y las minas de la región de Baria-Cartagena dejaron de explotarse. Esto originó miseria en la población y dio lugar a movimientos subversivos como el de los bagaudas que facilitarían las invasiones de los siglos siguientes (253).

**Villicios entre la Bética y la Tarraconense.**— Sobre la marcha, después de conquistar Cartagena, Escipión separa la zona que ha conquistado de la que proyecta conquistar, formando dos provincias: la Hispania Citerior y la Ulterior. En el año 206, por encargo del Senado procede a la ordenación de los asuntos de Hispania, relacionados con las tribus según su comportamiento con los romanos, sobre el esquema de tal división. Es la tesis de Roldán y Spranger (254). Esta división toma carta de naturaleza jurídica en el año 197 a. C. De momento afecta a la franja litoral que va de los Pirineos a Cádiz, que es la única tierra española ocupada, muy precariamente por cierto —el año 197 es el de la rebelión de Culcas y Luxinio que pone en entredicho la posición de los romanos en España— y que queda partida en dos provincias: la Hispania Citerior o más cercana a Roma y la Hispania Ulterior o más alejada. La primera comprende todo el Levante y parte del Sudeste; la segunda, la otra parte del Sudeste y Andalucía. Entre ambas, la tierra de Vera queda partida por gala en dos. Siret observa algo que es muy relativo. Dice que parece que los romanos tuvieron en cuenta los solares milenarios de dos regiones prehistóricas: la Turdetania y el país de los mastienos. La primera, según él, coincide con la Bética y tiene su linde oriental en el Andarax y su influencia llega al Almanzora, lo que explica las dudas de los romanos al trazar la divisoria entre la Citerior y la Ulterior, que primero ponen en el Almanzora y después llevan al Campo de Dalías (255). No parece que la preocupación de los romanos fuera ajustar el deslinde a la separación entre los grupos tribales indígenas sino más bien a sus intereses. La ocasión de dar estado jurídico a la división trazada por Escipión, dice Albertini inspirado en Tito Libio, fue que en las elecciones del

15 de marzo del año 197 fueron elegidos dos pretores para las citadas provincias, C. Sempromio Tuditano y M. Helvecio, a los que el Senado encargó que procedieran a determinar la extensión de cada una y la frontera entre ellas (256). No es probable que la rebelión de Culcas y Luxinio les dejara cumplir su cometido, aunque les dieron sendos ejércitos de ocho mil infantes y 400 caballos cada uno (257). Parece que es después de la guerra de Numancia —año 132— cuando se traza sobre el terreno la referida frontera (258).

El problema está en fijar los mojones de aquella linde. Albertini cree que el tramo inmediato a la costa corría por el lecho seco de la rambla de Mazarrón o por el de su vecina la de Nogalte (259). Le siguen Pericot (260), Torres (261) y Bosch Gimpera (262). Thouvenot cree que iba por el último tramo del Almanzora, que los árabes llamaron río de Vera (263). Lafuente Alcántara, interpretando algunos topónimos —Filabres, Fines— literalmente, la sube por el Almanzora y la sierra de Filabres hasta Sierra Nevada y de allí a Sierra Morena (264). ¿Está confirmada arqueológicamente la mojonera de Villaricos? Schuiten toma nota de una noticia que le comunicó Flores González acerca de una inscripción encontrada en Villaricos mediado el siglo XVIII y desaparecida después (265). En el 1741, recién publicada la historia de Lorca de fray Pedro Morote, un labrador de Cuevas, Pedro Navarro, labrando unas tierras de su propiedad situadas en el pago del Margen o Almargen, junto a la desembocadura del Almanzora, el arado tropezó con un cuero duro que resultó ser una gran lápida de mármol en la que había la siguiente inscripción latina BAETICAE FINIS, **Hasta aquí la Bética**, que llevó al convento de Franciscanos de Cuevas, donde la colocaron en el descanso de las escaleras que decían del «Tota pulcra». Mandaron recado a fray Morote, el cual, como la inscripción contradecía la opinión de que Urci estaba en Aguilas, mando picarla. Dice Flores González que en el 1844 la Comisión Provincial de Monumentos preguntó por la lápida y el Ayuntamiento contestó que en el 1820 la pusieron en la plaza con la inscripción de Plaza de la Constitución y en el 1823 los realistas la rompieron (266). Gómez Pereira y Ruiz de Villanueva, que entonces o poco después formaban parte de la citada comisión, fueron los primeros en publicar la noticia (267), que también recoge García Asensio (268).

En el año 27 a. C., al aceptar Octavio de manos del Senado la jefatura suprema de las tropas con el título de Imperator, al que después se agregó el de Augusto, dividió la Hispania Ulterior en dos provincias: Hispania Ulterior Baetica e Hispania Ulterior Lusitania (269). Dice Dion Casio que Numidia y la Bética quedaron adscritas al Senado y la Lusitania con la Tarraconense (antigua Citerior) y la Galla, al emperador (270). No todos los historiadores admiten como fecha de esta segunda división el año 27, aunque es la aceptada tradicionalmente por la autoridad de Dionis Casio, la defendida por Albertini y la seguida por gran parte de la investigación posterior.

En el Sudeste, la linde entre la Tarraconense y la Bética quedó como estaba entre la Citerior y la Ulterior, en el Bajo Almanzora y la Sierra de Filabres; pero entre los años siete y dos a. C. Augusto encargó a Agripa que rectificase este tramo corriéndolo hacia Poniente y Agripa la llevó a la zona costera que queda entre Murgi (El Ejido) y Urci (Pechina), subiéndolo por la sierra de Gádor a Sierra Nevada (271). Advierte Plinio que «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha (del Guadiana a Murgi) fue en su origen de los púnicos» (272). A este motivo atribuye el P. Fita que Agripa corriese la linde a Poniente (273). Marín Prieto (274) y Sánchez León (275) han encontrado otro motivo más verosímil. Dicen que la razón que movió a Augusto a rectificar la linde hacia Poniente fue la de que quedasen en la Tarraconense, adscrita al emperador, las zonas de Castulo y Baria-Cartagena a partir de la falda oriental de la sierra de Gádor, pues, de haber permanecido inalterable, como había asignado la Bética al Senado, hubiera perdido parte de esta rica zona minera.

Plinio introdujo cierta confusión en estas lindes con las tres referencias que transcribimos

a continuación. «En él, la primera de las tierras es Hispania, la llamada Ulterior y también Baética. Tras ella, **desde el mojón murgitano**, comienza la Citerior llamada Tarraconense, hasta los montes Pirineos» (276). «**Murgi**, fin de la Baética» (277). «En la costa de hallan las ciudades de Urci y Baria, adscrita esta última a la Baética» (278). Parece contradecirse que en los dos primeros textos sitúe la linde entre la Bética y la Tarraconense en Murgis, localizada en El Ejido sin lugar a dudas tras el hallazgo de unas inscripciones, y en el tercero afirma que Baria (Villaricos) estaba adscrita a la Bética, quedando como quedaban en la Tarraconense. El P. Fita resolvió el problema explicando que no «es maravilla que una ciudad adscrita a cierta provincia estuviese enclavada, por especial privilegio, en el territorio de la otra» (279). Esto, aunque ninguna referencia literaria o arqueológica lo abone, parece razonable.

Thouvenot concreta esta última linde: «Al final de su reinado (de Augusto) la frontera de la Bética comenzaba sobre la costa, entre Urci, última población de la Citerior, y Murgi, primera de la Bética, situada cerca de Dalías, al Oeste de Dalías. Remontaba, sin duda, el río Andarax, dejaba Acci (Guadix) y Mentesa Batestanorum (La Guardia) en la Citerior, e Iliberri (Granada), Tucci (Martos) y Angi (Jaén) estaban probablemente en la Bética» (280). La linde debía ir, a mi parecer, desde Punta Entina a Alhama, cortando la sierra de Gádor en línea recta, y de Alhama a Fiñana sirviendo de linde el río Nacimiento. Esta linde permaneció así aún en la división hecha por Diocleciano, años 284-305.

**Romanización.**— El proceso de romanización se entiende como una transformación total de las estructuras socio-económicas y políticas prerromanas y como una progresiva identificación e implantación de las estructuras romanas a todos los niveles (281). Según el historiador italiano Pareti —cita de Blázquez—, las causas de la romanización fueron la presencia del ejército romano en la Península, la creación desde el principio de centros itálicos y colonias, la concesión por César del derecho de ciudadanía, la administración implantada por Roma, la construcción de vías y el uso de latín como lengua oficial. Blázquez añade al comercio, las tropas auxiliares hispanas y el influjo de las grandes personalidades que vinieron a España: Escipión el Africano, Sertorio, Pompeyo y César (282).

Los licenciados de las legiones se asentaban en tierras fértiles, dando lugar a la formación de nuevas poblaciones, y en las zonas mineras en explotación. Los licenciados de Lépido se instalaron en la región de Baria-Carthago Nova. Otra fuente de colonos era el Sur de Italia. Menéndez Pidal, Díaz y Díaz, Bertoldi y Baddinger dicen que a partir del año 200 a. C. el Sudeste y Levante fue colonizado por itálicos que vinieron atraídos por las riquezas mineras, que enriquecieron a muchos, sobre todo durante el siglo I a. C. que fue el siglo de oro de la colonización romana de Occidente. Diodoro Sículo alude a una verdadera colonización de itálicos. Siret encontró inscripciones que denuncian su presencia en Villaricos (283).

Todos los vehículos de la romanización referidos actuaron en este sentido; pero no se hubieran alcanzado las metas espectaculares que admiraban a Estrabón y a los otros geógrafos e historiadores romanos y griegos, si la tierra no hubiese estado abonada para ello. Andalucía, el Sudeste y Levante llevaban casi un milenio en trato con los colonizadores históricos y al servicio de sus ejércitos. Como regiones ricas sufrían el frecuente saqueo de las cuadrillas de bandidos del interior. Por lo tanto, no solo no extrañaban el trato con los romanos sino que lo buscaban, y de no ser por la rapacidad y las barbaridades cometidas por la casi totalidad de los cónsules y pretores, la romanización hubiera sido más rápida y espectacular.

Cuando llegaron los romanos, Andalucía, el Sudeste y Levante estaban en plena etapa de urbanización. Se calcula entre tres y seis millones de habitantes para toda la Península en aquel momento. La mayor parte de esta población estaba concentrada en las referidas regiones (284). Esta población era en gran parte de origen semita, ya que —según Estrabón—

«la sujeción a los fenicios fue tan completa, que hoy día la mayoría de las ciudades de la Turdetania y de las regiones vecinas están habitadas por ellos» (285). Esto afectaba de un modo especial a las tierras del litoral almeriense situadas entre Abdera y Baria. Eran regiones densamente pobladas y con una vida urbana muy efectiva. La ocupación romana aceleró el proceso, pues las nuevas condiciones políticas permitieron a los indígenas abandonar los viejos núcleos montañosos y establecerse en las llanuras (286).

Las poblaciones del Sur y Sudeste vieron en los romanos un poder civilizador, que podía defenderlos de los pueblos inestables y guerreros de la Meseta y del Norte, y se dieron con tal devoción a aprender su lengua y costumbres que ya en tiempo de Tiberio, años 14-37 d. C. dejó de usarse la escritura ibérica y las inscripciones romanas presentan pocas huellas de nombres indígenas (287). San Valero matiza los efectos y la contrapartida de esta romanización. No «hay en ella sustitución de indigenismo hispánico, salvo en parte mínima, de mayor o menor amplitud. Siempre hay una adaptación de lo forastero a la idiosincrasia indígena y una adopción por los indígenas de los modos ajenos». De esto resulta algo que no es solamente hispano ni solamente romano, sino hispano-romano, «que revela la vitalidad de las gentes y culturas y lo complejo del proceso de aculturación». Pero no se trata solamente de una asimilación de lo romano por los indígenas, sino, en parte, de una ósmosis cultural en la que predomina la asimilación de lo romano sin dejar de tener su importancia la contrapartida indígena (288). Pareti cree que la romanización fue profunda. Rostovtzev afirma que el Sur de España estaba al cumplirse los dos primeros siglos de ocupación tan romanizado como la Campania. Mommsen opina que «la civilización romana penetró en España antes y con más fuerza que en ninguna otra provincia del imperio» (289).

Los romanos clasificaron las poblaciones españolas y ajustaron sus relaciones con ellas según la conducta que cada una observó con ellos en la guerra de conquista y durante los dos primeros siglos de ocupación. *Oppida foederata* eran las poblaciones que gozaban de un tratado regular de amistad. *Oppida libera*, las que por sus servicios recibieron un trato especial. *Oppida stipendiaria*, las que, tras luchar, se rindieron sin condiciones (290). Dado que Baria hubo de ser tomada por asalto inmediatamente después de ser ocupada Cartagena, debió quedar incluida en el último grupo, lo que le obligaba a pagar impuestos especiales y sufrir una ocupación rigurosa. Este régimen no duró siempre. Cartagena, que también fue ocupada por la fuerza, dos siglos después, en el tiempo que media entre César y Augusto, fue creada Colonia Urbs Iulia Nova Cartago (291). Nada se sabe de colonia alguna creada en tierras almerienses.

Otro vehículo de romanización fueron las calzadas construidas, en nuestra tierra, sobre los caminos abiertos por cartagineses y fenicios, que probablemente seguían las mismas rutas trazadas ya desde el III milenio por los metalúrgicos megalíticos. Una calzada subía desde Cartagena, por Lorca, Los Vélez y Baza, a Guadix, de donde dos ramales llegaban a la región minera de Castulo. De Guadix, otro ramal bajaba por Abula (Abia) y Urcia (Pechina) a la costa, Turaniana (Aguadulce) y Murgi (El Ejido), y seguía a Málaga. Un tramo de la legendaria Vía Hercúlea rebautizada Augusta tras la ocupación romana, llegaba por la costa hasta Cádiz pasando por Baria y Abdera. Entre Baria y Urci, este camino pudo ir por el corredor natural de Sorbas-Tabernas en el que Tabernas debió nacer como un campamento militar para guardarlo, y por Mojácar y en el Campo de Níjar (292).

**La Baria romana.**— La zona ocupada por los romanos en Villaricos se extiende, según Siret, por la orilla del Almanzora y de la mar. Los romanos abandonaron el emplazamiento del poblado cartaginés y se establecieron más cerca de la desembocadura del río. Entre los restos de sus construcciones no aparece ninguna defensiva. Las casas pudieron edificarse sobre

las ruinas de otras anteriores. Su piso estaba formado por un homigón de cal en el que se habían incrustado trozos cuadrados de mármol como las teselas de los mosaicos. En otras el pavimento era de ladrillo. Las paredes eran de mampostería de piedra y barro y estaban cubiertas con un enlucido de cal muy fino, sobre el que se había puesto, en algunos casos, una capa de pintura roja. Han aparecido fragmentos de sigillata, de barro fuerte, cubierta muy brillante y decoración en relieve, en los que hay hasta 24 marcas de fábrica diferentes (293).

En la necrópolis, entre las tumbas de incineración, encontró Siret y reseña Astruc un tazón y una lámpara de cerámica sin decorar, dos tazones de sigillata, una copa de sigillata y fragmentos de otra más grande, ambas decoradas con figuras en relieve: un amor, un gallo, un conejo; cuatro lámparas decoradas, algunas copitas, dos copas de borde muy abierto y dos vasijas cilíndricas de cerámica campaniense; la cabeza de una figura, rota por el cuello, y el antebrazo con la mano entreabierta, con el dorso preparado para ajustar la figura a la pared (294). En el museo que los PP. Dominicos tenían en su colegio de Cuevas de Almanzora había depositados los objetos siguientes: un trozo de estatua de mármol, que el P. Quirós suponía que representaba al emperador Marco Julio Philippo, Felipe el Arabe, que debía coronar la obra de que formaba parte el sillar con la inscripción votiva de los barienses; un fragmento, muy mutilado, de cabeza de mujer, de mármol; un fragmento de capitel; una estela pizarra con grabados, que debía estar montada sobre otra pieza mayor por medio del plomo que ocupa uno de los dos agujeros laterales; una lámpara paleocristiana de cerámica; un mango de hueso que tuvo una herramienta también de huesos (295).

La inscripción latina que localiza Baria en Villaricos está labrada en un sillar de cantería de 98 cm de alto por 53 de ancho y 45 de fondo. Fernández Guerra, aferrado a su opinión de que Baria estaba donde ahora se alza Vera, pensó que el sillar había sido encontrado en Vera y trasladado a Villaricos (296). Flores González, que conservaba notas del hallazgo, cuenta en un informe cómo apareció el sillar. Ocurrió en el año 1875, cuando se abrían los cimientos de la fundición del Carmen, entre las ruinas de la antigua población romana, siendo testigos don José Molina, don Antonio Soler(a) el Rojo y el encargado de la fundición. El sillar apareció junto a las bóvedas o bodegas de una casa, en la que había ocho o diez tinajas, «más altas que muchachos», en una de las cuales había un bloque de plata formado con un montón de monedas fundidas por el fuego. En los alrededores aparecieron pavimentos de mosaico. El sillar pesaba dos o tres toneladas (297). La inscripción la han publicado Hübner, el P. Quirós, Siret y Garres (298). La dedicatoria al emperador Marco Julio Philippo, Felipe el Arabe, pone la fecha entre los años 244 y 249 d. C. Es una inscripción tardía, que testimonia el culto al emperador en nuestra tierra mediado el siglo III, cuando está declinando en Roma y en las otras provincias del imperio.

IMP-CAES-  
M-IVLIO PHI  
LIPPO-PIO-FEL  
AVGVSTO PONT  
MAX-TRIB-POT-  
II COS-P-P-  
RES-PVBLICA  
BARIENSIVM  
DEVOTA NVMI  
NI MAIESTATI  
QVE EIVS

Imperatori Caesari / Marco Iulio Phi / lippo Pio Fel / Augusto Pontifici / masimo - Tribunitia

potestate / Il concul - Pater patriae / Respublica / Bariensium / devota numi / ni maiestati / que eius.

Al emperador César Marco Julio Filippo, pío, feliz, augusto, pontífice máximo, revestido de la potestad tribunicia por segunda vez, cónsul, padre de la patria, la República de los de Barea, devota de su deidad y majestad.

Otra inscripción latina, si estuviese completa, confirmaría la localización de Baria en Villaricos, pero hay que completarla y, aunque las palabras que se sustituyen las pide el contexto y las circunstancias del hallazgo, el argumento se debilita. Está en una losa de mármol encontrada en el centro de la población romana. Es una inscripción conmemorativa que ha perdido la primera mitad, cortando la lápida en sentido vertical, y que Castro Guisasola completa así:

Cornelius CAESINAVS  
Bariensis HOC OPVS FIERI  
ex testamento iussit HVIC DONO HE  
redes n ON DEDVXERVNT  
II LIVS IMPENDE  
rvnt HS II CLVI AT CVSTO  
diam tem PLI DEDERVNT  
c ORNELI FAVSTI  
nvs et Fe LITIO LIB PRETI  
vm fvn ERIS HS ICCCC

Corneio Casiano, bariense, mandó por testamento hacer esta obra. Los herederos gastaron en ella dos mil ciento y seis sextercios y dieron la custodia del templo a los libertos Cornelio, Faustino y Felicio, que dieron para los funerales de su patrono mil cuatrocientos sextercios (299).

**Inscripciones latinas.**— La inscripción más breve de las aparecidas en Villaricos o en su entorno está grabada en una pequeña losa de piedra arenisca de los Terreros. La encontró Siret. Se reduce a dos palabras:

RVFIO  
AVE

«Rufio, salud». Rufio es un andrónimo frecuente en la Tarraconense (300).

Siret encontró en la población romana del Roceipon, cerca de Vera, un tapón de yeso de un centímetro de diámetro, que debía cerrar la boca de un ánfora de vino generoso, regalada por un Thalasio a su amigo Víctor, al que con el presente desea un feliz viaje. En unas de las caras del tapón, en circunferencias concéntricas, se representa en el círculo una nave y en la corona la leyenda VICTORI THALASION; en la cara opuesta, en el círculo una svática que es símbolo de prosperidad, y en la corona la leyenda NAVIGA FELIX (301). La traducción casi no es necesaria. THALASIO A VICTOR regala la botella y le desea: NAVEGA FELIZMENTE. Otra versión, quizá más adecuada, pudiera ser ésta: A VICTOR EL MARINO SE LE DESEA UN FELIZ VIAJE. Thalasión puede tomarse como nombre propio, de Thalasio, dios sabino de la virilidad; en tal caso un tal Thalasio desea a Víctor... Como apelativo, derivado de thalase-mar, significa marino y el regalo sería a Víctor el marino... El ánfora debió traerla el navegante, marino o viajero, que arribó a Villaricos no antes del siglo I d. C., que es cuando los nombres greco-latinos se los termina en -on; Cicerón los terminaba todavía en -o (302).

Transcribimos a continuación dos inscripciones funerarias que, por determinadas circunstancias, nos descubren aspectos de la sociedad hispanorromana de la Baria de Villaricos. Las encontró Siret, publicó la primera (303), no la segunda.

La primera dice

D.M.S.  
M.CORN  
LAETINO  
AN XXVII  
CORN HIS  
PANA CON  
KARISIM

«Consagrado a los dioses manes. A Marco Cornelio Letino, de 27 años, Cornelia Hispana a su esposo carísimo».

Dice Siret que por el arcaísmo que representa usar la K por C esta inscripción podría fecharse en el siglo II a. C. Es la etapa en que dirigen las explotaciones mineras del Cabezo de las Herrerías los suritálicos, a uno de los cuales, Marco Cornelio Letino, dedica la inscripción una española, Cornelia Hispana, que alardea de serlo, esclava o liberta.

La segunda dice

IVNIA.M.L.  
CAMPANA  
SVA.IMP.F.

«Junia Campana, liberta de Marco, lo hizo a su costa».

La letra de esta inscripción es, según Castro Guisasola, capital romana de los siglos III-IV d. C., por lo que en ellos se puede fechar. La que dedica esta inscripción parece ser una suritálica, de la Campana, esclava y liberta, por lo que también pudiera tratarse de una española esclavizada, que, al ser manumitida, adopta como sobrenombre el nombre de la patria de su amo.

Quedan dos inscripciones breves, ambas encontradas por Siret, una en Villaricos y otra en Aimizaraque. La primera está labrada en una losa de piedra muy blanda. Dice

AEMILIA  
CREVSIS.VAL

«Emilia Creusis, adiós». Esta Emilia Creusis o Aurea es una bariense del siglo I de nuestra era, a juzgar por el tipo de letra (304).

La segunda, breve y misteriosa, está grabada en una estela de piedra arenisca. Su dueño la regaló a la Real Academia de la Historia. Consta de una sola palabra: MORBOS. Es ésta una divinidad latina que equivale a la griega Morfeo. Advierte Siret que no era raro que se tomaran como nombres propios los de las divinidades (305).

De dos inscripciones funerarias más hacemos mención. Una, encontrada en la Loma del Carmen de Villaricos, es de mármol de Macael y está dedicada a un Aurelio Prudencio Cebier, muerto cuando tenía cuatro años, y la otra, encontrada en la tierra de Vera, no se dice en qué lugar, conmemora a Lucio Cornelio Clarino, muerto a los 20 años. No parece que se hayan publicado. Las conservó don Miguel Flores González.

#### IV. VIDA Y CULTURA

**Los que recibieron a los colonizadores.**— Cuando al alba del último milenio anterior a nuestra era los colonizadores históricos comienzan a llegar a la costa de Vera, encuentran en las terrazas marinas y fluviales unos poblados cuyos vecinos viven de una agricultura y una ganadería racionalmente organizadas, laborean minas de plomo, cobre, hierro, plata y oro, que afanan en talleres artesanos textiles y metalúrgicos y en alfares de tradición local, y han evolucionado hasta crear la civilización tartesia. Los «indígenas» se abren a la aventura fenicia y griega y de esta confrontación y ósmosis nace la «cultura ibérica» con tal vigor que va a poder prestar a los romanos modos de vestir —la túnica corta— y armas para luchar —la falcata—. El centro de esta actividad receptora y exportadora, que durante milenios ha estado en tierras del Sudeste, va a seguir en ellas durante algún tiempo, pero con tendencia, cada vez más acentuada, a desplazarse a las otras tierras españolas. Comienzan a formarse **las Españas**, que hasta ahora lo han sido las sierras litorales de Almagrera y Gádor. **Las Españas** en el sentir de los colonizadores más antiguos, es decir, **el país del plomo y de los metales del Oeste**.

¿Cuántos eran los habitantes de la Península Ibérica durante el milenio y medio que termina en la invasión de los musulmanes? Los cálculos, claro está, son aproximados con un amplio margen de error. Se piensa que tendría de tres a seis millones de habitantes al llegar los romanos en las dos últimas décadas del siglo III a. C., seis millones en el siglo I d. C., alrededor de nueve en la segunda mitad del siglo II y diez durante la ocupación visigoda (306). Consumada la romanización, las poblaciones españolas son ciudades administradas a estilo romano, en las que Vicens Vives ve tres grupos sociales: los ricos, el elemento urbano y los pobres. Las ciudades hispánicas, con las raíces en las culturas almeriense, argárica e ibérica —son sus palabras— son las vértebras de la cultura mediterránea y sus ciudadanos viven con mentalidad hispanorromana. Los otros dos grupos son periféricos. El de los ricos está formado por los antiguos jefes tribales y los funcionarios extranjeros enriquecidos. En el otro extremo y como soporte están los esclavos y los jornaleros con paro estacional (307). El grupo de los ricos formaba la nobleza ecuestre. Los proletarios y esclavos eran la fuerza motriz de la producción agrícola y minera. La plebe urbana —artesanos, comerciantes y pescadores— y la plebe rústica —colonos y pequeños propietarios rurales— constituían la base del sistema económico (308).

Pertenecer a uno u otro grupo dependía de la condición —hombres libres o esclavos—

y, en última instancia, del dinero que se tuviera. En los tres primeros siglos de ocupación romana el número de esclavos era grande como consecuencia de las guerras de conquista y de independencia, después fue menguando con detrimento de la economía de los ricos. De los hombres libres, pertenecían al orden senatorial los que gozaban de una renta de un millón de sestercios y solían vivir en Roma. Eran del orden equestre los que tenía de renta 400 mil sestercios, en nuestra tierra los descendientes de los colonos itálicos enriquecidos en las explotaciones mineras y conserveras. Gobernaban los municipios los decuriones, los más ricos de cada pueblo. La condición de la plebe urbana y rústica se asemejaba a la de los esclavos (309).

La Baria romana de Villaricos no parece que fuera una ciudad importante, asombrada por Carthago Nova, la segundad ciudad de la Hispania Citerior Tarraconense, que en la reforma administrativa de Diocleciano fue capital de una nueva provincia a la que dio nombre, el puerto más importante de Levante español. Las ruinas descubiertas en el 1838 al echar los cimientos de tres fábricas de fundición y de los edificios accesorios —trozos de columnas de mármol, lápidas con inscripciones, ánforas y otros utensilios— (310) denuncian una población reducida de cierto nivel de vida, en la que vivirían los administradores subalternos de las explotaciones mineras del entorno y de fábricas de conservas pesqueras, los trabajadores de estos talleres y los pescadores.

**El Cabezo de las Herrerías.**— Es Diodoro de Sicilia, un escritor del siglo I a. C., el que desvela los mitos y nos descubre lo que fueron las «Indias» españolas, nombre con el que nos referimos a la zona minera de Baria-Cartagena-Castulo, para los fenicios. «El país tiene las más numerosas y ricas minas de plata... Los indígenas ignoran su uso. Pero los fenicios, que son expertos en el comercio, se procuran esta plata cambiándola por otras pequeñas mercancías. Consecuentemente, llevando la plata a Grecia, Asia y a los demás pueblos, tienen gran provecho. Así, practicando este comercio durante mucho tiempo, se enriquecieron y fundaron numerosas colonias: unas en Sicilia y las islas próximas, otras en Lybia, Cerdeña y en Iberia» (311). Fue la plata de Herrerías la que financió la expansión de los fenicios y el establecimiento de sus colonias en el frente africano y en las costas de la mar de Alborán.

Los fenicios fueron conocidos en el Mediterráneo oriental, según el Pseudo-Aristóteles, como **los hombres de la plata**. Conocieron la riqueza minera de nuestra tierra, bien directamente como quiere Siret, bien por los tratos con los anatolios, que les precedieron en el II milenio a. C. y que se pueden identificar con los «fenicios u orientales» de Siret. Por su interés en mantener en secreto la procedencia de la plata con que dominaban este mercado en el Egeo, despertaron el apetito de los foceos, que se convierten en sus competidores. Retirados los fenicios, con la plata del Sudeste financiaron los foceos su colonia de Massalia (Marsella) y las que establecieron en el Levante español. De las mismas minas procedía la plata con que los cartagineses establecieron sus dominios en Sicilia y Cerdeña y la que emplearon los bárquidas en pagar a los romanos las deudas de la primera Guerra Púnica y en preparar y financiar parte de la segunda. Y no fue otra la que enriqueció a los romanos. El Cabezo de las Herrerías, tesoro de los colonizadores del I milenio a. C., ¿no será el Mons Argentarius citado por Estrabón (312) y el núcleo de la zona minera de 400 estadios (74 kilómetros) situados por Polibio en el entorno de Cartagena? (313).

En esta zona minera son difíciles de localizar con certeza las minas más famosas, que Plinio cita por sus nombres: la Baebeio, la Samariense y la Antoniana. El pozo «llamado Baebeio suministraba al caudillo cartaginés (Aníbal) 300 libras de plata diariamente» (314). Este dato basta para localizarlo en el Cabezo de las Herrerías, en el que, en la antigüedad y en el siglo XIX, se han dado grandes vetas de plata nativa. La mina Samariense, que se arrendaba en 200 mil y 250 mil denarios al año (315), si el nombre le viene de estar junto al río Samus,

habría que localizarla en el mismo lugar, junto al Almanzora, con el que se suele identificar el río antiguo. El Cabezo de las Herrerías es el yacimiento minero explotado desde más antiguo en Occidente, desde la época de los megalíticos del vecino Almizaraque en el III milenio a. C. Había transcurrido mucho tiempo, dos milenios, cuando los griegos mitificaron a su descubridor, el indígena o el prospector de metales Aletes, y pusieron en su olimpo. Se lo merecía. Dio nombre a una de las colinas del entorno de Cartagena. ¿No sería esta de las Herrerías? Los antiguos no calculaban las distancias con el mismo baremo que nosotros (316). Hemos visto que a la colonia que los griegos establecieron en tierra de Vera, Villaricos o su entorno, la llamaron Molybdana, «la ciudad del plomo», nombre y localización que nos han transmitido Hekataios y Esteban de Bizancio. Diodoro nos recuerda, como una leyenda muy antigua en su tiempo, que un incendio forestal arrasó los Pirineos y que la plata de sus minas, derretida, corría por los barrancos. La misma leyenda toma Estrabón de Poseidonios (317). Si bastó un incendio forestal para que la plata derretida corriera por los barrancos, muy a flor de tierra debían estar las vetas y ser de plata nativa. Esto sólo se daba en el Cabezo de las Herrerías, el único yacimiento capaz de mitificarlo todo en la antigüedad.

Durante el último milenio anterior a nuestra era, la minería en el Sudeste tuvo tres períodos de auge: uno durante los siglos VIII-VI, explotación fenicia y griega; otro en los años 238-218, explotación bárquida, y otro en los siglos II-I, la etapa más importante y exhaustiva de la explotación romana (318). En un principio dirigieron las explotaciones los gobernantes de las provincias. Cuando en el 179 a. C. la dirección pasó a los publicanos, en calidad de tales vinieron los suritalicos y se produjo la primera colonización romana efectiva en nuestra tierra. Entre los años 140 y 27, probablemente en tiempo de Sila, el Estado encontró más práctico arrendar la explotación a particulares que se convertían en concesionarios perpetuos. Estos se agruparon en sociedades y se enriquecieron con una explotación más rapaz que la púnica (319). Blázquez calcula que el capital invertido en la explotación minera de la zona de Baria-Cartagena se eleva a 180 millones de sestercios, que producía 36 millones y medio, de los que restando la amortización, 4.380.000, y los dos millones y medio que suponía la alimentación de los esclavos, quedaba un beneficio de más de 29 millones, lo que suponía un 16% del capital invertido (320). Tal renta se debía a la combinación de la riqueza de los filones y la baratura de la mano de obra esclava. Un esclavo venía a costar 250 dracmas, unas 250 pesetas oro, cifras indicativas, y, aunque su vida en las minas no era larga, se le procuraba sacar por todos los medios el mayor provecho (321). De las condiciones en que trabajaban habla Diodor: «Los trabajadores de las minas hacen ricos a sus dueños, porque los rendimientos rebasan el límite de lo creíble. Los mineros, bajo tierra, en las galerías día y noche, van consumiéndose y muchos mueren por la excesiva dureza del trabajo. No tienen casi ni respiro ni descanso en sus trabajos, sino que los capataces, a fuerza de golpes, les obligan a aguantar sus males, y así no vale nada su vida, que pierden en condiciones tan miserables. Algunos, por vigor corporar y fortaleza de ánimo, soportan sus padecimientos largo tiempo, pero es preferible la muerte a vivir, dada tan miserable situación» (322).

Cegada la fuente principal de la esclavitud con la terminación de las guerras en España, se tiende a contratar mano de obra libre. El Estado mejora la condición de los esclavos a partir del siglo II d. C., quitando a sus dueños el derecho de vida o muerte sobre ellos. El Cristianismo favorece su manumisión (323). Los mineros y los metalúrgicos formaban asociaciones o collegia, a las que podían pertenecer los esclavos, entidades de derecho público por su proyección religiosa, que se regían por determinadas normas, entre las que se señalan el abono de una cuota inicial y otra mensual, la celebración de fiestas en honor de los dioses patronos de la organización, banquetes en determinadas fechas, funeral del asociado y entierro en un

cementerio del gremio, que solían ser mejores que los de cualquier otro gremio, y cuidado de la tumba (324).

Dos personajes se distinguían en el ámbito minero: el procurator metallorum y los negotiatores. El primero era una autoridad oficial, generalmente un liberto del emperador que representaba al fisco imperial y como tal llevaba la cuenta de la producción para cobrar el precio del arrendamiento (325). Los segundos eran los arrendadores que por sí mismos o por otros, solos o formando asociaciones, dirigían la explotación y llevaban la administración. Imprimían sus marcas en los lingotes o galápagos (326).

Vimos cómo los megalíticos de Almirazaque arrancaban los minerales de las vetas con martillos de piedra y cuñas de madera y cómo separaban los metales por copelación. Los argáricos debieron seguir utilizando los mismos métodos. Sus sucesores los iberos «aprendieron —según Diodoro— las peculiaridades de la planta y pusieron en explotación minas de importancia. Por lo cual obtuvieron plata estupenda y, por decirlo así, abundantísima, que les produjo ganancias espléndidas. La forma con que los iberos explotan las minas y trabajan la plata es así, más o menos: siendo, como son admirables sus minas en reservas de cobre, oro y plata, los que trabajan las de cobre extraen, excavando la tierra, una cuarta parte de este metal sin ganga; de los que trabajan las de plata, los hay que, sin ser profesionales, extraen en tres días un talento de Eubea. Pues toda la mina está llena de polvo de plata o condensado que emite destellos» (327). Estrabón toma de Polibio el modo de tratar la ganga argentífera extraída de la mina. Se la «machaca y por medio de tamices se la separa del agua; los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados, y, separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces, este quinto sedimento se funde y, separado del plomo, queda la plata pura». Estos métodos se siguieron usando hasta el siglo I a. C., «en que las minas de plata están todavía en actividad» (328).

El primer hallazgo de una veta superficial de mineral debió ser casual. ¿Fue esto lo que hizo famoso al legendario Aletes? Megalíticos y argáricos aprendieron pronto a distinguir las vetas de mineral de los otros terrenos. Cuando tales vetas se agotaron fue necesario utilizar otros métodos, aprendidos quizá de los colonizadores púnicos y griegos. Uno de ellos era el de la radiestesis, según aparece en algunas ilustraciones de la obra de Agripa. Otro, el de los pozos aislados en las zonas consideradas mineras hasta dar con la mena y, localizada ésta, se comprobaba la calidad con la piedra de toque (329).

Agotadas las vetas superficiales, se perforaron pozos que llegaban hasta los filones subterráneos, algunos alcanzaron seis metros de diámetro y trescientos de profundidad. La técnica consistía en perforar las rocas blandas y sostener las paredes con maderos de pino, algunos de los cuales tienen marcas de comerciantes extranjeros, lo que quiere decir que se importaban (330). En sierra Almagrera, al reanudarse la explotación en la primera mitad del siglo pasado, se encontraron tales pozos y galerías antiguos. Están fechados por las herramientas, trozos de cadena y lámparas de barro con la decoración de los dos peces encontrados en ellos, según el informe del ingeniero Ezquerria del Bayo a Madoz (331). Las galerías solían ser bajas y se pasaba por ellas a rastras (332). Los pozos eran estrechos para poder bajar por ellos apoyando espaldas y pies en sus paredes. Las galerías eran de explotación, ciegas y de desagüe. Las primeras se ventilaban a trechos con pozos gemelos. El agua se sacaba mediante tornillos de Arquímedes que ya conocían los turdetanos. Las galerías se iluminaban con teas, antorchas y lámparas de aceite. El mineral se arrancaba con mazos, picos y punteterolas de hierro y se sacaba con espuelas de esparto (333).

Prosigue Diodoro ilustrando el modo de beneficiar las minas. «... abriendo bocas en muchos puntos y excavando la tierra en profundidad, rastrean los filones ricos en plata y oro. Y bajo tierra no sólo extienden las excavaciones a lo largo, sino también en profundidad, esta-

dios y estadios; y trabajando en galerías trazadas al sezzo y formando recodos en forma muy variada, desde las entrañas de la tierra hacen aflorar a la superficie la mena... Las primeras labores resultan productivas por la excelencia de la tierra para este tipo de explotación, y, luego, se van encontrando vetas cada vez más brillantes, henchidas de plata y oro, y es que toda la tierra de los alrededores es un trenzado de venas dispuestas en circunvoluciones de diferentes formas. Algunas veces los mineros se topan en lo profundo con ríos que corren bajo tierra, cuyo ímpetu dominan rompiendo las embestidas de sus corrientes, para lo que se valen de las galerías transversales... Hacen los drenajes valiéndose de los llamados «caracoles egipcios», que inventó Arquímedes de Siracusa cuando pasó por Egipto. A través de éstos hacen pasar el agua, de uno en uno sucesivamente, hasta la boca de la mina, y así desecan el emplazamiento de ésta y lo acondicionan debidamente para el desempeño de las actividades de la explotación. Como este artefacto es enormemente ingenioso, mediante un trabajo normal, se hace brotar fuera de la mina gran cantidad de agua, cosa que llama mucho la atención, y toda la corriente del río subterráneo alfora a la superficie con facilidad...» (334).

Los procedimientos de explotación se han conservado sin grandes alteraciones hasta el siglo XIX. Se llegaron a utilizar entonces hasta las altas chimeneas en las fundiciones de plomo para eliminar los humos nocivos. «Los hornos de la plata se hacen altos —dice Estrabón— con el fin de que los vapores pesados que desprende la mena del mineral se volatilicen, ya que son gases densos y deietéreos» (335).

«... en las inmensas excavaciones que los cartagineses y romanos hicieron en Sierra Almagrera y otros puntos de aquella costa, no se encuentran ahora, después de tantos siglos, más que escombros estériles» (336). Es la observación de Ezquerria del Bayo, ingeniero de minas que estudió las de esta zona al reanudarse la explotación en el 1839 con motivo del hallazgo del filón del Jaroso. Entre las escombreras de la zona destacaba la «de las Herrerías que se calculó contenía 276.000 toneladas de escorias» (337).

Lo dicho por los escritores clásicos se ha podido constatar en los trabajos mineros modernos realizados en la zona y en los hallazgos arqueológicos. En los parajes de Sierra Almagrera conocidos por Barranco Pinaibo y Barranco del Francés, se han encontrado pozos y galerías hechos por los romanos. De estas antiguas minas, la más interesante es la llamada, ahora, de la Sima, situada entre la Majada del Aire y la rambia de Arteal, a la que se abre la galería horizontal, que tiene 378 metros de longitud por 1,67 de anchura y 2,92 de altura. Es una galería de dimensiones más que corrientes ahora. Al final se dividía en varias galerías que seguían la dirección de los filones, menos una ciega que servía de retrete a los mineros. Una de las galerías se prolonga sobre el filón principal 250,8 metros, acabando en un pozo redondo de 2,5 metros de diámetro y 172 de altura, que sube a la superficie. Las galerías sobre los filones están llenas de escombros y no se puede medir su longitud. En el hastial derecho de estas galerías hay, a determinada altura, una línea de pequeños nichos destinados a las lámparas de aceite con que se alumbraban. En algunos puntos hay empalizadas y pequeñas fortificaciones hechas con maderos que demuestran que la explotación profundizaba a partir de esta galería. En ella se encontraron huesos humanos, herramientas y otros útiles, lámparas o candiles de barro, esparteñas, y en un pequeño nicho de la galería ciega, una moneda de bronce (338). Ezquerria del Bayo dice que vio, entre otros objetos, «una figura de cobre de siete puñadas de altura, perfectamente modelada, del Hércules de Farnesio» (339). Siret, que comenzó a trabajar en la misma zona cuarenta años después, relaciona algunos objetos encontrados por él. Cuerdas de esparto para enganchar espuestas, cuñas de hierro, candiles de barro, huesos humanos, alguna vasija, una fíbula y la estela funeraria con la inscripción MORBOS, que ya hemos reseñado. En las paredes de una galería antigua advirtió señales de la herramienta con que se la había alisado y en otra, entibaciones (340). En una de estas

galerías se encontró un tornillo de Arquímedes y lo instalaron en un pequeño museo, que se perdió hace unos años en un incendio.

**El garum de Villaricos.**— Con la minera, a cierta distancia, la otra industria que dio vida a los pueblos del litoral almeriense fue la de las salazones de pescado, que puso de moda el garum en los pueblos ribereños del Mediterráneo. Fue un arbitrio acertado para revalorizar la riqueza pesquera de las costas del Sur y Sudeste, comparable —según Estrabón— con la riqueza agrícola y ganadera del valle del Guadalquivir (341). Favoreció la instalación y desarrollo de los talleres de salazones la abundancia de sal procedente de las salinas abiertas en la costa, como la de los Cerrillos en el Campo de Dalias, y del yacimiento de sal fósil de Ege-  
lasta, localizado en el hinterland de Cartagena.

Entre las salazones ocupaba un lugar preferente el garum, del que hay referencias literarias desde Esquilo, siglo V a. C., hasta el siglo VIII d. C. (342). Fueron los griegos del Mar Negro y del Helesponto los que lo inventaron y organizaron con un comercio muy lucrativo. A nuestras costas llegó la receta de su fabricación o por medio de los foceos instalados en Molybdana (Villaricos) o de los navegantes de la Abdera griega que la comunicaron a la filial española —nuestra Abdera—, y unos u otros, a los púnicos de los demás establecimientos costeros (343).

De Cádiz a Alicante se sucedían las pesquerías y las factorías dedicadas a las salazones. Siret descubrió y describe la de Villaricos. Se trataba de espacios en la misma orilla de la mar, en los que se situaban en hileras separadas por pasillos que facilitaban el trabajo, depósitos de tres metros de largo por dos de ancho, abiertos en el terreno y revestidos de mampostería enlucida con un cemento impermeabilizante, con los ángulos redondeados y agujeros de desagüe (344). Esta factoría, con las demás del litoral de Baria-Palos, debió ser de las famosas y productivas por la calidad del garum que en ellas se fabricaba. «Actualmente —dice Plinio cuando la producción estaba en su apogeo— el mejor se obtiene del pez escombro (la caballa) en las pesquerías de Carthago Spartaria. Se le conoce con el nombre de (**garum**) **socciorium**. Dos congios (el congio equivale a 3,25 litros) no se pagan con menos de mil monedas de plata. A excepción de los ungüentos, no hay licor alguno que se pague tan caro, dando su nobleza a los lugares de donde viene» (345). A este garum se le llamaba «de los socios», porque, cuando los romanos ocuparon el Sudeste, crearon para explotar el monopolio de la sal creado por los bárquidas una sociedad, que tenía también el monopolio de la pesca del escombro y de la fabricación del garum (346). El texto de Plinio nos descubre la otra riqueza del litoral de Vera-Cartagena —la caballa y el garum—, este desconocido hoy y aquella, menospreciada, y sin embargo se mantuvieron durante más de mil años a la cabeza de los productos de lujo y dando fama a los lugares donde se fabricaba.

¿Qué era el garum para ocupar en las ciudades ribereñas del Mediterráneo durante tantos siglos, un lugar tan destacado entre los manjares considerados exquisitos que llegó a alcanzar un precio tan exagerado como el de 150 monedas de plata el litro? Para algunos autores antiguos era algo repugnante. Manilio lo compara a la sangre corrompida. Séneca lo llama alimento contra natura. Plinio dice que era una putrefacción de los intestinos del pescado (347). Parece imposible, teniendo en cuenta que su consumo, como si fuera caviar rojo, perdura en Turquía.

García y Bellido dice que era una salsa que se tomaba con otros manjares y mezclada con vino, vinagre, aceite e incluso agua. Cita la receta de Marcial que mezclaba con él yema de huevo. Supone que se hacía con los intestinos, hipogastrios, gargantas y fauces de los pescados, y a veces pescados pequeños, que, depositados en salmuera en las pilas, se dejaban al sol durante dos meses (348). Las recetas, pues había varias clases, nos las han conser-

vado los Geoponiques. Se ponen en un recipiente las vísceras de los pescados con sal suficiente, se les añaden pescados pequeños diversos (morralla), anchoas y todo lo que parezca delicado, todo bien salado, se le deja secar al sol moviéndolo con frecuencia; una vez seco, se toma una cesta cerrada y se mete en la vasija en que están los pescados en salmuera, ésta entra en la cesta y de la masa se desprende un líquido que es el garum o licor. El mejor es el que llamaban garum de sangre, hecho con las vísceras, branquias, suero y sangre del atún, todo mezclado con sal en proporción y secado al sol durante dos meses o más (349). Se trata de una autodigestión del pescado —explica Renard— por las diastasas de su propio tubo digestivo en presencia de un antiséptico, la sal, que impide la putrefacción; a esta autólisis se añade una cierta fermentación microbiana, que provoca una maduración de la masa parecida a la que provoca la fermentación de los quesos. No es cierto que fuera una putrefacción del pescado, como dice Plinio (350).

La elaboración del garum promovió una industria alfarera que proveía de las vasijas para envasado. En tierra de Vera, que es tierra de alfares, testigos de esta industria subsidiaria pudieran ser los fragmentos cerámicos con marcas de alfareros, relacionados por Cala y Flores (351). No tengo noticias de que en nuestra costa haya aparecido algún pecio con vasijas de garum. En la del Campo de Dalías se relacionan dos, situados en Punta Entina y Roquetas. Las vasijas llevan marcas como estas: G F, garum flos (garum escogido). GS, garum scombri (garum de caballa). Liq. Flos, liquamina flos (garum selecto) (352).

**Otras facetas de la economía.**— Nuestra tierra, rica en minerales y con litoral colmado de peces, las dos columnas de su economía antigua, con tierras fértiles en torno al último tramo del Almanzora y en las hoyas que se cobijan en los cursos intermitentes de los ríos Aguas, Antas, y junto a alguna fuente, no pudo desarrollar una agricultura pujante por falta de agua en abundancia. Formaba parte del Campo Spartario. La producción de cereales de secano, especialmente cebada, debía ser considerable, como ocurre hoy, en los años en que lloviera algo. Dice Tito Livio que cuando Escipión conquistó Cartagena, primavera del 209 a. C., encontró almacenados 40 mil modios de trigo y 270 mil de cebada (353). Debía estar recién cogida, pues dice Plinio que la cebada «más productiva es la recogida en Cartago de Hispania en el mes de abril...» (354). Plinio nos ha conservado algunas noticias relacionadas con el cultivo de los cereales. «Los españoles inventaron el cedazo y el tamiz de lino» (355). «El modo más práctico es el de conservarlos en hoyos, a los que llaman silos en Capadocia, Tracia, Hispania y Africa; ante todo se cavan en terreno seco, luego se hace un lecho de paja, en otros casos se mete el grano con su espiga. De este modo, no entrando aire, es seguro que no habrá tampoco lugar a daño alguno. Varron dice que el trigo guardado de esta guisa dura cincuenta años y el mijo, ciento...» (356).

En esta zona de Cartagena se daban bien las trufas, las alcachofas y las flores. «Es verdad —dice Plinio— que la alcachofa de Cartago, y sobre todo la de Córdoba, produce seis mil sestercios» (357). «En Carthago de Hispania hay (rosas) tempranas de invierno» (358). «Las rosas —dice Plinio—, los girasoles blancos, los espárragos y otras plantas semejantes sólo dejan de producirse tres meses al año» (359). Habría que buscar estos huertos en las márgenes del Bajo Almanzora.

En cuanto al aspecto social y económico de los cultivos, se puede afirmar que existía la propiedad particular, pequeña y grande, y la estatal y comunal, ésta era consecuencia de las guerras de conquista, de expropiaciones como represalias del ocupante y de donaciones a la comunidad municipal para un fin determinado. Cicerón menciona venta de haciendas estatales en los alrededores de Cartagena en el año 63 a. C. (360). La base de la vida económica la constituían los fundos o villas, explotaciones agrícolas con tierras de labor, viñedos, pastos

y monte; producían todo lo necesario en economía cerrada: cereales, vino, aceite y ganado, y los que estaban cerca de la costa tenían taller de salazones (361). Los topónimos en —ena nos descubren algunas en nuestra tierra, de las que se han excavado una en el Roceipón. Estas villas comienzan a establecerse en el siglo I d. C. y alcanzan su apogeo en el IV. Cuando la mano de obra esclava comenzó a escasear, se contrató mano de obra libre. Los jornaleros agrícolas, pastores y arrieros ganaban 25 denarios al día y la comida (362).

La otra fuente de riqueza era la ganadería, de cuyas vicisitudes apenas sabemos nada. Varrón advierte que los turdulos y los bastitanos no eran idóneos para criar ganado (363). Esto parece estar en contradicción con lo que dice Estrabón de la Trudetania, en la que «la abundancia de ganado de toda especie es allí enorme» (364). Pericot asegura que en el Sur, «con el pueblo de Almería, aparecería el cerdo de tipo ibérico» (365).

A principio del último milenio anterior a nuestra era, vencida la crisis provocada en el Mediterráneo oriental por la irrupción de los pueblos del Mar, los tirios volvieron a recorrer los caminos de la mar hacia Occidente y ampliaron la red comercial que había estado antes en manos de sus antepasados los sidonios. Sus naves —supone García y Bellido— llevaban toda clase de mercancías, desde vasos de bronce hasta cereales. Los productos manufacturados eran unas veces auténticos y otras, imitaciones. Es la época en que Homero los presenta como dueños del tráfico marítimo y del comercio (366). Emulos suyos son los griegos, que acaban desplazándolos, y, por último, los romanos. Blázquez estima que el comercio marítimo exterior e interprovincial fue la base de la prosperidad del Imperio. Progresó continuamente a partir de la época de Augusto, cuando la libertad fue absoluta. Era un vehículo de romanización al penetrar con sus productos las modas, las formas de vida y los cambios de mentalidad» (367).

«De la Tourdetania —dice Estrabón— se exporta trigo, mucho vino y aceite; éste, además, no solo en cantidad sino de calidad insuperable. Expórtase también cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio mejor que el de la tierra sinóptica» (368). Los productos exportables de nuestra tierra eran el garum, el esparto y las alcachofas, la plata y el plomo. Este era utilizado en el Sur de Italia para fabricar el cobre campanio, famoso por su color. La noticia y la fórmula la tenemos en Plinio. «Y al final se le añade por cada cien libras diez de plomo argentífero de Hispania; por este medio se hace más dúctil y toma ese color agradable que el aceite y el sol (o la sal) dan a las otras especies» (368b).

Una red de rutas marítimas enlazaba las costas italianas con las del Levante y Sudeste españoles, unidos por tierra hasta el Estrecho y los Pirineos por la utilísima Vía Augusta. Estrabón pondera la grandeza de las naves que hacían la travesía desde nuestros puertos —no olvidemos que Cartagena era el primer puerto español— al de Ostia, puerto de Roma, y al de Puteoli, en los que cargaban para la vuelta manufacturas y vinos (369). Los viajes solían durar cuatro días desde los puertos de Levante y siete desde los del Sur (370). De estos navíos, que de la primavera al otoño servían las líneas comerciales de un modo regular, dice Estrabón que se construía en nuestros puertos «con maderas del país». Junto a Cartagena montaron los cartagineses unos astilleros. «La excelencia de las exportaciones de la Tourdetania manifiéstase en el gran número y el gran tamaño de las naves; los mayores navíos de carga que arriban a Dikaiarcheia (Puteoli, cerca de Nápoles) y a Ostia, puerto de Roma, proceden de aquí y su número es casi igual al que viene de Libye» (371).

El uso de la moneda no se generaliza en España hasta el siglo I a. C. Esto en la Bética, el Sudeste y Levante. En el interior —advierte Estrabón— «en lugar de las monedas practican el intercambio en especie o dan pequeñas láminas de plata recortadas». En las regiones indicadas circulaban monedas fenicias, griegas e ibéricas, acuñadas in situ. Roma encontró que muchas ciudades acuñaban moneda y no suprimió de golpe tales acuñaciones sino que las

adaptó al peso del denario y del as romano, y acuñó monedas de plata y bronce según su metrología (372).

Entre los años 460 y 413 a. C. se acuña en Ampuras la primera moneda hispana, en trihemíobolos griegos, y se siguen acuñando hasta el 250 a. C. Del 238 al 206 se acuña en Cartagena y otras ciudades de su entorno moneda hispano-cartaginesa «nacional»: siclos y minas. A partir del 133 a. C. los romanos acuñan monedas de bronce con leyendas ibéricas y desde el 101, denarios con jinetes ibéricos (373). Las «nacionales» cartaginesas son de plata, de buen módulo y arte; su unidad es el siclo que pesaba 14,13 gramos y su múltiplo, la mina, equivalente a 25 siclos. No llevaban inscripciones. Se acuñaban principalmente en Cartagena. Gil Farrés supone que se pudieron labrar también en Abdera y Baria (374). Gómez Moreno y García y Bellido creen que las encontradas, en cantidad, en la necrópolis de Villaricos, se acuñaron allí, en la Baria cartaginesa, pero esto no se puede confirmar porque carecen de epígrafe. Son de bronce, todas iguales; sus motivos son una cabeza de mujer y una palmera (375).

Unas monedas parecen tener relación con Tanusia, población ibérica que algunos autores localizan en el Bajo Almanzora, como hemos dicho en otro lugar. Son de bronce, grandes. En el anverso presentan una cabeza varonil mirando a la derecha y detrás dos letras ibéricas que componen las iniciales TAM de Tamusiens, y en el reverso, un navío con timonel y remos y encima la palabra TAMVSIENS en caracteres latinos. La citan Hübner, Vives y Gómez Moreno (376). Se acuña entre los años 46 y 42 a. C. En otro as aparece la palabra SAMVSIENS (377). La descripción de Gil Farrés es más detallada que la de Gómez Moreno. En el anverso de una ve una cabeza varonil con un delfín delante y otro detrás y en caracteres ibéricos las letras, leídas, TA-S, y en el reverso una nave con remeros y la leyenda TAMVSIENS. En el anverso de la otra, una cabeza varonil con un delfín delante y la letra S detrás, y en el reverso, una nave con remeros y la leyenda SAMVSIENS (378). El problema es: ¿se pueden reducir los tres topónimos —Tamusia, Tamusiens y Samusiens— a la misma localidad? Queda sin resolver. Hallazgos de monedas romanas se han producido y se producen. Siret encontró unas cuantas del año 100 c. C. en una cisterna del poblado argárico de El Oficio, lo que quiere decir que se siguió utilizando hasta esa fecha al menos (379).

**Topónimos antiguos.**— Con las inscripciones, la otra fuente que nos suministra datos para conocer las lenguas que se hablaban en nuestra tierra durante el último milenio anterior a nuestra era la constituyen los topónimos, respecto de los cuales hemos de tener en cuenta —advierte Tovar— que a cada región corresponden los suyos propios, difícilmente relacionables con los de las otras regiones, si no es por un parentesco muy remoto, traído de un lejano origen común, pues en la España de este milenio a las diferencias geográficas corresponden diferencias lingüísticas y técnicas. Las primeras se atenúan conforme avanza la romanización (380). Algunos topónimos prerromanos prevalecieron, otros fueron adaptados a la lengua que se había impuesto y otros desaparecieron para dejar paso a los nuevos.

Los pobladores del Sudeste al llegar los colonizadores históricos pervivieron en sus descendientes, que perdieron el sentido de muchos nombres de lugar impuestos por sus antepasados, de otros lo conservaron y lo transmitieron al nuevo nombre. Es la tesis de Menéndez Pidal (381), que en otro lugar dice de estas joyas que «son viva voz de aquellos pueblos desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y que por tradición ininterrumpida llega a nuestros oídos en la pronunciación de los que siguen habitando el mismo lugar, adheridos al mismo terruño de sus antepasados» (382). Hemos de conservar estas joyas, defendiéndolas de sus enemigos que son las corruptelas vulgares y los eruditos hueros. Ejemplos de las primeras subraya Martínez Santa-Olalla las siguientes: Argar por Algar, Gatas por Gátar, Pernerar por Pedernerar, Garcel por Aljoroque (383). Del segundo, Almicar (al-Micar),

que hasta principio del presente siglo se conservó como hemos transcrito, según el mapa de Coello, y después lo han rehecho en Amilcar, para pasarlo como una huella del general gartaginés en nuestra costa.

No quedan reliquias de la lengua preibérica que se hablaba en la tierra de Vera. Si acaso **Antas** pudiera ser un topónimo del III milenio a. C., pues Siret advierte que es el nombre con que se designan los monumentos megalíticos portugueses, con los que están estrechamente relacionados los de nuestra tierra, sin importar ahora si el nombre viajó con la arquitectura megalítica de Los Millares y Almizaraque de aquí a Portugal o vino de allí (384). Más dudoso es el origen del topónimo **La Pernerá**, que, según Siret, significa sílex y sería para los neolíticos **La Pedernera** o **lugar de pedernales** (385).

¿Qué significa **Vera**, que nos viene de **Baria** a través de la adaptación fonética árabe **Baira**? Cuando después de la Reconquista los eruditos se encaran con este topónimo, sus reacciones son muy distintas. A Anglería le despreocupa el problema de si la Vera del cerro del Espíritu Santo es Baria o no. «Yo llamaré Vera a la que traemos entre manos y los que quieran que la llamen Varia» (386). Covarrubias, refiriéndose a la Vera de Plasencia, explica su significado de «tierra temprana que antes que las demás da fruto» (387), lo que también conviene a la nuestra por su clima. Es cierto que Vera nos viene de Baria a través de Baira. Baria se alza como un enigma. Ya lo es en cuanto a su origen: ¿fenicio o cartaginés? Humboldt, consecuente con su tesis sobre la identidad de las lenguas ibera y vasca, dice que Baria o Barea pudiera derivarse de **barruan** que significa **dentro** (388). Hoy no se admite tal identidad. Pero, ¿fue Baria o Barea el nombre de la población púnica establecida en Villaricos? ¿No perdería el nombre púnico cuando los soldados de Escipión el Africano la tomaron por asalto? ¿No tomaría el nombre de Baria o Barea, con que la cifan Cicerón, Ptolomeo y Plinio, cuando renació hispanorromana de las cenizas púnicas? En tal caso Baria o Barea pudo ser la villa de un **Barius**, uno de los italianos que vinieron entonces a dirigir la explotación de las minas de plata del Cabezo de las Herrerías (389). Sabemos que estos suritálicos dieron su nombre a muchos establecimientos del Levante y del Sudeste español. Es un fenómeno espontáneo —advierte Menéndez Pidal— que es preciso observar con atención en la España romanizada (390).

Latinos parecen ser los nombres antiguos que suelen asignarse al río Almanzora, **Samus** (391) y **Subur** (392), aunque este último se localiza, con dudas, en Cataluña, pero García Asensio lo identifica con nuestro río (393).

Existe una serie de nombres de lugar, muchos vivos aún, sumamente interesantes porque nos descubren el origen de la población que designan. Son los terminados en -ena y sus variantes. Dicen que pasan el centenar los inventariados en España. Yo he contado en tierras almerienses más de tres docenas, de los que siete corresponden a la tierra de Vera. Menéndez Pidal dice que tal abundancia se debe a que el Sur y el Sudeste fueron las regiones más romanizadas y en ellas los pueblos ibéricos —edetanos, bastetanos, turdetanos—, los más apegados a este sufijo (394).

En el origen de este modo de sufijar parece que hay un trasfondo camítico común a las lenguas mediterráneas. Tovar se fija en que de los elementos ibéricos, la terminación -en aparecen en la inscripción del plomo de Gádor, reliquia no descifrada de la lengua hablada en nuestro país. «Es tentador pensar que este elemento (explicable en camítico, vasco y celta, y existente en ibérico también) ocupa todo el mediodía de la Península, pero aún admitiendo la identidad del mismo, lo que no se impone con evidencia, parece que es una coincidencia única, frente a la diversidad que se acusa en las inscripciones que ahora leemos por primera vez con Gómez-Moreno» (395). Menéndez Pidal afirma que este sufijo aparece en la Iberia antigua con usos análogos a los que tiene en Italia, es decir, forma topónimos, gentilicios y andrónimos. Designa ciudades como la Massiena de la Ora Marítima, forma gentilicios como massieni y nombres personales no latinos: Vetellenus, Noremus (396).

Estos topónimos se formaron de nombres personales o de apelativos, y sirvieron para designar villas o haciendas (397). Las poblaciones que hoy los llevan los deben al nombre del antiguo señor o propietario del lugar, al que hay que considerar como su fundador. Muchos son prerromanos, otros se desarrollan y tienen su apogeo en la época imperial, todos perderán, por lo menos, hasta la etapa visigoda (398). Algunas de aquellas villas o haciendas se transformaron en poblaciones, como Purchena, otras acabaron despobladas después de sufrir diversas vicisitudes, como Xiquena.

Pasamos a relacionar los siete de la tierra de Vera. **Lubrín** pudo ser en sus comienzos la villa de un **Lupulinius**, deducción a que llega Pabón después de contemplar varias transformaciones, y, como le hace dudar la forma **Lubrer** con que se le conocía en la Baja Edad Media, piensa que bien pudo ser antes **Lumbrera** (399). **Serena** es, desde el 1570, un despoblado en el término de Bédar (400); Schuice lo cree derivado de un **Serius** (401). **Cabuzana**, cortijada de Vera, sería la villa de un **Cabutius** (402). **Morjana**, topónimo atestiguado en el Apeo de Antas (403), puede ser lo mismo que Morgana, del término de Murtas (Granada), un derivado del cognomen **Mansicus** (404). **Macenas**, cortijada del término de Mojácar a la orilla del mar, con una atalaya del siglo XVIII, topónimo que se repite en Beas de Segura (Jaén) y en Lebrija (Sevilla), puede venir de un **Matius**, como Machenas (Alicante) y Matiena (Vizcaya) (405). **Zurgena**, de cuyas formas antiguas —Surgena y Sugena— parte Pabón para sugerir que pudo ser la villa de un **Suricius**, una villa Suricana o Surgana, y de esta forma pasar al hispanomusulmán Surgena (406). Pabón considera de origen latino el nombre de **Garrucha**, cree que es la forma insufijada de la sufijada Garruchena, topónimo que se da en la provincia de Huelva; en tal caso pudo ser en su origen la villa agrícola con almadraba y taller de salazones fundada por un **Garrucius** (407). No se puede fijar un origen cierto a este topónimo porque en el siglo XVI sólo había en su solar una pesquería y una torre que servía de atalaya a los guardias de la costa y de refugio a los pescadores en casos de emergencia, y la llamaban Torre de la Garrucha, bien por la que servía para sacar agua del pozo de que se surtían guardas y pescadores, bien por los algarrobos que había en su contorno, convirtiéndose la Garrofera o La Garrofa en la Garrucha con el tiempo.

No son muchos los nombres antiguos que quedan en uso en la tierra de Vera. La ocupación árabe, hispanomusulmana, debió cambiar muchos nombres de lugar y la castellana impuso nuevos.

**Religiones precristianas.**— Un motivo poderoso debió impulsar a los misioneros cristianos que conocemos con el nombre de Varones Apostólicos a venir al Sudeste y establecerse en sus principales poblaciones. No fue otro, a mi parecer, que ser ésta la zona más frecuentada por mercaderes y soldados en tránsito entre nuestras costas y las del enfrente africano, desde el lejano Oriente al Estrecho de Gibraltar y, por lo tanto, las más abiertas a todas las influencias, de manera especial a las religiosas. Las factorías mineras y pesqueras fijaban en nuestra tierra una población flotante de financieros, promotores y mercaderes, que las financiaban y dirigían, y una población permanente de trabajadores libres y esclavos. Tal movimiento, intermitente según los tiempos, tenía una tradición de milenios, se remontaba a la llegada de los primeros metalúrgicos del Eneolítico, cuando menos, con sus dioses y amuletos, con sus creencias y ritos funerarios, que la vida y la muerte con todos sus problemas estaban entonces, y lo están hoy con diverso signo, sumergidas en las creencias y prácticas religiosas.

Desde el Neolítico, aventureros, colonos y traficantes penetran en nuestra tierra con sus dioses por delante. La aceptación de tales divinidades exóticas por los indígenas constituía la base de entendimiento en que se asentaban las demás relaciones. Fenicios, griegos, cartagineses y romanos encuentran unos nativos acogedores, abiertos, dispuestos a colaborar, a

dejarse adoctrinar, a aceptar modas y modos de saciar sus inquietudes religiosas sin olvidar el trasfondo de sus creencias ancestrales, tratando de acomodarlas por mimetismo a las forasteras, cuyo éxito depende, más que de la permeabilidad de los nativos, que parece probada, del tacto proselisista de los colonizadores. Sobre el substrato religioso indígena, las religiones célticas, africanas, mediterráneas y orientales formaron un panteón politeísta, facilitado por el extraordinario sincretismo a que se había llegado.

Argumento de que el trasfondo religioso ancestral sigue vivo y operante son las figuras naturalistas y esquematizadas, que decoran algunos cascarones de huevos de avestruz encontrados en la necrópolis ibérico-púnica de Villaricos, que remanecen sin duda de las pinturas naturalistas y esquemáticas, de carácter religioso, de los abrigos rocosos de Lubrín y Los Vélez. «Son testigos —dice Mirian Astruc— de las preocupaciones espirituales y nos demuestran la riqueza de un repertorio artístico consagrado a usos religiosos» (408). Los iberos que conviven en Villaricos con los fenicios y los cartagineses, adoptan el uso de los cascarones de huevos de avestruz en sus ritos funerarios, pero los decoran con las mismas figuras naturalistas y los mismos signos esquematizados, que pintaban más de mil años antes en los abrigos rocosos de sus sierras.

El culto de la Diosa-Madre, que vino de Oriente al comenzar el Neolítico, fue evolucionando en los distintos países circunmediterráneos e identificándose su titular con las diosas locales. Por eso, cuando los fenicios y los griegos llegaron a nuestra costa, no les fue difícil acomodar los cultos indígenas de la fecundidad a los de sus Tanit, Astarté y Artemis, divinidades de las que han quedado recuerdos en nuestra tierra (409). Estos cultos se sustentaban en todas partes de las mismas inquietudes y necesidades básicas: la supervivencia y la muerte.

No ya en una región determinada como la del Sudeste, sino en toda la Península, es difícil identificar las divinidades indígenas con las importadas, pues éstas, sobre todo durante la romanización, acabaron borrando aquellas. Las fuentes epigráficas nos han transmitido los nombres de casi doscientas deidades indígenas, de las que las fuentes escritas sólo enumeran seis (410). El panteón hispano es una mezcla de politeísmo y animismo (411). De sus divinidades algunas siguen relacionadas con la fecundidad (412). Hay dioses protectores de los animales más útiles, como el conocido como el «domador de caballos» de Villaricos, dioses de la salud como el Esculapio que se veneraba en Cartagena y dioses protectores de los viajeros cuyos signos se grababan en las peñas de las encrucijadas, de lo que pueden ser una reliquia las piedras grabadas de Tahal (413).

En la España ibérica la escasez de referencias a las divinidades indígenas se debe a la rápida asimilación de las de origen púnico y romano que se impusieron. El ibero era hombre de vida espiritual intensa que manifiesta en las representaciones de animales fantásticos y genios en la escultura y en la cerámica. Esto puede ser fruto de la amalgama de ideas aportadas por los pueblos que los formaron écticamente: totemismo y magia de los neolíticos, cultos astrales y de la fecundidad de los eneolíticos, ritos cretenses del toro traídos por los argáricos, ritos célticos de incineración (414). Solamente en el sudeste se han encontrado unos lugares destinados al culto con características especiales: los llamados santuarios ibéricos. El trasfondo milenarista de estos santuarios habría que buscarlo en los abrigos rocosos en que se representan figuras de hombres y animales con intención religiosa. De estos santuarios, el más próximo a nuestra tierra es el de El Cigarralejo (Mula). Parece dedicado a una divinidad protectora de los caballos, parodia de la diosa de la fecundidad venerada por los iberos en Levante.

En Villaricos es probable la existencia de otro santuario dedicado a Epona, diosa céltica, madre de la fecundidad y la abundancia, otorgadora de la salud y protectora de los muertos, cuya misión especial era proteger a los caballos. La existencia de este santuario estaría abonada por los tres ejemplares del «domador de caballos» encontrados aquí y descritos anterior-

mente. Estos relieves ofrecen la versión ibérica de un dios vinculado a los caballos, documentado en toda el área mediterránea (415). Benoit sostiene que a los relieves de Villaricos hay que buscarles un influjo helénico a través de Italia (416).

En la primera mitad del último milenio anterior a nuestra era echaron raíces mitos y cultos traídos por fenicios y griegos, reliquias de viejas noticias llevadas por los prospectores de metales de milenios anteriores. Ya hemos dicho que Polibio (417) refiere que el descubrimiento de los filones de plata en nuestra tierra se atribuía en su tiempo a un Aletes o Aletto, etrusco o ibero, divinizado. En esta noticia tenemos la radiografía de un mito. Tanto fenicios como griegos vinieron a nuestra tierra atraídos por la plata del Cabezo de las Herrerías, famosa en el Mediterráneo oriental desde mil años atrás. Es lógico que uno de los epicentros de su obsesión lo ocupara el afortunado descubridor del primer filón, cuyo nombre conservarían los indígenas por tradición oral. La fantasía griega lo transformó en mito y éste se alzó a la categoría de dios. El templo que, según Polibio, tenía en una de las colinas del entorno de Cartagena, bien pudo levantarse sobre el Cabezo de las Herrerías.

¿Qué nos trajeron los fenicios en el campo religioso? Cuando Schulten visitó Villaricos en el 1932, dos años antes de que muriera Siret, al enterarse de que el año anterior se había descubierto en el paraje de los Conteros un templo dedicado a la diosa Tanit, lo relacionó con el de Afrodita que menciona Plutarco al tratar del asedio de Baria por Escipión (418). Cuadrado Ruiz, que debió conocer el hallazgo, dice que las ruinas aparecieron en la margen izquierda del Almanzora, frente a los Conteros, y que en ellas se recogieron 207 exvotos de barro cocido representando el busto de la diosa, algunos con inscripciones en caracteres púnicos (419). A este hallazgo parece referirse Belda, la referencia no es concreta pues sólo alude a la cueva de Almanzora y reduce los exvotos a cien (420). Pudiera referirse a otro hallazgo del que no queda ninguna otra noticia.

Entre las divinidades veneradas en los establecimientos fenicios del Sur y Sudeste hispanos se identifican Baal Hammón (Moloch); Melkart, el Hércules tirio; Eshmun, el Asklepiades fenicio; Ares, una especie de Hermes, y Tanit (421). El culto a Tanit en Villaricos, por el hallazgo de Siret, consta arqueológicamente. En las inscripciones púnicas se la llama «faz de Baal», el dios supremo de los fenicios. Era la diosa madre y de la fertilidad en Fenicia, Israel y en los establecimientos púnicos de nuestras costas, y acabó siendo la «diosa del Oeste». Astarte-Ashtoret-Tanit son las identidades entre los fenicios (422). Tanit-Deméter-Flora-Ceres-Kora son las identidades en Occidente. Tanit-Ceres llevaba en la cabeza un kalathos o diadema troncocónica del que se destacan dos espigas y como pendientes, sendos racimos de cinco uvas. Tanit-Flora se representa como la anterior, sustituidos los frutos por rosetas (423). Su culto lo trajeron los mercenarios hispanos que habían combatido en Sicilia y alcanzó gran esplendor de Villaricos a Alicante.

La estatua sedente de alabastro, de 20 cm de altura, encontrada en la necrópolis ibérica de Tútugi (Galera) puede tener un paralelo con otra parecida, muy deteriorada, encontrada en Villaricos. Se la identifica con Astarte. Su culto comienza en los siglos VII-VI a. C. y perdura hasta la época de Diocleciano (424). Según Harden, en un determinado momento de la ceremonia cultural manaba de los pechos, liquidada la cera o sustancia fusible con que estaban obturados, un líquido que caía al cuenco que sostiene en el halda (425).

Los romanos respetaron las creencias de los pueblos que sometieron, porque las religiones prerromanas no solían ofrecer serios contenidos de reivindicaciones sociales que dificultasen su dominio (426). En España la casi totalidad de los cultos indígenas se identificaron con los impuestos por los nuevos dueños hasta desaparecer, quedando solamente algunos —el de la Dea Coeleste identificada con la Tanit púnica— que tenían sus adeptos entre las clases más bajas: esclavos, libertos y plebeyos (427).

El culto al emperador, extendido rápidamente a todo el imperio, tuvo probablemente origen en la devotio hispana, una de las costumbres ibéricas asimiladas por los romanos, contrapartida de la romanización a la vez que elemento activo de la misma. La tradición ibérica de la devotio se invocó en Roma el año 27 a. C., el mismo día en que Octavio recibió el título de Augusto. La más temprana manifestación del culto al emperador data del año 25 a. C. Hacia el año 15 a. C. Augusto tenía altares en varias ciudades españolas. El gobierno de Tiberio, años 14-37 d. C., marca la etapa decisiva de su establecimiento, aceptado espontáneamente por todas las clases sociales. En España se le añade una especie de teología y la veneración de las virtudes imperiales —Aeternitas, pietas, Salus y Providencia—. Llegó a su mayor florecimiento con los Antoninos (428). En Villaricos testimonia la vigencia del culto al emperador en la primera mitad del siglo III, cuando ya comenzaba a declinar, la inscripción votiva de los barienses a Felipe el Arabe, de que ya hemos hablado.

## V. IGLESIA Y ESTADO

**La Iglesia en Villaricos.**— La predicación del Evangelio comenzó en las regiones más romanizadas: Levante, Sudeste, la Bética. Acerca de esto no parece haber dudas. Los problemas se presentan en torno a la cronología de la predicación y a la identidad de los predicadores. De la vida cristiana en España durante los tres primeros siglos de nuestra era no tenemos noticias arqueológicas y las literarias son tan escasas que apenas nos descubren algo con certeza. La primera noticia literaria de la existencia del cristianismo en tierra de Vera es de comienzos del siglo IV y los rastros arqueológicos son del siglo VI. ¿Se debe esta carencia a que el Evangelio se predicó tarde en España o a que las persecuciones de la época de Diocleciano barrieron las huellas cristianas anteriores? Esto último parece que fue lo más probable en el Sudeste. Sea cual fuere la causa, quedó un ancho vacío de información sobre materia tan importante, que acudieron a llenar durante los siglos XVI y XVII falsarios desbocados con Román de la Higuera a la cabeza o historiadores crédulos como Argaiz o eruditos imprevisibles como Orbaneja. No escapó Vera a los falsarios, que trataron de manchar una devoción tan clara en su origen como es la de su patrono san Cleofás. Sabido es y está perfectamente documentado que el patronazgo de san Cleofás se debe a que el día del asedio de Vera por Aben Humeya, 25 de septiembre de 1569, la Iglesia celebra la fiesta de este santo; reconocida la ciudad a verse libre del asedio, lo atribuyó a la protección del santo del día e hizo voto de festejarlo en recuerdo de aquel hecho, conmemoración que se convirtió en patronazgo (429). Un siglo después, los falsarios adornaron este patronazgo, propalando que se debía a que fue san Cleofás el que predicó en Vera el Evangelio, adorno que más bien le perjudica.

En cuanto a la cronología, hay que tener en cuenta que no se trata de dilucidar cuándo el cristianismo se difunde y llega a todas las regiones de España, sino de averiguar cuándo comienza la predicación del Evangelio en el Sudeste, que puede ser de origen apostólico. En cuanto a la identidad de los predicadores, últimamente prevalecía la tesis de su procedencia norteafricana y tardía, que el P. Sotomayor rechaza contundentemente (430).

La venida de Santiago, la predicación de san Pablo y de los Varones Apostólicos son muy controvertidas en lo que va de siglo. No se niega la posibilidad de que Santiago, san Pablo y los Varones Apostólicos predicaran el Evangelio en nuestra tierra. Se constata sencillamente que la primera noticia de la venida de Santiago es del siglo VI, la del culto de los Varones Apostólicos del VIII y es la primera noticia que se tiene de su existencia. Parece más cierta

la predicación de san Pablo, que él anuncia en su carta a los romanos escrita en Corinto el año 58 y parece confirmar el año 67, en vísperas de su muerte, en su carta a Timoteo (431). Y están los testimonios de san Clemente Romano, que trató al Apostol, y del Fragmento Muratoniano, que confirman, aunque vagamente, que el Evangelio se predicó en España en tiempo de los Apóstoles (432).

Entre los que admiten sin titubear la predicación de los Varones Apostólicos en el Sudeste y los que la rechazan hay una gama de opiniones. El italiano P. Savio relaciona la tradición de los Varones Apostólicos con la venida de san Pablo y supone que su misión desde Roma es consecuencia de la predicación del Apóstol en nuestra tierra (433). El P. García Villada admite la tradición como cierta y la relaciona con san Pedro y san Pablo (434). Vives admite en la leyenda un trasfondo de verdad y sigue en sus conclusiones a Delahaye (435), que sólo concede que los Varones Apostólicos pudieran ser los primeros obispos de algunas diócesis, las que se les adjudican en la tradición, que ciertamente son las más antiguas de Occidente (436). Palol llega al extremo de considerar esta tradición una congetura piadosa (437). Pérez de Urbel dice que para explicar cómo llegaron a Compostela los restos de Santiago, en tiempo de Alfonso III se hechó mano de esta leyenda, conocida desde antiguo (438). Díaz y Díaz defiende el origen africano de la Iglesia española y dice que en los siglos V y VI sintió necesidad de vincularse a Roma, lo que se concretó a fines del VIII, después del derrumbamiento producido por la invasión musulmana, que un mozárabe inventó la leyenda, imprecisa y oscura (439). Los críticos más radicales, Vives, ya citado, y Sotomayor, admiten en la leyenda algunos elementos reales: los nombres de los obispos y las sedes que les asigna (440).

En última instancia nos quedamos con las conclusiones de Delahaye, seguido por Vives y Sotomayor: los Varones Apostólicos existieron, en una fecha imprecisa predicaron el Evangelio en el Sudeste y fueron los primeros obispos de las sedes que se les asignan. Son las verdades esenciales con que se queda Sánchez Albornoz (441), confirmadas en los calendarios, martirologios y pasionarios. Lo que está plenamente demostrado es que los Varones Apostólicos no fueron mártires, no hay mención alguna de su martirio (442).

De las sedes fundadas por los Varones Apostólicos en tierras almerienses —Abula (Abla), Vergi (Berja) y Urci (Pechina)—, solamente ésta subsistió hasta bien entrada la dominación musulmana. Los obispos de las otras dos no figuran entre los que asistieron al concilio de Elvira (Granada). ¿Quedaron absorbidos por los obispados de Guadix y Granada? Este es el problema. Como también se plantea el de la extensión del obispado de Urci. ¿Llegó a englobar a la Baria de Villaricos? La ubicación de Urci está resuelta a favor de Pechina, aunque el P. García Villada la siga localizando en Villaricos.

Al concilio de Elvira, celebrado en los primeros años del siglo IV, asiste el presbítero Emerito en representación de la comunidad cristiana de Baria. Los que defienden el origen africano de la Iglesia española, dicen que la asistencia de presbíteros a los concilios era costumbre de la Iglesia norteafricana. Más bien parece que los 18 presbíteros que asisten al concilio de Elvira en representación de sus comunidades, lo hacen dada la importancia de las mismas. El concilio promulgó 81 cánones, orientados la mayor parte a conservar el fervor de la vida cristiana y evitar el homicidio, la idolatría, la fornicación y el adulterio (443), los tres grandes pecados condenados por la Didaché, Tertuliano y Orígenes.

Los rastros arqueológicos paleocristianos son ladrillos y cerámica fina estampada. Los ladrillos son cuadrados y están decorados con un tema circular en el centro. Siret encontró uno en Villaricos, con impresiones hechas con los dedos (444). En el mismo lugar, en el poblado visigodo, Siret encontró una serie de fragmentos de fondos de platos con decoración estampada. «Algunos de ellos (de los dibujos) son geométricos, pero muchos figuran escenas o símbolos cristianos». Estos símbolos son la cruz, el cordero místico, los tres jóvenes hebreos en

el horno. En uno se representa a un sacerdote alzando la cruz y haciendo el gesto de la oración, y a cada lado sendas cabezas debajo de un florón (445). Por comparación con otro fragmento cerámico, decorado con la figura del sacerdote orante, encontrado por Delattre en Cartago, deduce Siret que el encontrado por él en Villaricos procedía del mismo lugar. «Nuestros platos rojos fueron, por consiguiente, importados y probablemente fabricados en Cartago, donde esta clase de cerámica es abundante» (446). Efectivamente, al final del siglo III hubo en Cartago importantes talleres de cerámica estampada, que comenzaron a declinar a partir de la ocupación de aquella ciudad por los vándalos en el año 439 (447). Otros productos de los alfares norteafricanos son las lucernas, que por sus pastas, barnices y motivos decorativos —cruces y palomas— son de la familia de los platos. Siret encontró en Villarico tres fragmentos, de barro rojo, en uno de los cuales aparece un ángel con una cruz en la mano, en otro una cruz sola y en otro una cruz formando monograma con las letras griegas alfa y omega (448).

**Visigodos y bizantinos.**— La causa que facilitó a los bárbaros la conquista de España fue la misma que les abrió las puertas de las otras provincias del Imperio: impotencia para contener la avalancha, derivada en parte de la enajenación del apoyo del pueblo, que veía al Estado identificado con los grandes propietarios que lo explotaban, lo que provocó la ruina de la estructura política y social de la comunidad. Suponemos que en nuestra tierra, como en las otras tierras españolas, un terror visceral acogotó a las clases dirigentes, mientras una mezcla de alegría y temor recorría las capas inferiores de la sociedad.

Una secuencia de las invasiones es la siguiente: en el año 406 vándalos asdingos y silingos, alanos que procedían de la parte oriental de Germania y suevos que eran germánicos occidentales, cruzan el Rhin y penetran en la Galia. En el 408 según san Isidoro o en el 409 según Idacio pasan a España. En el 411 se reparten las tierras hispanas; los vándalos asdingos y los suevos ocupan Galicia, los vándalos silingos se apoderan de la Bética y los alanos se aposentan en la Lusitania y bajan a la Cartaginense. Son los primeros en llegar a nuestra tierra. En el 415 los visigodos pasan los Pirineos, luchando al servicio de los romanos. Se establecen en Barcelona, muere su rey Ataúlfo y eligen a Valia. En el 418 expulsan a los alanos de la Cartaginense y a los vándalos silingos de la Bética. En el 419 los vándalos de Gundérico ocupan a la Bética y dos años después derrotan a un ejército romano-godo. En el 426 se apoderan de Sevilla y Cartagena, del litoral meridional y levantino, desde el que hacen expediciones a la Mauritania y las Baleares. En el 429 pasan a Africa y son los suevos los que ocupan Cartagena. En el 456 son derrotados por los visigodos, que del 484 al 597 aseguran en su poder la Cartaginense, la Bética y la Lusitania (449).

Mediado el siglo VI, los bizantinos ocupan la mayor parte de la Bética y todo el Sudeste y permanecen aquí setenta años. Ya en el 534 habían ocupado Ceuta y en el 548 luchan contra los ostrogodos. La Bética y el Sudeste, romanizados y cristianizados antes y más profundamente que las demás regiones españolas, se mantuvieron independientes. Agila les hizo la guerra y fue derrotado cerca de Córdoba. Su hostil actitud contra los católicos favoreció a Atanagildo, elegido en el 551 contra Agila. Atanagildo pidió ayuda al emperador Justiniano, que le envió tropas al mando de Liberio. Este derrotó en Sevilla a Agila, que pocos después fue asesinado por su partidario en Mérida, y ocupó Andalucía y el Sudeste. Cuando Atanagildo se vio seguro en el trono, se volvió contra los bizantinos y consiguió arrebatarles Sevilla (450). Los bizantinos ocuparon la costa desde la desembocadura del Guadalquivir a la del Júcar, con penetraciones más o menos profundas en el interior: Guadix, Baza, Baeza, Cehegín, Elche, Montealegre (451). Que la poderosa familia de san Leandro y san Isidoro abandonasen sus posesiones de Cartagena y se trasladase a Sevilla, y que Sevilla y Córdoba, a pesar de

su rebeldía, no buscasen la ayuda bizantina, hace pensar que la aristocracia andaluza no fue favorable a la ocupación bizantina (452).

Los bizantinos pusieron el gobierno, primero en Córdoba, del 567 al 572 y del 579 al 584, después lo trasladaron a Cartagena donde estuvo hasta el final de la ocupación. En las setenta años de ocupación se sucedieron cinco o seis gobernadores, con atribuciones militares y civiles, tenían el título de patricius y, como podían ser magistri militum, se les calificaba de gloriosi (453). De estos gobernadores conocemos tres: el itálico Liberio que mandó las tropas de ocupación, Comenciolo que mandó fortificar Cartagena y las demás poblaciones de la costa, y Cesario que gobernó del 599 al 611 (454).

En el 570 Leovigildo dirige la primera campaña contra los bizantinos, entra por la Bastetania y recupera Málaga. En el 571 conquista Medina Sidonia y en el 572, Córdoba y su región. Del 579 al 585 Hermenegildo, apoyado por los bizantinos, se rebela contra su padre y se sostiene en Sevilla y Córdoba. En el 586 muere Leovigildo y en el 587 Recaredo abjura el arrianismo y pasa a la religión católica. En el 589 Iliberri (Granada) queda libre de bizantinos. Entre este años y el 610 los campos de Acci (Guadix) y Basti (Baza) son escenario de las luchas entre visigodos y bizantinos. Entre el 612 y el 621 los bizantinos abandonan la Bética y el Sudeste y quedan arrinconados en el Algarve, de donde los expulsa Suintila (455).

Los visigodos devastaron las poblaciones ocupadas por los bizantinos. De las construcciones de Cartagena solamente quedó una inscripción (456). Esto explica las pocas reliquias que han quedado de aquellos años. En Abia se encontró un fragmento de lápida con una inscripción. Siret atribuye a los visigodos un grupo de sepulturas de la necrópolis de Villaricos y otro de Almizaraque. Son sepulturas alargadas y estrechas que contenían uno o dos cadáveres tendidos, en algunas aparecen los huesos amontonados, con un ajuar de pendientes y brazaletes de latón y de plata (457).

El cabezo de Montroy (Villaricos) estaba ocupado, cuando lo exploró Siret, por las ruinas de unas construcciones árabes situadas en la cima y lo restante por ruinas de construcciones visigodas y bizantinas. «Las casas —dice— están parcialmente recortadas en el terreno de pizarra floja, y completadas con muros toscos de piedra y barro; alguna tiene suelo de hormigón y enlucido de yeso en las paredes. El piso está cubierto de escombros que proceden de la destrucción de las paredes y del techo, y alcanzan a veces más de 3 metros de espesor. Sobre las crestas que limitan la población por los lados Este, Norte y Oeste, corre una muralla contra la cual, hacia el interior, se apoyan muchas casas. El espesor de la muralla es de 1,30 m en los sitios mejor conservados. En la cúspide está flanqueada por una construcción rectangular con puerta al Oeste; a corta distancia existe un aljibe. Este conjunto es de una población fortificada con su castillo o acrópolis».

«Las monedas encontradas son pequeñas, delgadas y muy borrosas. En alguna se distingue la forma de las cabezas y algunas letras, y una pequeña cruz monogramática, permitiendo atribuirías al período bizantino. Un pendiente de latón tiene la forma especial de algunos de la necrópolis visigótica de Almizaraque. Los candiles son de forma y dibujos propios del arte cristiano. Las ánforas son del mismo tipo que las de la necrópolis de Almizaraque y de otras sepulturas contemporáneas... Muchas conservan la boca tapada con yeso, lo que parece indicar que las casas fueron abandonadas repetidamente. Eran particularmente abundantes en la casa número 5, donde había también vasijas de boca ancha con garganta lateral, para trasegar líquidos... Abundan los fragmentos de vidrio... anuelos, clavos, punzones de bronce, un peso de plomo, puntas y cuchillos de hierro, y una laña de plomo reuniendo dos fragmentos de un plato de barro rojo».

«El hallazgo más interesante consiste en una serie de platos o fuentes grandes, de hermosos barro rojo, parecido al arretino, pero privado de ese brillo vivo tan característico. Los dibu-

jos, en lugar de formar relieves, son estampados. Algunos de ellos son geométricos, pero en muchos figuran escenas o símbolos cristianos... Hasta para el período bizantino nos sirve Cartago como la mejor fuente de investigación. El álbum del Musée Lavignerie reproduce una serie de tiestos idéntica a la nuestra, procedente, según P. Delattre, del sitio que fue principalmente ocupado durante la dominación bizantina. Uno de los tiestos figura la parte derecha de un personaje que levanta la mano en signo de oración: es tan completamente idéntico al de nuestra lámina XXVIII, número 1, que me he dirigido al P. Delattre pidiéndole un calco tomado directamente del tiesto. Gracias a su extrema amabilidad, he podido comprobar dicho calco con otro obtenido del tiesto de Montroy, resultando que los dos son matemáticamente idénticos y seguramente fueron estampados con la misma matriz. Nuestros platos rojos fueron, por consiguiente, importados, y probablemente fabricados en Cartago, donde esta clase de cerámica es abundantísima. Esta importación debió tener lugar cuando existían relaciones estrechas entre Cartago y estas costas, es decir, durante la corta duración de la dominación bizantina sobre estas provincias, en la última parte del siglo VI y principios del VII».

«Conocidas por la exploración de estas ruinas y de la necrópolis de Almizaraque, las artes e industrias del tiempo que media entre las dominaciones romana y árabe, tenemos que atribuir a esta época buen número de los objetos encontrados en Villaricos y Herrerías, y cuya atribución era, hasta ahora, muy difícil. Haré de ellos una corta enumeración: En Herrerías, ánforas de forma característica, que demuestran que no perdió este sitio su importancia. En varias lomas, depósitos enlucidos con yeso. En el lugar ocupado por la población romana, ánforas y numerosos tiestos idénticos a los de Montroy y con dibujos geométricos, sin que hasta ahora ninguno haya ostentado símbolos cristianos. Entre las ánforas de esta época debe incluirse la que lleva las letras TOP, MAR. Y últimamente una necrópolis que acabo de descubrir... Este cementerio parece contener, por lo menos, un centenar de tumbas... Son de construcción análoga a las de Almizaraque y su contenido revela las mismas costumbres y relaciones comerciales: pendientes de enchufe, de latón y plata, sortijas, cuentas de vidrio, ámbar, ágata o cornerina (cornalina). Una de estas últimas, a pesar de ser muy pequeñas, lleva en su superficie unos signos obtenidos al parecer por un líquido corrosivo, destacándose en blanco.... Estas figuras son parecidas a las de Fuencaliente...».

«En las líneas anteriores me he servido casi indistintamente de los términos "visigótico" y "bizantino". Las invasiones del siglo V han traído aquí industrias, artes, productos comerciales y costumbres de los países septentrionales; pero no destruirían radicalmente los frutos de la civilización romana ni suprimirían por completo las influencias bizantinas; es, por consiguiente, difícil determinar en ciertas ocasiones cuál de las dos corrientes predomina. Sin embargo, los productos cerámicos importados de Cartago han venido a última hora a darnos un elemento nuevo de precisión, aunque sin disipar todas las dudas, porque no son absolutamente comparables los objetos de una necrópolis con los de una población. Hecha esta reserva, hemos de observar que los caracteres de la necrópolis de Almizaraque y de la nuevamente descubierta en Villaricos son casi exclusivamente los que se pueden atribuir a los visigodos, mientras que los de Montroy son esencialmente bizantinos. Entre unos y otros hay algunos lazos, como la forma de las ánforas, la del pendiente de latón, que prueban que entre ellos no puede mediar gran distancia de tiempo; pero de todos modos hay diferencias que los separan».

«Ahora bien, supongamos, aunque con reserva, que las dos necrópolis sean visigóticas y la población de Montroy, bizantina. En tal caso ¿dónde están las poblaciones visigóticas y la necrópolis bizantina? Se puede presentar la siguiente solución: la necrópolis visigótica de Almizaraque era la de los habitantes de Herrerías y de varios puntos del mismo pago, puesto que en muchos de ellos hay vestigios de esta época, y algunos abundantes. En cuanto a la

necrópolis visigótica de Villaricos, contiene los restos de los que habitaban en el emplazamiento de la población romana, donde se han recogido muchos objetos que corresponden a la industria visigótica. Y por último, los muertos del cerro de Montroy serían los que componen el grupo quinto de Villaricos, ocupando, principalmente, el mismo sitio que el grupo tercero; este grupo quinto lo he hecho contemporáneo de Almizaraque por la similitud de los pendientes de enchufe; pero llegado el caso de precisar más, advierto que si bien, en grandes líneas, pertenece al mismo período, se distingue, sin embargo, por la falta de cuentas de ámbar, azabache, cornerina y vidrio, sustancias, las dos primeras por lo menos, que indican relaciones comerciales con el Norte y cuya falta parece implicar una interrupción de estas relaciones, que muy bien puede ser consecuencia de la conquista bizantina».

«Se observará que las tres necrópolis así definidas, ocupan efectivamente sitios que parecen convenir a las tres poblaciones respectivas. Se puede extrañar que ninguna sepultura haya contenido alguno de los símbolos cristianos tan abundantes en el cerro de Montroy. Como dice el P. Quirós en su discurso sobre hallazgos en Villaricos, ya sabíamos que aquí hubo cristianos en los primeros siglos, puesto que en las actas del concilio de Iliberri, celebrado en el año 301, figura la firma del presbítero bariense Emérito. Nuestras investigaciones han sacado a la luz las pruebas materiales que corroboran la existencia de una Baria cristiana, pero bastante posterior a la del presbítero Emérito; entre las dos median acontecimientos importantes» (458).

Cuando se reúne el concilio de Elvira a principio del siglo IV, han desaparecido las sedes episcopales de Vergi y Abula y solamente queda en tierras almerienses la de Urci. Doscientos años después, bajo la ocupación bizantina, Baria debió formar parte de la diócesis de Cartagena. En el último siglo de la dominación visigoda, ¿de qué diócesis formaba parte, de Urci o de Cartagena? Para dilucidar el problema no nos sirve la llamada Hitación de Wamba, que parece forjada durante la Alta Edad Media. Una cosa parece cierta: que el cristianismo estaba arraigado en Baria cuando llegan los musulmanes.

## NOTAS

- (1) J. MALUQUER. «La España de la Edad del Hierro», RE (1967), págs. 123-7.
- (2) J. CARO BAROJA. «Regímenes sociales y económicos de la España prerromana», I (1943), pág. 159; ID. «Los pueblos de España», (1946), pág. 104.
- (3) L. PERICOT. «Historia social de la España primitiva», HEVV, I (1961), págs. 56-62.
- (4) J.M. ROLDAN. «La crisis republicana en la Hispania Ulterior», 1 CHA (1976-8), pág. 110.
- (5) N. SUREDA. «Interpretación de las fuentes antiguas», 13 CNA (1975), pág. 24.
- (6) D. FLETCHER. «Defensa del Iberismo», ACCV, X (1949), págs. 168-187; ID. «¿Existieron los iberos?», 6 CASE (1951), págs. 119-127.
- (7) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 58.
- (8) H. OBERMAIER Y OTROS. «El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad», (1955), pág. 311.
- (9) D. FLETCHER. «Defensa...», pág. 172.
- (10) A. GHIRELLI. «Pueblos árabes y pueblos arabizados», II (1957), pág. 178.
- (11) L. HOYOS SAINZ. «El foco ibérico del Sudete español», 4 CASE, (1948-9), pág. 368.
- (12) A. GARCIA Y BELLIDO. «La Península Ibérica en los comienzos de su historia», (1953), pág. 45.
- (13) A. SCHULTEN. «Fontes Hispaniae Antiquae», (1925).
- (14) D. FLETCHER. «¿Existieron...?», pág. 121; ID. «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica», 1 SP (1959-1960), pág. 199; ID. «Problemas de la cultura ibérica», (1960), págs. 27-9.
- (15) A. ARRIBAS. «Los Iberos», (1969), págs. 35-6.
- (16) P. BOSCH GIMPERA. «Los pueblos primitivos de España», RO, IX (1925), pág. 170.
- (17) P. BOSCH GIMPERA. «El estado actual de la investigación de la cultura ibérica», BRAH, XCIV (1929), pág. 104.
- (18) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 111.
- (19) P. BOSCH GIMPERA. «Los antiguos iberos y su origen», (1928), pág. 7.
- (20) P. BOSCH GIMPERA. «Los pueblos primitivos...», págs. 32-40.
- (21) P. BOSCH GIMPERA. «Los pueblos primitivos...», págs. 181-3.
- (22) P. BOSCH GIMPERA. «El estado actual...», pág. 118.
- (23) L. PERICOT. «Epoca primitiva y romana», HEG, I (1952), pág. 305.
- (24) A. GARCIA Y BELLIDO. «Tartessos», HEMP, I, 2 (1952), pág. 305.
- (25) L. HOYOS SAINZ. «Las razas de las primeras edades del metal en el Sudeste español», 3 CASE (1947), pág. 35.
- (26) L. HOYOS SAINZ. Ob. cit. pág. 38.
- (27) L. HOYOS SAINZ. «El foco ibérico...», pág. 373.
- (28) J. CARO BAROJA. Ob. cit. pág. 60.
- (29) M. TARRADELL. «Una hipótesis que se desvanece: el papel de África en las raíces de los pueblos hispánicos», HJVV (1965), págs. 173-181.
- (30) T. MARTINEZ DE LA PEÑA. «Elementos autóctonos y foráneos en las danzas del mundo mediterráneo a la luz del conocimiento etnológico y arqueológico», 8 CNA (1963-4), págs. 509-510.
- (31) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Problemas en torno a las raíces de España», Hispania, 29 (1969), págs. 252-4.
- (32) M. TARRADELL. «Economía y sociedad en la España antigua», RE (1967), pág. 209.
- (33) NH, XXXV, 169.

- (34) D. FLETCHER. «Estado actual...», págs. 195-6.
- (35) J. LAFUENTE VIDAL. «Fecha histórica de España que parece reflejar el poema de Avieno "Ora Marítima"», 2 CASE (1946-7), págs. 201-6.
- (36) D. FLETCHER. Ob. cit. págs. 13-7.
- (37) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 33.
- (38) A. MONTENEGRO. «La talasocracia mediterránea y su vocabulario», BSEAA, XIV (1948), págs. 66-8.
- (39) J. M. GOMEZ-TABANERA. «Los pueblos antiguos de la Península Ibérica», RE (1967), pág. 319.
- (40) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 260.
- (41) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 206.
- (42) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Tartessos y los orígenes de la civilización fenicia en Occidente», (1975), págs. 15-21.
- (43) A. SCHULTEN. «Tartessos», cap. IX.
- (44) A. SCHULTEN. «Los Tirsenos en España», Ampuria, II (1940), pág. 41.
- (45) J. MALUQUER. «Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos», 1 SPPI (1959-1960), pág. 296; ID. «El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares», Zephyrus, VI (1955), pág. 243.
- (46) M. ALMAGRO. «Origen y formación del pueblo hispano», (1958), págs. 105-6.
- (47) P. BOSCH GIMPERA. «Los pueblos primitivos...», págs. 171-2.
- (48) P. BOSCH GIMPERA. «Los problemas de la colonización fenicia en España y del Mediterráneo occidental», RO, XX (1928), pág. 136.
- (49) J. MALUQUER. «Tartessos», (1970), pág. 30.
- (50) J. CARO BAROJA. Ob. cit. pág. 119.
- (51) J. M. ROLDAN. «Cartago y Roma», HEA, II (1978), pág. 22.
- (52) N. SUREDA. «Hipótesis sobre Tarsis» (1970), pág. 28.
- (53) N. SUREDA. Ob. cit. pág. 76.
- (54) F. JORDA. «Tartessos y la cultura del Argar», 2 CLPPI (1976-9), pág. 381.
- (55) A. BALIL. «Indígenas y colonizadores», HESE, I (1975), pág. 142.
- (56) F. JORDA. Ob. cit. págs. 381-4.
- (57) F. JORDA. Ob. cit. págs. 382-3.
- (58) U. TACKHOLM. «El concepto de Tarsich en el Antiguo Testamento y sus problemas», 5 SIPP (1968-9), pág. 79.
- (59) J.M. GOMEZ-TABANER. Ob. cit. págs. 310-311.
- (60) J. CARO BAROJA. Ob. cit. pág. 125.
- (61) J. CARO BAROJA. Ob. cit. págs. 128-133.
- (62) J. CARO BAROJA. «Regímenes...», págs. 183-4.
- (63) A. SCHULTEN. «Tartessos», cap. IX.
- (64) P. BOSCH GIMPERA. «Etnología de la Península Ibérica», (1932), pág. 220.
- (65) J. J. JAUREGUIL. «La carrera del estaño en la Ora Marítima de Avieno», 1 CNA (1949), pág. 155.
- (66) F. ESCOBAR. «Nuestros aborígenes», (1919), pág. 10.
- (67) F. MATEU LLOPIS. «Las cecas ibéricas bastitanas», 4 CASE (1948-9), pág. 229.
- (68) L. SIRET. «Villariicos y Herreras», MEAH, XIV (1909), págs. 383-4.
- (69) E. CUADRADO. «La cerámica occidental de barniz rojo y su ámbito geográfico», 6 CISPP.
- (70) J. CABRE. «Deítania», 3 CASE (1947), págs. 121-6.
- (71) P. BOSCH GIMPERA. «El estado actual...», pág. 99.
- (72) J. MALUQUER. «Pueblos ibéricos», HEMP, I, 3 (1954), pág. 311.
- (73) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 305.
- (74) J. ALVAREZ. «La falsa ecuación Massieni-Bastetani y los nombres en -tani», AHL, III (1952), pág. 265.
- (75) M. ALMAGRO. «La invasión céltica en España», HEMP, I, 2 (1952), pág. 252.
- (76) J. ALEMANY. «La Geografía de la Península Ibérica», RABM, XXIII (1910), pág. 476.
- (77) J. ALVAREZ. Ob. cit. pág. 270.
- (78) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 305.
- (79) III, 4, 1.
- (80) III, 4, 2.
- (81) NH, III, 10.
- (82) A. SCHULTEN. Ob. cit. pág. 207.
- (83) BERTHELOT. «Festus Avienus-Ora Marítima», 1954.
- (84) L. SIRET. «Orientaux et Occidentaux en Espagne aux tempos préhistoriques», RQS, XI (1907), pág. 238.
- (85) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 75-7.
- (86) A. BALIL. Ob. cit. págs. 144-155.
- (87) J. MALUQUER. Ob. cit. pág. 327.
- (88) A. FERNANDEZ AVILES. «Relieves hispanorromanos con representaciones ecuestres», AEA (1942), pág. 211; J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Dioses y caballos en el mundo ibérico», Zephyrus, IV (1954), págs. 193-212.

- (89) P. BOSCH GIMPERA. «Relaciones prehistóricas mediterráneas», AA, IV, pág. 169.
- (90) NH, XIX, 27, 30.
- (91) J. VILA. «EL "Campus Spartarius"», HCM (1961-2), pág. 43.
- (92) III, 4, 9.
- (93) NH, XIX, 30.
- (94) L. SIRET. «Villaricos...», págs. 387-8.
- (95) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 94-100.
- (96) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 173.
- (97) M. ALMAGRO. «Dos ánforas pintadas de villaricos», OFB, I (1972), págs. 345-8.
- (98) E. OLARIA. «A propósito de dos ánforas pintadas de Villaricos», Pyrenae (1974), págs. 160-6.
- (99) P. M. ARTIÑANO. «Los orígenes de la fabricación del vidrio y su introducción en España», BRSE, 38 (1930), pág. 20.
- (100) M. ALMAGRO. «Elementos para la cronología absoluta del Bronce I en la Península Ibérica». 1 CNAL (1960), pág. 184.
- (101) P.M. ARTIÑANO. Ob. cit. págs. 25-7.
- (102) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 239; ID. «Tyriens et celtes en Espagne», RQS, 3ª serie, XV (1909), págs. 332-3.
- (103) P. BOSCH GIMPERA. «El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España» (1944), pág. 123; ID. «Los celts de la cultura de las urnas en España», ACABA (1935), pág. 10.
- (104) J. MALUQUER. «Pueblos celtas», HEMP, I, 3 (1954), pág. 8.
- (105) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 2.
- (106) M. ASTRUC. «La necrópolis de Villaricos», (1951), págs. 161-3.
- (107) E. CUADRADO DIAZ. «Las tumbas ibéricas de empedrado tumular y la celtización del Sudeste», 2 CNA (1951-2), págs. 255-6.
- (108) L. SIRET. «Villaricos...», pág. 429.
- (109) P. BOSCH GIMPERA. «Arqueología prerromana hispánica», (1920), pág. 179.
- (110) P. BOSCH GIMPERA. «Los celts y la civilización céltica en la Península Ibérica», BSEE, XXIX (1921), págs. 295-6.
- (111) M. ALMAGRO. «La invasión céltica...», pág. 205.
- (112) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 189.
- (113) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 262.
- (114) J. M.ª BLAZQUEZ. «La proyección de los pueblos de la Meseta sobre la Turdetania y el Levante ibérico con el primer milenio a. C.», 2 CLCOOI (1976-9), pág. 427.
- (115) S. MOSCATI. «L'expansion phenico-punique dans la Méditerranée occidentale», 2 CICMO (1976), págs. 9-19.
- (116) P. BOSCH GIMPERA. «Problemas de la colonización fenicia», págs. 330 y 348.
- (117) P. BOSCH GIMPERA. «Tartessos, fenicios y griegos», AA, (1972), pág. 126.
- (118) A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonización púnica», HEMP, I, 2, (1952), pág. 318.
- (119) J. M.ª BLAZQUEZ. «Tartessos», 1975, págs. 21-32.
- (120) J. M.ª MILLAS VALLICROSA. «De toponimia púnico-española», Sefarad, I, 2 (1941), pág. 314.
- (121) A. GHIRELLI, pág. 181.
- (122) J. M.ª BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 40.
- (123) L. SIRET. «Tyriens...», págs. 328-338.
- (124) L. SIRET. «Questions de Chronologie et d'Etnographie iberiques», (1913), págs. 48-52.
- (125) M. ALMAGRO. «Origen y formación...», págs. 106-7.
- (126) J. MALUQUER. «La Prehistoria», HESE, I (1973), pág. 86.
- (127) S. MOSCATI. Ob. cit. pág. 16.
- (128) G. SCHULE. «Navegaciones primitivas y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo. 11 CNA (1970), pág. 449.
- (129) A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonizaciones púnica y griega», AH, I (1947), págs. 200 y 137; ID. «La industria pesquera y conservera española en la antigüedad», IP, XII (1942), págs. 1-2.
- (130) L. SIRET. «Tyriens...», pág. 333; M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 1-2.
- (131) F. BRAUDEL. «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II», II (1953), pág. 616.
- (132) L. SIRET. «Questions...», págs. 108 y 327.
- (133) L. SIRET. Ob. cit. pág. 41.
- (134) N. SUREDA. Ob. cit. pág. 51.
- (135) N. SUREDA. Ob. cit. pág. 50.
- (136) H. et L. SIRET. «Les premières ages du metal dans le sud-est de l'Espagne, (1887), pág. 11.
- (137) L. SIRET. «Villaricos...», pág. 381.
- (138) L. SIRET. Ob. cit. pág. 382.
- (139) L. SIRET. A propos des poteries pseudo myceniennes», L'Anthropologie, XVIII (1907), págs. 284-5.
- (140) A. DELGADO. «Clasificación de monedas», I (1873), pág. 301.
- (141) NH, XXXIV, 165.

- (142) M. GOMEZ-MORENO. «La escritura bastulo-turdetana», RABM, LXIX (1961), pág. 940.
- (143) O. GIL FARRÉS. «La moneda hispánica de la Edad Antigua», (166), págs. 196 y 241.
- (144) III, 6, 2; 7, 1.
- (145) «Apothegma», 3.
- (146) «Ad Atticum», XVI, 4, 2.
- (147) II, 4, 8.
- (148) NH, III, 19.
- (149) J. M. ROLDAN. «Itineraria hispana», (1975), pág. 222.
- (150) CIL, II, 5.947.
- (151) J. HUBNER. «Inscriptiones Hispaniae Latinae», II (1869), pági. 956.
- (152) E. SAAVEDRA. «La vía romana de Guadix a Málaga», BEAH, 83 (1923), pág. 17.
- (153) J. A. CEAN-BERMUDEZ. «Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, (1832), pág. 28.
- (154) NH, III, 19.
- (155) F. FITA. «Inscripciones murgitanas», BRAH, LVII (1910), pág. 110; ID. «Inscripciones romanas y griegas en Cartagena, Almazarrón, Vélez Rubio y Vera», BRAH, LII (1905), págs. 526-530.
- (156) A. A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonización púnica», pág. 450.
- (157) A. SCHULTEN. «Geografía y Etnología de la Península Ibérica», (1959), pág. 379.
- (158) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 243.
- (159) L. SIRET. «Villaricos...», págs. 437 y 412.
- (160) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 171, 179-181, 185.
- (161) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 186-7.
- (162) L. SIRET. Ob. cit. págs. 384-5.
- (163) L. SIRET. Ob. cit. págs. 385-6, lám. III; 454-5, láms. V y VI.
- (164) L. SIRET. Ob. cit. págs. 387-8.
- (165) L. SIRET. Ob. cit. págs. 394-5.
- (166) L. SIRET. Ob. cit. pág. 392.
- (167) L. SIRET. Ob. cit. págs. 391-417; ID. «A propos...», págs. 285-291; ID. «Tyriens...», pág. 334; ID. «Nouvelle note sur la ceramique ibérique», L'Anthropologie, XIX (1908), págs. 88-91.
- (168) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 64-82.
- (169) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 17-22.
- (170) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 42-48.
- (171) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 23-4.
- (172) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 48-52.
- (173) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 52-3.
- (174) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 53-5.
- (175) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 123-160.
- (176) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 87-113.
- (177) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 164-5.
- (178) M. SOLA SOLE. «Inscripciones fenicias de la Península Ibérica», Sefarad, XV (1955), pág. 41.
- (179) L. SIRET. «A propos...», pág. 288.
- (180) PH. BERGER. «Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles Letres», (1904), págs. 36-7.
- (181) F. FITA. «La lápida púnica de Villaricos», BRAH, 45 (1905), págs. 427-9.
- (182) A. GARCIA Y BELLIDO. Ob. cit. pág. 456.
- (183) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 243.
- (184) L. SIRET. «Villaricos...», pág. 408.
- (185) L. SIRET. Ob. cit. pág. 388.
- (186) J. MALUQUER. Ob. cit. pág. 88.
- (187) J. MALUQUER. Ob. cit. pág. 89.
- (188) A. GARCIA Y BELLIDO. «Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana», BAH, CIV (1934), págs. 639-643.
- (189) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 108.
- (190) M. ASTRUC. Ob. cit. pág. 71, lám. XXXVIII, figs. 1 y 2.
- (191) M. ASTRUC. Ob. cit. pág. 45.
- (192) A. GARCIA Y BELLIDO. «Contactos y relaciones entre la Magna Grecia y la Península Ibérica según la Arqueología y los textos clásicos», BAH, CVI (1935), pág. 327.
- (193) P. BOSCH GIMPERA. «La arqueología...» pág. 199.
- (194) L. SIRET. «Villaricos...», págs. 384-5.
- (195) L. SIRET. Ob. cit. págs. 389, 391, n° 1, 476.
- (196) J. HUBNER. Ob. cit. pág. 936.

- (197) F. FITA. «La musa de la Historia, inscripción griega», BRAH, XIII (1888), pág. 477.
- (198) F. FITA. «Inscripciones romanas y griegas...», pág. 529.
- (199) A. GARCIA Y BELLIDO. «La Península Ibérica...», pág. 245.
- (200) J. ALEMANY. Ob. cit. pág. 468.
- (201) A. GARCIA Y BELLIDO. «La colonización fokaia en España desde los orígenes hasta la batalla de Alaié», Ampurias, II (1940), pág. 73.
- (202) A. FERNANDEZ GUERRA. «La ciudad del cerro de los Santos», (1875), pág. 155.
- (203) N. SUREDA. Ob. cit. pág. 65.
- (204) A. GARCIA Y BELLIDO. «La colonización griega en España», Ampurias, IV (1942), págs. 111-120.
- (205) A. GARCIA Y BELLIDO. Ob. cit. págs. 120-138.
- (206) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», I (1974), págs. 48-9.
- (207) A. BALIL. Ob. cit. pág. 118.
- (208) J. M. ROLDAN. «Cartago...», págs. 18-9.
- (209) R. CONTRERAS DE LA PAZ. «La conquista de Castulo por Plubio Cornelio Escipión», Oretania, 10 (1966), pág. 126, n<sup>o</sup> 4, 128, n<sup>o</sup> 10.
- (210) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania romana», MHI, I (1970), pág. 120.
- (211) J. M. ROLDAN. Ob. cit. pág. 24; ID. «La crisis republicana...», pág. 111.
- (212) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», I, pág. 100.
- (213) A. GARCIA Y BELLIDO. Ob. cit. págs. 184-199.
- (214) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. págs. 184-199.
- (215) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 25-39.
- (216) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 39-42.
- (217) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 54-64.
- (218) F. CASTRO GUIASOLA. «Investigaciones arqueológicas en la provincia de Almería», La Inde. 29-30, VIII, 1934.
- (219) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 171-187.
- (220) M. TERRADELL. «Economía de la colonización fenicia», EAPI, (1968), págs. 90-1.
- (221) A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonización griega», HEMP, I, 2 (1952), pág. 649.
- (222) A. GARCIA Y BELLIDO. «Españoles en el Norte de África durante la Edad Antigua». XI CAME (1953-4), pág. 368.
- (223) P. BOSCH GIMPERA Y P. AGUADO BLEYE. «La conquista de España por Roma (218 a 19 a. de J.C.)», HEMP, II (1935), págs. 19-30.
- (225) XXV, 33.
- (226) XXV, 32.
- (227) NH, III, 9.
- (228) P. BOSCH GIMPERA Y P. AGUADO BLEYE. Ob. cit. págs. 30-1.
- (229) J. M. ROLDAN. «Cartago...», págs. 41-2.
- (230) F. PALANQUES. «Vélez-Rubio», (1909), págs. 18-28; E. GARCIA ASENSIO, «Historia de Huércal-Overa y su comarca», I (1908), pág. 209.
- (231) A. TOVAR Y J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Historia de la Hispania romana» (1975), pág. 28, n<sup>o</sup> 4.
- (232) J. M. ROLDAN. Ob. cit. pág. 44.
- (233) L. SIRET. Ob. cit. pág. 385.
- (234) J. M. ROLDAN. «La crisis republicana...», págs. 112-3.
- (235) A. TOVAR Y J.M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 28.
- (236) A. TOVAR Y J.M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 195; A. GARCIA Y BELLIDO. «Bandas y guerrillas en las luchas contra Roma», Hispania, 5 (1945), pág. 573.
- (237) A. TOVAR. «Lo que sabemos de la lucha de lenguas en la Península Ibérica», (1968), pág. 68.
- (238) I. SCHULTER Y J. B. HOLZAMMER. «Historia Bíblica», I (1934), págs. 736-744.
- (239) «Libro de los Macabeos», VIII, 1-4.
- (240) POLIBIO, XI, 20; LIVIO, XXVIII, 12, 13.
- (241) J. CARO BAROJA. «Los pueblos...», pág. 127.
- (242) J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», II, pág. 100.
- (243) J. M. ROLDAN. «La guerra civil entre Sertorio, Metelo y Pompeyo (82-72 a. C.)», HEA, II (1978), pág. 132.
- (244) A. TOVAR Y J. M<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 132.
- (245) J.M. ROLDAN. «La guerra civil entre César y Pompeyo (49-31 a. C.)», HEA, II (1978), pág. 165.
- (246) «Ad Atticum», XI, 12, 3.
- (247) «Ad Atticum», XI, 16, 4.
- (248) «Ad Atticum», XIV, 13, 2.
- (249) R. THOUVENOT. «Les incursions de Maures en Betique sous le regne de Marc Aurele», REA (1939), pág. 27.

- (250) F. FERNANDEZ UBIÑA. «El intervencionismo estatal en la Bética bajo los Severos», I CHA (1976-8), pág. 279; J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La crisis del siglo III en Hispania y Mauritania Tingitana», Hispania, 108 (1968), págs. 13-25.
- (251) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «El Imperio y las invasiones», HESE, I (1973), pág. 331.
- (252) J. J. SAYAS. «La administración en el Bajo Imperio», HEA, II (1978), pág. 517.
- (253) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La crisis del siglo III...», págs. 23-5.
- (254) J. M. ROLDAN. «La crisis republicana...», pág. 113, n.<sup>o</sup> 3.
- (255) L. SIRET. Ob. cit. pág. 384.
- (256) E. ALBERTINI. «Les divisions administratives de l'Espagne Romaine», (1923), págs. 11-12.
- (257) XXX, 28, 11.
- (258) P. BOSCH GIMPERA Y P. AGUADO PLEYE. Ob. cit. pág. 81; R. THOUVENOT. «Essai sur la province romaine de la Bétique», (1940), pág. 162.
- (259) E. ALBERTINI. Ob. cit. págs. 13-4.
- (260) L. PERICOT. «Epoca primitiva...», pág. 362.
- (261) M. TORRES. «La Península Hispánica provincia romana», HEMP, II (1935), pág. 377.
- (262) P. BOSCH GIMPERA Y P. AGUADO BLEYE. Ob. cit. pág. 55.
- (263) R. THOUVENOT. Ob. cit. ibidem.
- (264) M. LAFUENTE ALCANTARA. «Historia de Granada y de sus cuatro provincias», I (1843), pág. 132.
- (265) A. SCHULTEN. «Investigaciones en España 1928-1933.
- (266) M. FLORES GONZALEZ. «Cuevas de Almanzora en las Actas de la Comisión de Monumentos histórico-artísticos de la provincia de Almería», El Censor (Cuevas del Almanzora), 1-1-1936.
- (267) L. GOMEZ PEREIRA Y M. RUIZ DE VILLANUEVA. «Historia de la provincia de Almería», I (1868), págs. 54-5.
- (268) E. GARCIA ASENSIO. Ob. cit. pág. 217.
- (269) E. LABERTINI. Ob. cit. págs. 25-38.
- (270) LIII, 12, 4.
- (271) C. SANCHEZ ALBORNOZ. «Divisiones romanas del futuro reino de Asturias», BRAH, 95, (1919), pág. 377.
- (272) HN, III, 8.
- (273) F. FITA. «Inscripciones murgitanas», pág. 110.
- (274) N. MARTIN Y A. M. PRIETO. «En torno a nuevo planteamiento de los límites de la provincia romana de la Bética», HA, IV (1974), pág. 82.
- (275) M. L. SANCHEZ LEON. «Economía de la Hispania meridional durante la dinastía de los Antoninos», (1978), pág. 29, n.<sup>o</sup> 2.
- (276) NH, III, 6.
- (277) NH, III, 8.
- (278) NH, III, 19.
- (279) F. FITA. Ob. cit. ibidem.
- (280) R. THOUVENOT. Ob. cit. pág. 166.
- (281) C. GONZALEZ ROMAN. «Guerra civil y conflictos sociales en la P.H.U. en el 48-44 a. C.» I CHA, I (1976-8), pág. 131.
- (282) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Causas de la romanización de Hispania», Hispania, 24, (1964), págs. 6-7.
- (283) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», II, págs. 27-31.
- (284) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 23.
- (285) III, 2, 13.
- (286) A. BALIL. «El Imperio Romano hasta la crisis del siglo III», HESE, I (1973), pág. 253.
- (287) A. TOVAR Y J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. págs. 71-2.
- (288) J. SAN VALERO. «Perspectiva actual de la Historia primitiva de España», (1956), págs. 101, 120.
- (289) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Problemas en torno...», pág. 267.
- (290) J. M. ROLDAN. «Las provincias romanas de Hispania hasta las guerras celtibero-lusitanas», HEA, II (1978), pág. 55.
- (291) A. GARCIA Y BELLIDO. «Las colonias romanas de Hispania», AHDE, 29 (1959), págs. 470-500.
- (292) G. MENENDEZ PIDAL. «Los caminos en la Historia de España», (1951), pág. 17-8; J. R. MELIDA. «El arte en España durante la época romana», HEMP, II (1935), pág. 569.
- (293) L. SIRET. Ob. cit. págs. 384-7.
- (294) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 44, 46, 53, 71, 73.
- (295) L. SIRET. Ob. cit. págs. 388-390.
- (296) A. FERNANDEZ GUERRA. Ob. cit. pág. 156.
- (297) R. CALA Y M. FLORES GONZALEZ. «Informe histórico y arqueológico sobre la ciudad de Cuevas de Vera», RSEA, XII (1921), págs. 46-7.

- (298) E. HUBNER. «Inscriptiones Hispaniae Latinae», II, pág. 956, n.º 5.947; P. QUIROS. «Hallazgos de Villaricos», (1898), págs. 16-7; L. SIRET. Ob. cit. págs. 457 y 471, lám. XXIII; E. GARRES. «Historia de la M.N. y M.L. Ciudad de Vera», (1908), pág. 9.
- (299) L. SIRET. Ob. cit. págs. 465, 472, lám. XXIV.
- (300) M. FLORES GONZALEZ. «Inscriptiones almerienses», Ms. inédito.
- (301) L. SIRET. Ob. cit. págs. 423 y 477.
- (302) NEUE. «Formenlehre der lateinischen Sprache», (1901), pág. 245.
- (303) L. SIRET. Ob. cit. pág. 472.
- (304) F. FITA. «Inscriptiones romanas y griegas...», págs. 529; ID. «Epigrafía romana», (1883), pág. 137.
- (305) L. SIRET. Ob. cit. págs. 422 y 476.
- (306) M. ALMAGRO. «Origen...», págs. 113-4; E. LEVI-PROVENÇAL. «España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba», HEMP, V (1957); págs. 41-3.
- (308) L. VALDEAVELLANO. «Historia de España», I (1955), pág. 202.
- (309) J. M.ª BLAZQUEZ. «La romanización», II, págs. 13-5.
- (310) J. EZQUERRA DEL BAYO. «La industria minera», (1844), págs. 149-150.
- (311) S. MOSCATI. Ob. cit. pág. 13.
- (312) III, 2, 11.
- (313) A. GARCIA Y BELLIDO. «Los "mercatores", "negotiatotes" y "publicani" como vehículos de romanización en la España romana preimperial», Hispania, 26 (1966), pág. 502.
- (314) NH, XXXIII, 96, 97.
- (315) NH, 165.
- (316) J. M.ª BLAZQUEZ. «Fuentes literarias...», pág. 128.
- (317) A. GARCIA Y BELLIDO. «Las primeras navegaciones griegas a Iberia (s. IX-VIII a. de J.C.)», AEA, 41 (1940), págs. 124-6.
- (318) J. M. LUZON. «Instrumentos mineros de la España antigua», MHI, I (1970), págs. 221-2.
- (319) A. GARCIA Y BELLIDO. «Los "mercatores"....», pág. 503; J. M.ª BLAZQUEZ. «Economía de Hispania al final de la República y comienzos del Imperio según Estrabón y Plinio», RUM, XX (1971), págs. 129-131.
- (320) J. M.ª BLAZQUEZ. «Exportación e importación en Hispania al final de la República y durante el gobierno de Augusto y sus consecuencias», AHES, I (1968), pág. 45.
- (321) A. GARCIA Y BELLIDO. Ob. cit. pág. 500; J. M.ª BLAZQUEZ. «Economía...», págs. 94-5.
- (322) A. TOVAR Y J. M.ª BLAZQUEZ. Ob. cit. págs. 201-2.
- (323) J. M.ª BLAZQUEZ. «La romanización», II, págs. 13-7.
- (324) A. BLANCO Y J. M. LUZON. «Mineros antiguos españoles», AEA, 39 (1966), pág. 67.
- (325) J. M.ª BLAZQUEZ. «Fuentes literarias...», pág. 139.
- (326) J. M.ª BLAZQUEZ. «Economía...», págs. 90-4.
- (327) J. M.ª BLAZQUEZ. «Fuentes literarias...», pág. 125.
- (328) III, 2, 10.
- (329) J. M. LUZON. Ob. cit. pág. 55.
- (330) J. M.ª BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 128.
- (331) P. MADDOZ. «Diccionario», VIII, pág. 264.
- (332) G. GOSSE. «Las minas y el arte minero de España en la antigüedad», Ampurias, IV (1942), pág. 48.
- (333) A. BELTRAN. «Las minas romanas de la región de Cartagena según los datos de la colección de su Museo», MMAP, 5 (1945), págs. 204-8.
- (334) J. M.ª BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 126.
- (335) III, 2, 8.
- (336) J. EZQUERRA DEL BAYO. Ob. cit. pág. 29.
- (337) A. BLANCO Y J. M. LUZON. Ob. cit. pág. 74.
- (338) P. MADDOZ. Ob. cit. II, pág. 50.
- (339) J. EZQUERRA DEL BAYO. Ob. cit. pág. 141.
- (340) L. SIRET. Ob. cit. págs. 418-424.
- (341) III, 2, 7.
- (342) P. GRIMAL ET TH. MONOD. «Sur la variable nature du "garum"», REA, IV (1952), pág. 27.
- (343) M. RENARD. «A propos du "garum socciorum"». Latomus, 29 (1970), págs. 297-313.
- (344) L. SIRET. Ob. cit. pág. 387.
- (345) NH, XXXI, 94.
- (346) J. M.ª BLAZQUEZ. «La romanización», II, págs. 164-5.
- (347) P. GRIMAL ET TH. MONOD. Ob. cit. pág. 27.
- (348) A. GARCIA Y BELLIDO. «Fenicios y cartagineses en España», Sefarad, II (1942), págs. 83-91.
- (349) P. GRIMAL ET TH. MONOD. Ob. cit. págs. 30-1.

- (350) M. RENARD. Ob. cit. pág. 307.
- (351) R. CALA Y M. FLORES GONZALEZ. Ob. cit. pág. 50.
- (352) E. PASCUAL GUASCH. «El pecio de Gandolfo (Almería)», *Pyrenae*, 4 (1968), pág. 148.
- (353) XXX, 26, 47.
- (354) NH, XVIII, 80.
- (355) NH, XVIII, 108.
- (356) NH, XVIII, 306.
- (357) NH, XIX, 152.
- (358) NH, XXI, 19.
- (359) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. «Economía...», pág. 75.
- (360) «Oratorio de lege agrícola», I, 5; II, 51.
- (361) A. TOVAR Y J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 325.
- (362) R. TEJA. «Economía y sociedad en el Bajo Imperio», HEA, II (1978), págs. 544 y 570.
- (363) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 126.
- (364) III, 2, 6; 5, 4.
- (365) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 149.
- (366) A. GARCIA Y BELLIDO. Ob. cit. pág. 6.
- (367) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 99; ID. «Exportación...», pág. 37.
- (368) I, 2, 4-5-6.
- (368b) NH, XXXIV, 95.
- (369) I, 2, 4-5-6.
- (370) NH, XIX, 1.
- (371) III, 2, 6.
- (372) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», II, págs. 166-9.
- (373) O. GIL FARRÉS. Ob. cit. págs. 37, 47, 58, 92, 113, 114.
- (374) O. GIL FARRÉS. Ob. cit. pág. 48.
- (375) M. GOMEZ MORENO. «Notas sobre numismática hispánica» HM, II (1934), pág. 174; A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonización púnica», pág. 450.
- (376) E. HUBNER. «Monumenta linguae ibericae», (1893), pág. 96; A. VIVES ESCUDERO. «La moneda hispánica», (1946), págs. 13 y 18; M. GOMEZ MORENO. «La escritura...», pág. 940.
- (377) O. GIL FARRÉS. Ob. cit. págs. 240-2.
- (378) O. GIL FARRÉS. Ob. cit. pág. 274.
- (379) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 188.
- (380) A. TOVAR. «Los que sabemos...», pág. 76.
- (381) R. MENENDEZ PIDAL. «La invasión musulmana y las lenguas ibéricas», EOLP (1962), págs. 111-112.
- (382) R. MENENDEZ PIDAL. «Toponimia prerromana hispana», (1952), Introducción.
- (383) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Excavaciones en la ciudad del Bronce mediterráneo II de La Bastida de Totana (Murcia)», (1947), pág. 11.
- (384) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 112.
- (385) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 31-4.
- (386) P. M. DE ANGLERIA. «Epistolario», DI, IX (1953), pág. 101.
- (387) S. COVARRUBIAS. «Tesoro de la lengua castellana o española», (1601).
- (388) H. V. HUMBOLDT. «Primitivos pobladores de España y Lengua Vasca», (1959), págs. 17-55.
- (389) J. M.<sup>a</sup> PABON. «Sobre los nombres de la «villa» romana en Andalucía», EMP, (1953), págs. 88-158.
- (390) R. MENENDEZ PIDAL. «Colonización suritálica de España según testimonios toponímicos e inscripciones», HLH, I (1960), pág. LIX.
- (391) A. DELGADO. «Clasificación de monedas», I, pág. 301.
- (392) Mela, II, 90.
- (393) E. GARCIA ASENSIO. Ob. cit. pág. 138.
- (394) R. MENENDEZ PIDAL. «Toponimia...», pág. 148.
- (395) A. TOVAR. «Lengua y escritura en el Sur de España y Portugal», *Zephyrus*, XII (1961), pág. 188.
- (396) R. MENENDEZ PIDAL. Ob. cit. pág. 108.
- (397) R. MENENDEZ PIDAL. Ob. cit. pág. 118.
- (398) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 159.
- (399) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 129.
- (400) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeos y Población», s.f.
- (401) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 113.
- (402) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 135.
- (403) ARCH. CHANCILLERIA GRANADA. «Libro de Apeos y Población de Antas», Apeos Loaysa 209, s.f.

- (404) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 140.
- (405) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 108; R. MENENDEZ PIDAL. Ob. cit. pág. 136.
- (406) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 118.
- (407) J. M.<sup>a</sup> PABON. Ob. cit. pág. 105, 152.
- (408) M. ASTRUC. Ob. cit. págs. 166-171.
- (409) E. CUADRADO DIAZ. «El mundo ibérico», 1 SP (1960), pág. 250-1.
- (410) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Religiones primitivas de España», (1962), pág. 56.
- (411) A. TOVAR Y J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 169.
- (412) M. L. ALBERTOS. «Nuevas divinidades de la antigua Hispania», Zephyrus, III (1952), pág. 52.
- (413) J. MANGAS. «Religiones indígenas de Hispania», HEA, II (1978), págs. 379-609.
- (414) J. MALUQUER. «Pueblos ibéricos», pág. 325; E. CUADRADO DIAZ. «La diosa ibérica de los caballos», 4 CICPP (1954-6), págs. 798-9.
- (415) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania», (1975), pág. 80.
- (416) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Dioses y caballos en el mundo ibérico», Zephyrus, IV (1954), pág. 200.
- (417) X, 10, 11.
- (418) A. SCHULTEN. «Investigación en España».
- (419) J. CUADRADO. «Almizaraque, la más antigua explotación de la plata en España», 2 CASE (1946-7), págs. 169-170.
- (420) J. BELDA. «Algunos restos del antiguo culto a la diosa religioso-funeraria», 2 CASE (1946-7), pág. 237.
- (421) A. GARCIA Y BELLIDO. «Deidades semitas en la España antigua», Sefarad, XXIV (1964), pág. 13.
- (422) D. HARDEN. «Los Fenicios», (1967), pág. 19.
- (423) J. BELDA. Ob. cit. págs. 250-7.
- (424) A. GARCIA Y BELLIDO. «Colonización púnica y griega», AH, I (1947), pág. 147; J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «Relaciones entre España y los semitas (Sirios, Fenicios, Chipriotas, Cartagineses y Judíos) en la Antigüedad», BAGN (1969), págs. 48-68.
- (425) D. HARDEN. Ob. cit. pág. 120.
- (426) J. MANGAS. Ob. cit. pág. 580.
- (427) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. «La romanización», II, pág. 113.
- (428) J. M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ. Ob. cit. pág. 237.
- (429) ARCH. MPAL. VERA. «Actas del Concejo» del 10-9-1572, fol. 39 vto.; del 9-9-1573, fol. 64 vto.; del 8, 17, 19 y 20-9-1579, 24-9-1582, s.f.
- (430) M. SOTOMAYOR. «La Iglesia en la España romana y visigoda (siglos I-VIII)», HIE, I (1979), págs. 120-149.
- (431) Ad Romanos, XV, 24-25, 28; Ad Timoteum, IV, 16.
- (432) A. C. VERGA. «La venida de san Pablo a España y los Varones Apostólicos», BRAH, 154 (1964), págs. 16-8; Z. GARCIA VILLADA. «Historia Eclesiástica de España», I (1929), pág. 132.
- (433) P. SAVIO. «La realtà del viaggio di s. Paolo nella Spagna», CC, 21-2-1914.
- (434) Z. GARCIA VILLADA. «Los orígenes del cristianismo en España. La misión de los siete Varones Apostólicos», RF, 41 (1915), pág. 204.
- (435) J. VIVES. «Santorial visigodo en calendarios e inscripciones», AST, 14 (1941), pág. 44; ID. «Varones Apostólicos», BE, XII (1969), col. 959-962.
- (436) H. DELEHAYE. «Le calendrier lapidaire de Carmona», (1912), pág. 28.
- (437) P. PALOL. «Algunos aspectos históricos y arqueológicos del Cristianismo en la Tarraconense y en las Galias», Caesaragusta, 6 (1955), pág. 148.
- (438) J. PEREZ DE URBEL. «Origen del culto de Santiago en España», HS, V (1952), pág. 28.
- (439) M. C. DIAZ Y DIAZ. «En torno a los orígenes del Cristianismo hispánico», RE (1967), pág. 423.
- (440) M. SOTOMAYOR. Ob. cit. págs. 156-9.
- (441) C. SANCHEZ ALBORNOZ. «Orígenes de la nación española», I (1972), pág. 28.
- (442) A. C. VEGA. Ob. cit. págs. 63-5; J. VIVES. «Tradición y leyenda en la hagiografía hispánica», HS, V (1952), pág. 501.
- (443) Z. GARCIA VILLADA. Ob. cit. I, págs. 302-325.
- (444) L. SIRET. Ob. cit. págs. 438, 472, lám. XXIX, fig. 13; P. PALOL. «Arqueología paleocristiana y visigoda», (1954), pág. 257.
- (445) L. SIRET. Ob. cit. págs. 439, 466, lám. XXVIII, figs. 1, 2, 3, 4.
- (446) L. SIRET. Ob. cit. págs. 439-440.
- (447) P. PALOL. «La cerámica estampada romano-cristiana», 4 CASE, (1948-9), págs. 250.
- (448) L. SIRET. Ob. cit. pág. 467, lám. XXVIII, figs. 18, 23 y 24.
- (449) M. TORRES. «Las invasiones y los reinos germánicos en España», HEMP, III (1940), págs. 17-84; A. BELTRAN. «Notas para el estudio de los bizantinos en Cartagena», 3 CASE (1947), pág. 295.
- (450) M. TORRES. Ob. cit. págs. 95-6; P. GOUBERT. «Byzace et l'Espagne wisigotique, (554-711)», WB, II (1944), pág. 6.

- (451) J. M.<sup>a</sup> RUBIO. «Historia política», HEG, II (1935), págs. 22-3.
- (452) L. A. GARCIA MORENO. «Andalucía durante la antigüedad tardía (ss. V-VII)», 1 CHA (1976-8), pág. 304.
- (453) P. GOUBERT. Ob. cit. pág. 17; L. A. GARCIA MORENO. «Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica». Hispania, 33 (1973), pág. 20.
- (454) P. GOUBERT. «Les gouverneurs de l'Espagne byzantine», EB, III (1945), págs. 127-142; L. A. GARCIA MORENO. Ob. cit. pág. 12.
- (455) M. TORRES. Ob. cit. págs. 95-112; P. GOUBERT. «Les provinces», REB, IV (1946), págs. 89-93.
- (456) J. ORLANDIS. «El reino visigodo siglos VI y VII», HESE, I (1973), pág. 499.
- (457) L. SIRET. «A propos...», pág. 289.
- (458) L. SIRET. «Villaricos...», págs. 438-441.